
3 1761 09544687 8



CARTAS Y POESÍAS INÉDITAS

DE

GABRIEL Y GALÁN

CASTO BLANCO CABEZA

CARTAS Y POESÍAS INÉDITAS

DE

GABRIEL Y GALÁN

CON UN PRÓLOGO

DE

ARMANDO COTARELO

MADRID
Lib. Sucesores de Hernando
Arenal, 11
1919

TIPOGRAFÍA DE EL ECO FRANCISCANO.—SANTIAGO


Algo por lo mucho que te
mereces.
José María

A LA VIRTUOSÍSIMA Y RESPETABLE SEÑORA

DOÑA DESIDERIA GARCÍA,

VIUDA DE GABRIEL Y GALÁN

Y A SUS QUERIDOS HIJOS,

COMO OFRENDA DEBIDA A LOS SÉRES QUE MÁS AMÓ EL POETA, Y DÉBIL HOMENAJE A SU GLORIOSA MEMORIA, DEDICA ESTE LIBRO

CASTO BLANCO CABEZA.

Madrid, 1919.

PRÓLOGO

Don Casto Blanco Cabeza, sabio y dignísimo profesor de la Escuela Normal de Madrid, ofrece hoy al público un libro interesante y simpático como pocos. Movido de cariñosa amistad obstínase en que mi modesta pluma detenga el ansia de leerlo con que todo español lo tomará en sus manos; y yo accedo a mi pesar, pues la sospecha de la inutilidad de estas líneas se eleva a certidumbre en vista de los hermosos preliminares con que el editor le antecede y son verdadero prólogo de la obra.

Envidiables dotes de narrador posee el señor Blanco Cabeza y revela cumplidamente en tan ameno escrito, que se lee con el agrado de una novela y el provecho de una historia. Contados están en él, por modo insuperable, todos los antecedentes necesarios para emprender la lectura de las cartas y poesías de Galán: los orígenes del epistolario, sus etapas y vicisitudes; las cualidades

físicas y morales del poeta en su edad juvenil, sus hábitos de estudiante y hasta sus ilusiones, sus afectos y sus esperanzas. Y como marco de semejante esbozo psicológico, desfilan también alumnos y profesores de varia catadura, camaradas, admiradores y hasta envidiosillos del futuro cantor de las etapas castellanas, en cuadro animado y palpitante, con esa verdad y frescura que solamente resplandecen en el trasunto de la realidad vivida, cuando quien lo pinta alcanza, como el Sr. Blanco Cabeza, a dibujarlo con segura mano y a derramar sobre él las cautivadoras galanuras de la forma. Solamente dos páginas emplea en retratar al venerable Sarrasí y sin embargo le conocemos tan bien que nos parece haberle visto y comunicado. Parco en comentarios, huye a propósito de toda consideración retórica; mas elige con tanta habilidad los hechos y los relata con tal destreza, que ellos solos sugieren variadísimas deducciones, logrando así uno de los más estimables méritos del escrito, conviene a saber: cierta colaboración del lector, que a duras penas se aviene con un papel meramente pasivo, cuando todo se lo dan dicho y comentado. El episodio de los *gorrioncillos* habla más en alabanza del corazón de nuestro poeta que diez pliegos de consideraciones filosóficas.

Blanco Cabeza y Galán fueron amigos, mas no con esa amistad un tanto externa y muchas veces fugaz, engendrada por el compañerismo de las aulas, sino con el afecto hondo y duradero que nace de la comunidad espiritual, de las afinidades de sentimiento, de la identidad de caracteres. Cuantos conozcan a Blanco Cabeza hallarán natural y necesario este recíproco afecto. Así como en el autor de *Campesinas* hermánanse en él las altas dotes intelectuales con las prendas del corazón. En verdad privilegiado, de vasta cultura, de temperamento soñador, de inteligencia perspicaz es, sobre todo, como Galán lo fué, un hombre bueno, modesto, laborioso, de arraigadas creencias y de pecho agradecido y sensible, según prueba este libro, raro ejemplo de devoción a la memoria de un muerto.

No menos de cincuenta cartas y seis poemas abarca la colección presente. Escritas las primeras al correr de la pluma, sin artificio de ninguna clase, ajenas a toda idea de publicidad y tan sólo para recordar al amigo el afecto que no se entibia, revelan mejor que ninguna otra de sus obras lo que José María Galán era por dentro, confirmando a la vez, sus innegables méritos de prosista: la seguridad de la frase, la afluencia del estilo, la riqueza de vocabulario, la

sencillez encantadora y la gracia espontánea, cortés y apacible.

Las producciones de los grandes artistas ponen de manifiesto no solamente sus principios estéticos y los recursos de su técnica sino también las reconditeces de su interior, y de un modo especial las empresas literarias que por su naturaleza son más íntimas, más espirituales. Pero el contemplador no se satisface ordinariamente con esto: desea penetrar, guiado por la obra, en el alma misma de donde ha brotado, sorprender el divino impulso que pudo inspirarla, el hervor de la fantasía al vestirla de forma tangible, los pasos todos de su elaboración, ya lenta y trabajosa, ya rauda y ardiente, para entrever así la psiquis del artista, a quien se complace en suponer noble, brillante y como purificado de las miserias de la carne. Peligroso es, con todo, semejante análisis, aunque no poco instructivo, porque ¡cuántas veces, si esto logramos, la desilusión nos defrauda y entristece!

No así en el caso del insigne salmantino. Estas cartas, tan ingenuas como elocuentes, manifiestan un espíritu íntegro, desnudo, sin dobleces ni repulgos. La sinceridad, timbre excelso de las obras de Galán, brilla aquí esplendorosa, convidándonos a bucear en un alma que fué como

parece: sencilla, honrada, cristiana, inteligente y tierna en sumo grado. Preséntannos, además, al artista principalmente en sus años de juventud, cuando arde la imaginación, las pasiones se exaltan y el entendimiento vacila y muchas veces zozobra; primavera del vivir apta a las espansiones poéticas, pero en la cual contados hombres logran la plenitud de su genio. De este número fué nuestro poeta, según demuestra su epistolario: el Galán de 20 años es el mismo de 35, edad en que le arrebató la muerte.

Los temperamentos afectivos y emocionales, cuya nota característica es una extremada sensibilidad, viven sobre todo interiormente, aman la meditación y el silencio y suelen propender al psicologismo, entregándose a la autoinspección y estudio de sí propios y recogiendo, con frecuencia, en *diarios* los productos de este examen. No consta que Galán dejase escritos de semejante clase, pero muchas de las cartas que van a leerse pueden sin violencia figurar en ella por la finura analítica con que exponen estados de ánimo, vaguedades, deseos, optimismos y tristezas de un ser que nada cela, que se entrega al amigo amado y le comunica cuanto siente y cuanto piensa.

Relativamente fácil es escribir bien, porque al fin la forma literaria es cosa externa y artificiosa

que con la aplicación se adquiere; mas no lo es sentir la realidad y comprenderla hondamente; para ello son precisas cualidades interiores, delicadezas espirituales y hasta, quizás, perfecciones orgánicas, patrimonio harto regateado por la naturaleza. Apreciar lo grande, conocer lo extraordinario, gustar lo noble, al alcance está de los muchos; pero descubrir lo delicado, lo fino, lo exquisito, privilegio es de los pocos. El poeta castellano, mago evocador, hace surgir por doquiera hermosuras misteriosas ocultas al común de los mortales y que aguardaron latentes su llegada para revelarse sólo a él, como la princesa dormida esperó en letargo secular la presencia del príncipe único designado por la fortuna. Nada para Galán hay pequeño o despreciable: todo vive a sus ojos y en todo descubre alma, belleza y movimiento. La peña desnuda, la rasa campiña, el árbol desmedrado, el menudo insecto, un viaje en ferrocarril, una enfermedad pasajera, la vida aldeana, los lances de unas oposiciones, la espera de cartas y noticias, la regencia de una escuela pueblerina, los cuidados del labrador, la cacería de liebres y perdices, el hablar con rústicos y gañanes..... todas estas cosas tan comunes y prosaicas se elevan maravillosamente en sus manos y adquieren interés y nobleza. Y ¡qué será cuando los grandes

afectos y dolores de la vida, como el cariño a la esposa y a los hijos, la muerte de la madre, el triunfo aclamado, le hieran o le halaguen haciendo vibrar ampliamente aquella cuerda siempre tensa y resonante! De todo hay muestras en este epistolario y en todas se descubre su gran espíritu, cuya afectividad trascendente le hace abrazarse en poética unión con la naturaleza entera, calentarla con su propio fuego, palpitar y vivir, porque en cada ser deposita un destello de su alma abrasada de inextinguible sed de amores.

De los poemas, hasta ahora inéditos, que aquí se ofrecen mucho podría decirse. Casi todos fueron compuestos en la breve y única estancia del autor en Galicia y pertenecen, por tanto, a su más tierna juventud. Esto sólo declara el gran interés con que serán mirados como primeros vuelos de esa alondra terreña, a quien gusta ocultarse tímida en la hondura del surco recién labrado y confundir con la parda tonalidad de la haza los modestos colores de su plumaje; pero que sabe también volar osada y remontarse en graciosas espirales para saludar con dulces trinos al mañanero sol, dorado y fecundante. Tienen además innegable mérito intrínseco, como lo tiene cuanto salió de su pluma, dócil y afortunada; así los *Suspiros,* mansas quejas de un desengaño amoroso,

como el improvisado *Adiós,* compuesto con singular soltura y la burlesca elegía a la muerte del hurón *Ciquiel,* hábilmente versificada y que nos ofrece muestra de la vena festiva de Galán, aspecto poco conocido del poeta.

Mayor importancia ostentan las composiciones restantes: *¡Patria mía!,* inspirada canción a la aldea nativa, donde el autor triunfa de la técnica con variedad de modos; la primorosa balada *Fuente vaquera,* que no obstante pertenecer al ciclo de sus primeros versos nos ofrece al poeta ya formado y definido; los cadenciosos pareados *Mañanas y tardes,* obra de empeño, indudablemente una de las buenas poesías suyas, en que los primores de la versificación vencen la dificultad del cansado metro y donde flota visible recuerdo del gran Zorrilla. En estas obras está, sin duda, todo Galán. Escribiólas mejores; pero ya en ellas aparecen íntegros los recursos de su lira y especialmente aquel hondo entusiasmo por la tierra natal, el campo castellano, cuya austera y solemne belleza supo sentir y expresar como nadie. Porque Galán fué un alma campesina afinada por el estudio y ennoblecida por el sentimiento. En él palpitan los puros afectos y la natural rectitud del hombre campestre y supo vestir con ropaje urbano los ideales comunmente vagos pero vigoro-

sos del mundo rural, como la abeja transforma dentro de sí el zumo de las flores silvestres en miel dulce y regalada.

Ceso de entretenerte lector. Con gusto recorrerás estas páginas, recórrelas también con reverencia; porque la presente obra es tierna ofrenda de póstumo cariño que manos piadosas depositan sobre una tumba querida.

ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR.

LOS RECUERDOS
Y PAPELES DE GALAN

LOS RECUERDOS
Y PAPELES DE GALÁN

¡Quién me diera saber trasladar al papel las impresiones que experimentó mi alma ingenua de estudiante provinciano, al llegar por primera vez a Madrid!

Fué en el curso de 1888 a 89. Mi corazón, repleto de ilusiones, tenía 20 años y estaba enamorado perdidamente. Mis sentidos, ávidos como pajarillos recién escapados, vibrantes a todas las sensaciones nuevas, tropezaron de repente con aquella populosa urbe, llena de magníficos palacios, estatuas, museos y jardines. Mi espíritu, optimista por naturaleza; sano, fuerte, nuevo, abierto a todas las brisas, cual debieron estar los templos de columnas de la Acrópolis; dócil a toda insinuación de verdad, de belleza y de virtud, se encontró, ya al llegar, al lado de un gran artista, Julio Veiga; y al poco tiempo, con el incomparable José María Gabriel y Galán.

Dónde vais ya, ¡oh queridísimos y llorados amigos! ¿Dónde va también aquel estudiosísimo Táboas... y tú, inolvidable Antonio, poeta y marino, que entregaste tu vida por la patria?...

¡Cuán poco tiempo gozó el mundo de vosotros!

* * *

Julio estudiaba último año de violín en el Conservatorio. Vivía con su madre, la señora doña Clotilde Valenzano, en el número 8 de la Plaza de Oriente. Allí fuí yo a parar, a vivir con ellos en familia: Julio fué para mí un buen hermano, y doña Clotilde hacía con ambos el papel de una madre cariñosa.

Hija de artistas oriundos de Italia, esposa del famoso compositor don Pascual Veiga, autor de *La Alborada*, relacionada de antiguo con buenos músicos y literatos, como el célebre maestro Monasterio y el escritor Fernández Bremón; aquella señora bondadosa, culta y finísima, reflejaba sobre nosotros su gran sentido artístico, y nos avivaba en esa devoción que suelen tener los jóvenes hacia los grandes genios.

Julio iba en camino de llegar a serlo. Por lo menos a mí me lo parecía, y de fijo sé que aspiraba a crearse un nombre.

Y no sin motivos. Era un prodigio en el violín, y sin disputa el más aventajado alumno del Conservatorio. Componía hermosa música, —hasta con lujo acababa de editarle Zozaya su tanda de valses, titulada *Al Vuelo*,— y era el orgullo de sus profesores.

Además dibujaba muy bien, pintaba acuarelas preciosas, escribía versos, y hasta publicaba notables artículos de crítica musical en las revistas de Arte.

Y, a todo esto, sólo tenía 19 años.

Con Julio hice mis primeras excursiones para ver las preciosidades de la Villa y Corte. Por las tardes, cumplidas nuestras obligaciones de estudiantes, recorríamos los cafés, teatros, calles y jardines; los domingos, después de oir misa, los dedicábamos a visitar el Retiro y los Museos. Julio hacía muy bien de *cicerone* para estas cosas.

Doña Clotilde, apasionadísima de la ópera, me ser-

vía de Mentor cuando íbamos al Real; nos llevaba a Palacio cuando había Capilla pública, y se entusiasmaba contemplando las ceremonias de Corte, las bordadas casacas de los gentiles hombres, y la elegancia, distinción y majestad de la Reina Regente que, a pesar de la sencillez de su luto, destacaba en medio de todas sus damas, cubiertas de riquísimos trajes y preseas.

Al lado de este inolvidable artista y de su madre pasé el tiempo de mis estudios en Madrid; y el ambiente de esta casa influyó no poco en mis aficiones estéticas, y fué al principio un gran consuelo para mitigar la nostalgia, que padece todo joven arrancado al regazo de la dulcísima Galicia.

* * *

Y en la Escuela?... Allí conocí a mi José María: a aquel corazón que hasta la muerte tantas mieles destiló en el mío, herido de ausencia, por fin, en aquella época; hambriento de afectos y caricias, lejos de mi prometida y de mi madre.

Cuando llegué a los estudios, ya estaba empezado el curso. Me encontré en medio de una turba de estudiantes ruidosos, que llenaban los corredores con el estrépito de su charla. De todo se hablaba y se discutía, menos de los estudios, ni de cosa alguna útil.

Los primeros días ya me hice amigo de Manuel Cabanelas, que era un compañero de los más expansivos.

Cabanelas y Táboas eran también de Galicia, y se me aficionaron mucho. Táboas era el prototipo del estudiante infatigable. No se ocupaba en otra cosa sino en estudiar. Estudiaba de memoria, paseando día y noche con el libro en la mano, repitiendo y meditan-

do sus párrafos. Cabanelas era todo lo contrario: estudiaba muy poco; su buena inteligencia se contentaba con oir atentamente las explicaciones de los catedráticos, y escuchar los comentarios que hacían los compañeros. Era un mocetón alto y muy fornido, guapo, siempre sonriente, y en clase de Gimnasia hacía prodigios de fuerza.

La primera clase a que asistí, —lo recuerdo bien,— fué la de Moral. El profesor de esta asignatura era un docto fraile exclaustrado, hombre suspicaz y mal humorado siempre con los alumnos. Tenía la clase a las siete y media de la mañana. ¡Buen trabajo costaba llegar a ella puntualmente en invierno! Ya no solía él llamar hasta las ocho, y aun así, siempre faltaban bastantes alumnos.

Aquel día yo, —sabiendo de víspera que se daba la lección 9.ª,— me había estudiado bastante bien la conferencia.

Tal me valió. Empezó el catedrático a pasar lista, y al llegar a mi nombre,

—¡Blanco Cabeza, D. Casto!

—Servidor de usted.

—¡Hombre! es la primera vez que contesta usted a la lista, y tiene aquí ya una porción de faltas.

—Sí, señor,—dije.— Hasta hace pocos días no he recibido la autorización del Rectorado para dejar mi escuela, y acabo de llegar a Madrid. El Sr. Director, en vista de la fecha de esta autorización y de no ser mía la culpa de no asistir a las clases, me ha dispensado las faltas; y yo ruego a S. S. me las dispense también...

—Bueno, bueno... ¡disculpas! ¿Sabe usted la conferencia?... Vamos a ver! —repuso el catedrático. Y cerrando la lista muy atufado añadió: —Vamos a ver lo que me dice usted de las *pasiones*.

Yo principié diciendo los tópicos que había estudiado acerca de las *concupiscibles* e *irascibles*. Cuando estaba enumerando aquello de «amor y odio, deseo y fuga, alegría y tristeza... esperanza y desesperación, audacia y temor, y la ira...»

—Que no tiene contraria! —interrumpió el catedrático, empezando a descorrer el ceño.— Vamos, siga usted.

Continué mi lección con inusitada serenidad, en medio del silencio de los alumnos, extrañados, la mayor parte de que el profesor se contentase con mover la cabeza de arriba abajo, sin dirigirme las censuras que, según supe después, solía disparar al tomar lección.

Hay días de suerte loca, y aquél lo fué para mí, pobre novicio, que me veía entre tantos desconocidos, temiendo sus juicios con la natural zozobra del recién llegado.

Dió el bedel la hora, cortando mi perorata; salimos de aquella clase, y ya se me acercaron a hablar varios condiscípulos. Otros me miraron con bellos ojos de benevolencia. No faltó alguno que intentó clavarme con miradas de envidia.

Mis dos paisanos, Cabanelas y Táboas, me dieron efusiva enhorabuena. Cabanelas me acompañó toda la mañana, y desde aquel día fuimos muy amigos.

Cabanelas, a pesar de su holgazanería para el estudio, era activo para todo lo demás; no era nada vicioso, y en medio de aquel cuerpazo de Hércules, tenía un carácter casi infantil y atesoraba un excelente corazón.

Para que yo no pudiese envanecerme con mi triunfo, pronto tuve la derrota en la clase de Legislación.

Explicaba esta asignatura un sabio y magnífico señor de patillas blancas, que venía a clase en

coche, y era lo más fino, severo e imponente que se puede decir. Exigía al pie de la letra los preámbulos y articulado de todas las leyes, decretos, reglamentos y reales órdenes, vigentes y pretéritas, dictadas en materia de instrucción pública.

El único alumno capaz de contentar a este catedrático, era el infatigable Táboas.

Pasaba lista mirando los huecos que quedaban en los bancos; para lo cual tenía ordenado que cada alumno se sentase siempre en un mismo sitio, y respetase el vacío del inmediato, si éste faltase a cátedra. Yo le había visto ya muy enfadado acerca de tan importante cuestión, pero entendí que bastaba que nos colocásemos por orden de lista.

Por ahí vino mi pérdida.

Pocos días después, como notase el profesor que yo me había sentado fuera de mi sitio, ocupando el hueco de mi vecino ausente, me lo advirtió con terrible severidad, y me pidió la lección.

Yo sabía... que no la sabía bien, y así me desconcerté más. No sé que lío me armé con la ley de 1834 y el reglamento del 47. El caso es que a los tres o cuatro minutos me cortó la palabra el catedrático, diciendo fríamente con la más despectiva sequedad y mirándome de hito en hito, sin moverse:

—Basta! No sabe usted una palabra. Siéntese usted.

Y pasó a explicar la lección siguiente.

Al salir noté que mi crédito había disminuído bastante, y algunos ojos vi que se alegraban de mi tropiezo. Pero Cabanelas, tan cariñoso como siempre, no se apartó de mí, y Táboas fué explicándome por la calle en qué había consistido mi equivocación.

* * *

De todos los profesores de la Escuela, y aun de cuantos maestros he tenido, ninguno, excepto mi bendito padre, me ha llegado a inspirar tanto afecto y admiración como aquel venerable don Jacinto Sarrasí, entonces Director de la Escuela Normal Central. Siempre que pienso en él, me parece imposible que no lo admirasen con férvido entusiasmo, como yo, cuantos fueron sus discípulos.

En su trato con los alumnos era muy diferente de los otros dos profesores citados. Nos hablaba siempre con la afabilidad y ternura que usaría con sus nietecitos pequeños un abuelo cariñoso, sabio y feliz.

Y un abuelo parecía, en todo, aquel bondadoso y docto anciano, con su cabeza enteramente calva, su rostro bien rasurado, sus ojillos llenos de arrugas, pero aun muy vivos, su boca algo hundida, y su pasito corto, un poco vacilante, a pesar del inseparable bastón antiguo de bola de marfil.

Algunas veces, a la salida de clase, donde nos había entretenido, como encantados, con sus preciosas explicaciones, se nos acercaba en el corredor, sonriendo como un picarillo, y nos pedía lumbre para encender su cigarro. Después se despedía de nosotros, destocándose la brillosa chistera con mucha distinción, y se marchaba para casa, diciéndonos cariñosamente:

—Adiós, adiós; hasta mañana. Estudiad mucho.

Explicaba dos asignaturas, Pedagogía superior y Literatura, y las explicaba muy bien. Cada vez estoy más convencido de que era verdaderamente insigne como maestro, como filósofo y como crítico literario, y aunque no dejó publicada ninguna obra, me consta que las dejó escritas.

Un día, que le pedimos que diese sus cuartillas a la imprenta, nos dijo:

—No quiero yo verme en vida roído por gusanos.

Sus explicaciones eran clarísimas, y tan amenas que nos parecía un soplo la hora y media de su cátedra. Solía hacer digresiones, de las cuales no siempre regresaba a la cuestión principal por falta de tiempo; pero estas digresiones aún eran a veces más instructivas y substanciosas que la misma cuestión.

Había sido condiscípulo del ilustre pedagogo Montesinos, con el cual estuvo pensionado en el extranjero; y maestro suyo fué el célebre D. Alberto Lista, que sabía comunicar el don del gay saber y convertir en poetas a los alumnos de su cátedra, como Espronceda, Becquer y tantos otros.

Sabía enseñar prácticamente las cosas. Después de explicarnos una especie literaria, por ejemplo la égloga, nos mandaba dar lectura ante él a un modelo, y nos iba haciendo notar las bellezas de expresión conforme iban apareciendo. A veces su corazoncito de artista y de lírico tiernísimo, se conmovía tanto, en los pasajes de gran efecto, que no podía contener las lágrimas, y limpiándose los marchitos ojos con el pañuelo, y oprimiéndose el pecho con la otra mano, decía temblorosamente al alumno, en un sollozo:

—Más despacio!... más despacio!...

Y los alumnos llorábamos a veces también con él, —¡tan eficaz era la comunicación estética que sabía establecer entre su sensibilidad y la nuestra!

Yo debo a este profesor gran parte de mi corta educación artística, y firmemente creo que mucho pudo influir su ejemplo y su enseñanza en el espíritu de Gabriel y Galán, cuyo lirismo vibraba ya en aquel tiempo cual dulcísima arpa eólica.

* * *

A mí me molestaba siempre el estrépito de aquella masa de alumnos que, hablando a gritos como locos, llenaba los corredores, durante los intermedios de clase a clase. Muchas de sus conversaciones no eran todo lo agradables que se pudiera desear; porque, entre una gran mayoría de muchachos de buena educación, había, como siempre, una media docena de chicos de lo más fresco. De modo que, a los pocos días, fuí dando en la costumbre de quedarme en el extremo de un corredor menos frecuentado.

Frente a una ventana que en el rincón había, otros dos o tres alumnos se arrimaban, también huyendo valerosamente de la general batahola.

Allí, en aquella especie de Tebaida, encontré otros dos solitarios, dos salmantinos: el buen Santiago Ribero, y el dulcísimo José María Gabriel y Galán.

Allí hablábamos sin gritar, y comentábamos nuestras lecciones o fumábamos nuestro medio cigarrillo, que nunca podíamos apurar antes que nos llamasen para otra clase. También se acercaban allí los otros compañeros muchas veces; pero nadie venía a profanar aquel nuestro retiro con expresiones de mal gusto.

¿Por qué he sido amigo de Galán? ¿Por qué aquel singular ingenio, aquel talento príncipe, llegó a dedicarse así, entrañablemente y en absoluto, a este su obscuro condiscípulo?

Mil veces me lo he preguntado, y nunca he podido darme respuesta concluyente a esta cuestión. Motivos más o menos especiosos he hallado, pero a todos pueden oponerse objeciones, y el más probable podrá ser que, entre las perfecciones de Galán, sobresalían las de ser sumamente delicado y agradecido.

Galán conoció que yo adoraba en él: por eso, por gratitud, llegó a quererme tanto. Galán tenía que amar a los que le amaban, pues era tan generoso que nunca pudo admitir el ser por nadie sobrepujado en afecto. Su mayor placer era amar; amar el bien, amar a su tierra, amar a su madre, amar mucho y siempre. Sus expresiones, sus cartas, sus poesías, su vida entera son buena prueba de esta dulce condición suya, acentuada hasta rayar casi en el fanatismo.

¡Amar a todos los que le amaban, sin consentir ser por nadie sobrepujado en esto!... Es como decir que amaba a todos cuantos le conocían, pues no era posible conocer a Galán sin idolatrarlo.

De su semblante, de sus ademanes, de sus menores palabras, brotaba una fuerza de simpatía, que arrastraba, desde luego, a la admiración, y después atraía como el imán.

¡Oh cómo descollaba él entre todos los alumnos que vi en la Escuela, al llegar yo a Madrid en aquel memorable invierno! Pero desde que le oí dar sus magistrales conferencias, y recitar tan sentidamente aquellas odas en la cátedra de Literatura; desde que pude conversar con él, ya tuve que amarlo sin remedio.

Y es que, conociendo a Galán, ya no se podía desear en él otra nueva perfección, sino la de que él nos amase.

Yo creo que no había más que pedirle; porque si por su silueta elegantísima y lo bien modelado de sus facciones, era un tipo de varonil belleza, mucho mayor belleza se notaba en lo que hervía bajo aquel pecho levantado y aquella frente noble y despejada, asomándose en el azul de sus ojos, en la expresión inefable de sus labios, y en la gracia natural de todas sus frases y movimientos.

Galán tenía una figura hermosa; pero tenía un alma mucho más hermosa.

* * *

Mis primeros coloquios con Galán fueron al salir de alguna clase, o en aquel extremo del corredor de la Escuela, que venía a ser nuestro retiro. Allí, junto a aquella tercera ventana, nos reuníamos siempre los solitarios. Pronto nos hicimos buenos amigos, y muchas veces salíamos de la Escuela juntos.

Cerca de la Universidad, en la parada del tranvía, siempre había dos niños muy bonitos, pidiendo limosna. El mayor, como de siete años, llevaba de la mano al pequeño, que no tendría más de cuatro, y nos pedía, canturreando:

—Pa mi madre, que es viuda y está baldada!

Galán siempre le hacía una caricia al pequeño y le daba cinco céntimos.

Después me decía a mí:

—¡Pobres gorriones!

Un día vimos que estaba solito el más pequeño, y Galán pellizcándole cariñosamente la mejilla, le preguntó por su hermano.

El pobrecito gorrión nos explicó en su media lengua, que su hermano estaba enfermo, y no había podido salir de casa. Que «como madre no pue andar, él, —el mendruguillo aquél que no alzaba tres palmos del suelo— tenía que ir de zeguida pa cuidar a lo dos enfermo».

—Vení conmigo y verán como e verdá —añadió el pobrecito.

Galán se convenció enternecido, y me dijo:

—Si me acompañaras, de buena gana iría a verlos.

Fuimos con el pobrecillo a la bohardilla de una casa grande de la calle del Tesoro.

El pequeñín entró gritando:

—¡Manué! ¡Manué!... Ya viene el zeñorito de la capa pelosa!

Aludía a Galán, que gastaba, por aquel tiempo, una magnífica capa de paño muy negro y grueso, pero no liso, sino salpicado de montoncitos de felpa.

—Miren como e verdá —nos dijo a nosotros.

Y era verdad. Más aun; porque la tremenda realidad superaba a lo que nos había contado. En un jergón pequeño yacía el otro gorrioncito, vestido, y tapado con unas prendas andrajosas. Congestionado por la fiebre, apenas tenía conocimiento.

En otra cama pobrísima, pero limpia, estaba la madre, casi paralítica, toda encogida que a poco más tocaba las rodillas con el pecho, y quejándose de dolor y de pena.

Supimos que la pobre llevaba así tres años, desde su viudez, postrada por una horrible artritis, que llenaba de piedra todas sus coyunturas, imposibilitándola para todo movimiento. Sus manos, pies y rodillas estaban ulceradas y sufría dolores agudísimos. El niño había pasado delirando toda la noche, y por la mañana, cuando quiso salir con el otro más pequeño, se había caído al suelo, sin fuerzas para andar.

No podíamos abandonar aquella miseria. Galán buscó enseguida remedio. Resolvió que lo más urgente era traer algún alimento y llamar un médico; y, yendo él por un lado y yo por otro, buscamos ambas cosas.

Pero lo peor fué cuando el médico dijo que el niño estaba atacado de viruela, y que era preciso aislarse todos y aislar el pequeñito, por ser inminente el con-

tagio. No había más remedio que llevar el enfermo al hospital; pero siempre quedaba la madre. ¿Quién podría cuidarla?

La madre, así que oyó hablar del hospital, rompió a llorar con una aflicción que daba angustia.

Entonces Galán fué un héroe. El lo arregló todo, proponiendo que lo mejor era llevar el pequeñito a su casa, para que no se contagiase, y él se quedaría en la bohardilla cuidando a los dos enfermos.

Y así lo hizo, por más que le dije y le prediqué todo aquel día.

En lo único que transigió fué en que el chiquitín fuese instalado en casa de una vecina, para que no se supiese nada del asunto en su casa de huéspedes, de donde se despidió por unos días con pretexto de una excursión.

El pequeñito fué convenientemente encargado a una buena mujer, personalmente por Galán, y éste se pasó nueve días metido en aquel foco de infección, velando a un varioloso.

Yo, asustado de aquel heroísmo, ayudé lo que pude, enviándole lo necesario por una demandadera, que no pasaba de la puerta de la bohardilla.

Mucho me encargó Galán que no dijese nada de esta acción suya. Yo así lo cumplí, y creo que ni Cabanelas ni Santiago Ribero, su paisano, tuvieron por entonces la menor noticia de ello.

* * *

Una mañana, poco antes de la hora de entrar en la última clase, un alumno muy alto se dirigió a Galán, que estaba conmigo en nuestra ventana tercera, y le pidió lumbre para encender el cigarro. Galán tiró dos

o tres chupadas fuertes a su pitillo medio apagado, para avivarlo, y se lo entregó cortésmente, sin suspender lo que me estaba diciendo.

Cuando el otro devolvía el pitillo a Galán, sin darle las gracias, después de encender el suyo, Galán le dijo distraídamente:

—Puedes tirarlo, que ya es una colilla.

—¡No, que has de tomarla y fumártela! —contestó el otro con muy malos modos, como si trajese el propósito de provocar a Galán.

—No quiero —replicó Galán con dignidad.

—¿Por qué?, —rugió descompuesto, amenazante, su interlocutor.

—¡Hombre!... —contestó Galán muy tranquilo,— porque es una colilla, y además ya no tengo gana de fumar.

—¡Mientes! Es por despreciarme... ¿Es que tienes asco de mí?

—¿Tú crees que haya motivo? —repuso Galán, con la mayor serenidad, refiriéndose a la actitud del otro; y levantando hacia él la vista, y sonriéndole dulcemente, como Galán sabía, continuó, para desarmarlo: —Pero te repito que no sigo fumando ahora, porque ya estaba cansado de fumar.

Aquel compañero entonces soltó un grueso taco, y vomitó una de esas frases vulgares que se parecen mucho a la horrible blasfemia, sólo que en ellas va el nombre de una pobre madre en lugar del santo nombre de Dios.

Galán, indignadísimo, se lanzó contra el provocador para castigar la imperdonable injuria.

Entre algunos compañeros, —pocos, porque ya estaban entrando en clase, y los más no se habían dado cuenta de la escena,— conseguimos sujetar a los con-

tendientes, e impedir que allí mismo se acometieran. Yo empleé todos mis medios, procurando tranquilizar a Galán y hacer entrar en razón a su enemigo; pero no pude evitar que salieran desafiados a pegarse al Campo del Moro.

Salimos por la calle de San Bernardo. Galán iba conmigo; el provocador venía detrás, con dos de sus amigotes.

—Ha nombrado a mi madre!... ¡A mi adorada madre!... —se iba diciendo Galán.

Y volvía a repetir, desolado:

—¡A mi bendita madre!...

Yo no sabía apenas qué decirle. Me partía el alma ver así afligido aquel corazón de oro. Me horrorizaba pensar que pudiese caer Galán en manos de la Justicia, o que el gigante llegara a poner sus horribles manos en aquel querido compañero mío, tan delicado, tan bueno, tan listo... que, inflamado con los esfuerzos para contener la ira, me parecía más hermoso, más admirable que nunca.

Pero al mismo tiempo dudaba si estaría yo siendo ya culpable en detener por más tiempo la explosión de aquella ira, y en prolongar con mis consejos aquel insufrible martirio, cada vez que oía algún nuevo improperio de los que de cuando en cuando, con voz sorda, soltaba su rival.

Aun no habíamos acabado de recorrer la calle ancha de San Bernardo, cuando el bárbaro volvió a repetir su abominable grosería. Galán se volvió hacia él, rápido como un relámpago. Yo creo que algún santo me ayudó en aquel momento a contenerlo y convencerlo de que allí, en medio de tanta gente como había, a la vista de los guardias, no se debía, no se podía tomar venganza.

Así fuimos andando hasta la Plaza de Oriente, y bajamos la rampa que hay a la derecha de Palacio, la cual en aquellos tiempos era pública, como toda la arboleda del Campo. Ya íbamos a entrar en éste.

En aquel momento oímos la voz del ofensor. Desde la rampa repetía a gritos el villano insulto.

—¡¡Lo mato!!—rugió Galán desesperado, corriendo hacia él.

Aun logré contenerlo, por el momento, a pretexto de que había que formalizar el desafío. Volví hacia el otro, y traté de hacerle comprender su ceguedad, y de inducirlo a que se retirase. Ya empezaban sus amigos a ayudarme en esto; pero él ofuscado, frenético, agradeció mi buena intención insolentándose conmigo.

Entonces no sé qué pasó por mí, pues, casi sin darme cuenta, me encaré con él y dándole con toda mi alma una bofetada llena, y metiéndole dos puños en la boca del estómago, le grité:

—¡Cobarde! Antes te pegarás conmigo!— Y al ver que vacilaba en acometerme, añadí: —Anda!... si te atreves.

Galán protestaba tener mejor derecho.

Pero el otro ya no esperó más. O arrepentido, o medroso, sin decir nada, empezó a retroceder lentamente, y luego a subir despacio la rampa por donde habíamos bajado. Sus amigos, asombrados de la cobardía de aquel hombrón tan grande, lo dejaron ir solo. Después se marcharon también, abominando de él y de su proceder.

Miré para Galán. Tan animado y valeroso antes, frente a su enemigo, ahora estaba pálido como la cera. Yo, que aun seguía furioso, comentaba la extraña salida de nuestro contrincante.

—¿Has visto cosa más rara?... ¿Qué te parece?... ¿Qué dices?...

Galán no decía una palabra.

Poco a poco nos fuimos serenando. Subimos a la Plaza de Oriente. Yo aun esperaba que volviese el otro, pero no se le veía por ninguna parte. Me cogí al brazo de Galán, lentamente fuimos andando calles y calles hasta su casa; y allí, en el portal, me dijo, abrazándome, casi llorando:

—Casto, hoy has librado a mi madre de verme en un presidio.—Yo no comprendí al pronto, hasta que sacando del bolsillo del pantalón un revólver pequeño, continuó:—No sé cuántas veces tuve el pensamiento de disparárselo,... me prenderían enseguida... Es del amigo que está enfermo arriba, ¿sabes? y hoy me encargó que se lo recogiese del armero, donde lo tenía a componer.

*
* *

Al otro día vino Galán a mi casa por primera vez, y desde entonces puede decirse que fuimos inseparables.

Yo vivía frente al Palacio Real, con doña Clotilde Valenzano y su hijo Julio. La bondad y cultura de esta señora y de su hijo, fueron circunstancias favorables para hacer más dichosa mi primera estancia en Madrid. Doña Clotilde, siempre amable conmigo, me cuidaba como a su propio hijo; su repertorio culinario era delicado, y su conversación, siempre entretenida, era el mejor postre de nuestra sobremesa.

Julio era un artistazo, que había aprobado de un golpe en el Conservatorio nueve años de violín, y estaba matriculado oficialmente en las asignaturas de *Perfeccionamiento* y *Musica di Camera.*

Ya he dicho que cultivaba otras varias manifestacio-

nes del Arte. En todas ellas rendía culto a la originalidad, tanto que ahora me parece que en este culto se excedía un poco, aunque sin llegar a lo que hacen hoy los modernistas.

Julio era incansable creando cosas artísticas nuevas. Después del almuerzo, que hacíamos a la una de la tarde, entraba en mi cuarto, cogía mi papel de cartas y a la cabecera de cada pliego pintaba sus acuarelas. Otras veces improvisaba versos, o traía papel de música y en un cuarto de hora escribía una composición; después íbamos a tomar café al *Iberia*, donde había un buen pianista que repentizaba la obra, y el público, que llenaba el café, aplaudía siempre las composiciones de Julio. Éste no les daba la menor importancia, y ni siquiera recogía el original.

Por las tardes estudiaba Julio con ahinco; pero al anochecer volvía a mi cuarto, en aquella media luz del crepúsculo, casi a oscuras, a tocar sus prodigiosos estudios en el violín; o bien inventaba fantasías en una guitarra que le habían prestado.

Era asombroso oir como imitaba en ella el ruído de la conversación. Remedaba con las cuerdas un verdadero diálogo de voces de hombre y de mujer, súplicas, disputas, quejas e imprecaciones, tan perfectamente que, a veces, nos parecía percibir hasta las palabras.

A estas tertulias concurría generalmente Cabanelas, y asistió también Galán, con gran contentamiento de todos, desde aquel memorable día del desafío. Galán se entretenía mucho con estos conciertos; pero bien pronto llegó Galán a entrenernos más a nosotros con su chispeante conversación.

Sus ocurrencias, su talento, el hondo y finísimo sentido que tenía de las cosas, la irresistible atracción que producía en nosotros, como en cuantos le trataban

en la intimidad, acabó por imponerse y sobreponerse a todo.

Galán pedía a Julio que tocase; y Julio no tenía gana de tocar, sino de escuchar a Galán, embobado como los demás.

* * *

Pero bien pronto vino el mes de Mayo, hermoso mes para todos, pero terrible para los estudiantes que han de examinarse por tribunal, y más para nosotros, que oímos que íbamos a ser juzgados con extraordinaria severidad, porque el Ministro, en vista de la gran excedencia de personal en nuestra carrera, había recomendado al Claustro que sólo dejase pasar el menor número de alumnos posible, y el Claustro, tomando en consideración este ruego, y teniendo en cuenta la escandalosa huelga de Navidad, pues se habían tomado las vacaciones desde el 15 de Diciembre, —lo cual en aquellos tiempos era cosa imperdonable,— había acordado hacer un escarmiento.

También Julio Veiga andaba apurado, porque se había traído para casa un valiosísimo *Stradivarius*, que le prestaba su profesor Monasterio, con el encargo de estudiar en él la parte de *concertino* para la gran velada que solía dar el Conservatorio a fin de curso. Y, a pesar de esta distinción tan elocuente, corrían rumores, —falsos seguramente,— de que aquel año no se concederían oposiciones al *Primer Premio del Conservatorio*, para que otro alumno, predilecto de Monasterio y condiscípulo de Julio, no saliese derrotado en esta suprema prueba.

En fin, todos teníamos que aprovechar el tiempo, estudiando día y noche.

Galán y yo éramos los más comprometidos. Como Maestros por oposición, autorizados por los Rectores para ampliar estudios, nos moriríamos de vergüenza si perdiésemos curso, pues sabíamos que el Director de la Normal Central tenía que comunicar oficialmente a nuestros superiores las notas que obtuviésemos.

Nuestro punto más flojo era la asignatura de Legislación. Jamás habíamos podido echar de encima el pánico que nos inspiraba aquel profesor tan severo.

Táboas también era autorizado; pero, —¡dichoso él!— ya por Carnavales se había tragado el programa de Legislación. Los ladrillos de su cuarto estaban gastados: ¡se había formado un sendero hondo, en diagonal, a fuerza de pasear por él con el libro en la mano!

Bien medidas y sopesadas todas estas y otras razones, resolvimos, —¡qué dolor!— suspender aquellas deliciosas veladas literario-musicales; y encerrarnos a estudiar Galán, Cabanelas y yo, en casa del primero.

Nos hicimos con una cafetera de ocho tazas, y con ella y los libros nos pasamos *todas* las noches del mes de Mayo y no pocas del de Junio, sorbiendo café y tragando disposiciones legales.

Gracias a que la habitación de Galán era un salón, con chimenea y todo, no nos asfixiábamos allí con tanto humo de tabaco, y eso que Cabanelas, el más fumador de los tres, faltaba muchas veces.

A las cuatro y media o cinco de la mañana salíamos de aquella oscuridad a la luz viva de las calles de Madrid, sólo transitadas a tales horas por guardias y barrenderos.

Durante aquel mes y medio, creo que Galán y yo no nos quitamos las botas sino para bañarnos y mudar la ropa interior; es decir que dormíamos vestidos, las pocas veces que nos echábamos en nuestras camas.

Tampoco no vimos un teatro, ni otro espectáculo, salvo un domingo, que hasta fuimos a los toros.

Y este exceso merecía contarse, y contarse bien, para que se viese el buen corazón de Cabanelas y la inmensa fortuna de tres estudiantes, que el sábado *escurrichan* los bolsillos hasta la última pola de tabaco, y el domingo se encuentran con billetes y monedas de cinco duros.

Pero sólo cabe indicar que Cabanelas vino el domingo tempranito a repartirnos no sé cuántos pitillos y fósforos, que nos tocaban de un paquete y una caja de cerillas, provisión adquirida por él a duras penas; —tan duras que la cosa le había costado nada menos que tronar con la linda francesita a quien hacía el amor,— y que, al sacar una camisola de cierto baul, se sintieron rodar objetos metálicos, los cuales resultaron ser dos centenes, casi al mismo tiempo que llegaba una carta con billetes del Banco de España.

Abrumados con tan tremendas sorpresas, Galán y yo abrazamos conmovidos a Cabanelas, que había sacrificado su amor en aras de la amistad; llamamos a Julio, y acordamos... descansar aquel domingo, y divertirnos, yendo a los toros y al teatro.

Cerca ya de la plaza, compramos naranjas, bocadillos y manzanilla. Cabanelas fué el encargado de penetrar a viva fuerza —¡él las tenía!— en la inmensa cola que había para comprar los billetes.

La corrida iba a empezar. Cuando volvió con los billetes, vimos que le habían dado cinco. ¿Qué hacer con el sobrante? Devolverlo a la taquilla; pero no había tiempo para atravesar por segunda vez la cola. Venderlo, no podía ser. Regalarlo a un conocido...

Galán tuvo entonces una de sus generosas inspiraciones, y resolvió enseguida:

—Regalárselo a la pobre niña que nos vendió las naranjas.

*
* *

Llegó el tremendo día 1.º de Junio —*¡dies irae!*— y con él llegó la hora de los exámenes, hora de dolor para muchos, de alegría para muy pocos, de terror para casi todos.

Aquello fué el Diluvio: de treinta y cuatro exámenes, que hubo ese día, sólo salvaron cuatro. ¡Treinta suspensos!

Galán fué uno de los cuatro que salieron bien. Táboas no quiso esperar más: se empeñó en marcharse a su casa al día siguiente, que era domingo. Cabanelas, Santiago Ribero y yo quedábamos temblando, porque nos tocaba examinarnos al otro dia, lunes 3.

Fuimos con Galán a despedir a Táboas a la estación del Norte. Por lo que allí sucedió, creo que debíamos estar muy excitados. Allí unos tíos nos armaron bronca. Galán se las tuvo tiesas victoriosamente con el más bruto; yo trataba de poner paz; pero Cabanelas dió fin repentino a la contienda, porque «todos se tuvieron y se sosegaron, si todos quisieron quedar con vida», al ver que, de una sola espantosa guantada, tumbó a cinco o seis personas en el santo suelo.

Al otro día nos examinamos Ribero y yo.—¡Qué alegría tan grande tuvo Galán, porque salimos bien!— Yo estaba doblemente alegre, por verlo contento a él.

Siguiéronse dos o tres días de incertidumbre, antes del examen de otra asignatura... ¡la vencimos!... Y así fuimos pasando aquellas tres interminables semanas: saltando entre temores y alegrías, como en una carrera de obstáculos. Las notas no eran muy brillantes,

pero cada vez íbamos más animosos y contentos, viendo más posible, y después más probable, y luego más segura nuestra arribada a puerto.

A él conseguimos llegar sanos y salvos —¡gracias sean dadas a Dios nuestro Señor!— allá por el 17 de Junio.

¡Qué tormenta habíamos pasado! ¡De cincuenta alumnos oficiales, sólo nueve logramos aprobar el grado Normal!

* * *

Al día siguiente me sorprendió en cama la siempre grata visita de Galán. Yo me había permitido echar una *mañanada,* como decía doña Clotilde, para desquitarme un poco de tantos desvelos: al fin, los exámenes que me faltaban eran de asignaturas voluntarias.

—Casto, vengo a decirte que me parece realizable mi ilusión de ir contigo para conocer a Galicia.

—Pero ¿es de veras?... ¿o es que estoy soñando?

—Es de veras. Ha llegado mi padre. Levántate y vamos a pedirle que me deje ir contigo para ver el mar.

Ver el mar, ver a Galicia, ir conmigo para conocer mi tierra...! Tanto se la había ponderado yo, que esta era una de las grandes ilusiones de Galán, desde hacía tiempo.

Me vestí en menos de cinco minutos, y bajamos corriendo a la calle, tomando a buen paso por la del Arenal, hacia la Puerta del Sol. Galán me iba diciendo:

—Te advierto que mi padre no es ningún señorito a la moderna. Ya verás. Viene vestido de charro, como los labradores de mi tierra. Pero yo aun lo quiero mejor así, que no vestido de levita... Sólo te lo advierto, para que no te cause sorpresa.

Bien se veía, bien, que aquel excelente hijo, aquel jovencito, que era el mejor talento de nuestra Escuela; aquel José María tan estudioso, tán culto y distinguido, estaba orgulloso de tener tal padre.

Y podía estarlo verdaderamente. Encontramos al respetable y simpático don Narciso en el café Oriental. Era un señor como de cuarenta y cinco años, algo rubio, que me pareció muy expresivo, despejado y resuelto. Yo no recuerdo haber tratado otro más atento y agradable. Llevaba un valioso traje de terciopelo negro, con chaqueta y calzón adornados de grandes botones lisos de plata; el chaleco los tenía de oro, y casi desaparecía bajo un cinturón anchísimo de charol. La camisa bordada y las polainas laboreadas de pespuntes, eran primorosas.

En el momento de hacer las presentaciones, ya conocí que mi buen José María había hablado de mí en sus cartas.

—¿Conque usted es el amigo de mi hijo?—Celebro mucho el conocerlo. Ya lo queremos mucho allá por Frades.

Tomamos allí café; y estuvimos charlando hasta la hora del almuerzo. Los acompañé hasta su casa. ¡Cómo se le conocía a José María que iba embelesado con su padre!

Cuando nos despedimos, —hasta luego, pues anduvimos acompañando a don Narciso el poco tiempo que pasó en la Corte,— ya no nos cabía el gozo en el cuerpo a José María y a mí. A mí principalmente, porque ¡ya teníamos el permiso para ir juntos a Galicia!

* * *

Aquellos días fueron de despedidas. Despedir a

don Narciso, a Cabanelas, a Santiago Ribero y otros amigos, que habían terminado sus exámenes.

Cabanelas iba magnífico: en su traje flamante de turista no faltaba detalle, ni siquiera la cantimplora. Mucha broma le dió Galán.

Julio se quedaba en Madrid, formando parte principal de la orquesta de Bretón, después de obtener las mejores notas en el Conservatorio.

Victoriosos en todos los exámenes, José María y yo nos despedíamos también uno de otro, cuatro días después, en la estación del Norte, para reunirnos más tarde en la de Segovia, y seguir juntos el viaje hasta la ciudad departamental del Ferrol y el pintoresco pueblo de San Saturnino, donde residían mis padres. Yo tenía que pasar dos días en Segovia, para despedirme de unos queridos parientes. Mi primo Andrés estaba terminando allí la carrera de Artillería.

La primera carta de Galán, incluída en este libro, fué para avisarme su salida de Madrid, a fin de que yo le esperase en la estación de Segovia, preparado para seguir juntos en el mismo tren hasta Galicia.

¡Oh qué viaje!... Toda la noche llevé a mi amigo más querido reclinado en mis rodillas.

Alborozadísimos de nuestro encuentro, charlamos hasta más no poder, sentados uno frente al otro junto a la ventanilla; pero por fin Galán se moría de sueño. Poco a poco fué inclinando la cabeza hasta apoyarla en mi regazo, y se quedó profundamente dormido. ¡Con qué devoción velé yo toda la noche, procurando no moverme!

¡Pensando en él, en mi madre, en mi prometida, en lo felices que todos íbamos a ser durante aquellas vacaciones, se me hizo corta la noche!

*
* *

De nuestra llegada a la Coruña, donde nos estaba esperando Antonio García, del recibimiento que allí nos hizo la familia de éste, y sobre todo, del entusiasmo de Galán al ver por primera vez la exuberante frondosidad de Galicia y la grandiosa hermosura del mar, será inútil que intente dar una idea. Puede figurársela quien haya formado concepto de Galán y de nuestra amistad, y se haya fijado, al recorrer el mismo camino, en el contraste que hace el panorama de las mariñas gallegas con el de la meseta castellana.

Antonio García, gran amigo mío como Galán, y también poeta, vivía con sus padres y hermanas en la Coruña, y se preparaba para la carrera de la Armada. Nuestras familias se estimaban mucho ya de antiguo; y solíamos recíprocamente visitarnos, pasando algunas temporadas, ya en su casa de la Coruña, ya en la mía de San Saturnino.

Este valle amenísimo, donde se alza el regio palacio de los marqueses de su nombre, había tenido, además de este honor, el de ser cantado por don Darío, padre de Antonio, en la siguiente oda, que recuerda los clásicos:

ODA

EL VALLE DE SAN SATURNINO

(A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO DON ALBERTO BLANCO)

¡Riente valle de verdura henchido,
Do en plácido reposo
Gocé de la amistad gratos favores!
¡Mi acento conmovido
Quisiera tus espléndidos primores,
En plectro sonoroso,
Sublimar con galana poesía!
De los rudos embates de la vida
Mi espíritu cansado,
En las bellas florestas de la umbría
De tus gayos vergeles
Buscó solaz; y (el alma dolorida,
Y el pecho emocionado)
Al trasponer ¡oh valle! tus dinteles
Y al perderme en tu fronda galanura,
Dulcísimo suspiro,
Al ver tanta hermosura,
Exhaló, en la enramada
Que por doquier exhorna mi retiro,
El corazón ardiente.
Aquí, sorpreso el ánimo, respiro
El aura perfumada
Que, con alas de rosa,
Al orear suavísima mi frente,
Susurra melodiosa,

Y aleja de mi mente
Todo recuerdo de opresión odiosa
¡Oh! valle delicioso!
¡Cuán bellos panoramas
De tus cumbres alpinas,
Entre copudas y empinadas ramas,
Ve el ojo codicioso!
Hoy yacen en ruinas
De invasores osados
Los castros elevados
Que recuerdan al Celta y al Romano.
Los roqueros castillos,
Memoria de las eras que este suelo
En la turquesa de su férrea mano,
Con el rollo y los grillos,
A la plebeya gente
Llenaban de orfandad y eterno duelo,
¡Se hundieron en la noche del olvido!
De libertad el iris bendecido
Lanzó fulgores de encendida lumbre,
Y a este pueblo, que holló la servidumbre,
Hoy le atrae el sonido
De la alegre campana,
Que a la plegaria incita
De la gente cristiana,
Y en el tendido llano y en la cumbre
Vibra desde la ermita.
¡Qué bella se desliza
La tarde en las lozanas pumaredas
Que bordean los ríos
Y mansa el aura riza!
Y cabe de los sotos y robledas
Que no hieren los fríos
Ni el sol calcina con candente fuego,

¡Cuánta tranquilidad! ¡Cuánto sosiego!
Sencillos labradores
Habitan en las rústicas cabañas
De este valle frondoso,
Sin conocer del mundo la falsía,
Los crudos sinsabores,
Ni las ansias extrañas
Que nacen cada día,
Y al ánimo angustioso
Llevan gemidos de aflicción y duelo.
En el sereno cielo,
Ceñido por los montes
Que marco son de un cuadro reluciente,
Se retratan los puros horizontes,
La gala y la belleza,
Y el paisaje viviente
Do natura extremó su gentileza.
Aguas murmuradoras
De arroyos y torrentes
Que corréis fecundando la pradera,
¡Oh! cuán plácidas horas
Las linfas trasparentes,
Cuando el rayo de sol baña la esfera,
Correr ví enternecido!
¿Cómo olvidar podré la dulce calma
Que el techo hospitalario
De un amigo sincero y muy querido,
Ofreció con magnánima hidalguía
Al triste y enfermizo solitario
Que, dolorida el alma,
Llegó a su hogar en nebuloso día?
Salve ¡oh valle divino!
Tu recuerdo jamás de mi memoria
Podrá el hado extinguir.

Y si me envuelve bárbaro destino
En el confuso giro de pesares
Que en toda humana historia
Amargan la existencia;
Si su cruda violencia
Mis sienes llega a herir,
Y en su revuelto piélago de azares
Despiadada inclemencia
Me impele hacia un asilo
Do busque les consuelos de la ciencia,
En ti, el pecho tranquilo,
¡Oh! valle deleitoso!
De mis dolores buscaré el reposo!

Darío García.

San Saturnino, Agosto de 1888.

Nuevo e inmarcesible honor le esperaba; pues a este valle se dirigía y en él iba a residir, aunque sólo por un mes, el futuro autor de Castellanas; el inmortal poeta que había de saber concebir *El Ama* y *El Cristu benditu.*

Tenía entonces Galán 18 años, y fué allí donde se revelaron paladinamente sus excepcionales dotes de artista. Allí, bajo la tupida bóveda de aquel bosque inmenso de seculares robles, que constituye el parque y cazadero del Marqués; respirando aquellas brisas frescas y salinas; trepando por las ruinas de los castillos roqueros; contemplando el correr de las límpidas y parleras aguas del Jubia, que va haciendo curvas y remansos y cascadas por el césped continuo, siempre verde, siempre marginado de frondas y de árboles, fué donde se abrieron de par en par los pétalos de la flor de su inspiración.

Por eso cuando nos sentábamos a la orilla de este río de ensueño, lleno de leyendas, se le oía recitar entusiasmado la oda de Zorrilla:

¡Qué dulce es ver, muellemente
de un olmo a la fresca sombra
descansando,
un arroyo transparente,
que va, por la verde alfombra,
murmurando!...
....

Antonio y yo lo escuchábamos entusiasmados, y más de una vez la fuerza del realismo con que recitaba o improvisaba Galán, hacía asomar en nuestros ojos lágrimas de emoción estética.

Entonces Galán, como para enjugárnoslas, soltaba su vena humorística, y lanzando su triple *«¡Ay!... ¡ay!.. ¡ay!...»* nos ensartaba con inaudita velocidad y facundia períodos y más períodos de un lirismo precioso, pero que todos terminaban en sendas frases de la más prosaica vulgaridad.

Tales pueden verse en alguna de sus cartas.

Antonio se había venido a San Saturnino con nosotros, a pasar el día de mi Santo y las fiestas de la Patrona... principalmente por acompañar a Galán; pues lo admiró, como todos, desde el primer momento, pero a las pocas horas ya no sabía separarse de él.

Ahora recuerdo lo grande que estuvo José María cuando lo llevamos Antonio y yo a contemplar la puesta del sol desde el Orzán alborotado.

Galán se impresionó muchísimo ante el sublime

contraste que hacía el fragor del oleaje, rompiendo estrepitosamente contra las rocas del altísimo acantilado, y la inconmovible serenidad del astro rey, destilando suave luz roja, que se acostaba tranquilamente por encima de las aguas sin límites...

Lo que no recuerdo (ni él mismo la recordó después, para escribirla, y se perdió para siempre), es la preciosa octava real que en tal instante brotó a gritos de su alma de poeta.

¿Qué remedio había sino quererlo!...

Renuncio a consignar aquí mis impresiones de la travesía de la Marola con Galán, a bordo del veterano vapor *Hércules;* de nuestra entrada triunfal en Ferrol, en casa de mi prometida; del enagenamiento de mis padres al verme llegar a su regazo con la carrera concluída y acompañado de tan excelso amigo; de nuestras correrías para darle a conocer las espléndidas bellezas naturales —y *personales*— de mi tierra; de la loca alegría que inundaba nuestros pechos en las verbenas y festines celebrados con motivo de la Patrona, a los cuales asistió pléyade selecta de lindas señoritas ferrolanas, y entre ellas —¡oh dicha!— mi novia y la de Antonio; de las ocurrencias chistosísimas de Galán, que —según aquéllas decían— «era muy *burlón*», y nos hacía morir de risa contando chascarrillos.

Renuncio —y con dolor— a consignar estas memorias, porque ensancharía desproporcionadamente las dimensiones de este breve y tosco preliminar, que no debiera serlo, sino digno marco o retablo para colocar la obra artística de las cartas y poesías que me ha dedicado Galán; y porque... ¡han pasado 30 años! y mi corazón ya viejo no sabría expresarlas tan sentidamente como se merecen.

¡Santas, inolvidables memorias, venerables restos

mortales de tantas bellas cosas que fueron, reposad tranquilas, encerradas en vuestro sepulcro!...

* * *

Galán estuvo en mi casa de San Saturnino hasta el 22 de Julio, consagrando a la amistad el sacrificio, tremendo para él, de permanecer separado de su madre, a quien no había visto desde primeros de año. Durante aquel mes que pasó en Galicia organizamos festejos, cacerías, paseos y meriendas a orillas del Jubia o en el vastísimo parque; reuniones y bailes en las casas de familias distinguidas y en el Palacio, cuyo administrador era gran aficionado a la buena música; excursiones a caballo para visitar los arsenales del Ferrol y los ruinosos castillos de Narahío y Moeche; giras por mar... y en fin: cuánto pudo sugerir mi buena voluntad y la de mis benditos padres para hacer grata a Galán su estancia entre nosotros.

Entre los muchos amigos que nos acompañaban debo mencionar el cariñoso y entusiasta José María Pita, a quien Galán se refiere en la carta número 5.

En los ratos de descanso de aquel agitado vivir compuso sus poemas *Fuente Vaquera* y *Adiós*, los cuales inician esta colección de los papeles que conservo escritos por su mano, y que publico para tributarle el homenaje debido a su gloriosa memoria.

Esos ratos los empleaba nuestro inspirado poeta en improvisar las delicadas primicias de su lira.

Su ejemplo trascendía a todos, como si la presencia de la musa que batía sus alas sobre la cabeza de Galán, nos sugestionara. De modo que Antonio y yo también hacíamos versos, que llamábamos «rimas».

Ya en Madrid habíamos sentido Julio y yo esta influencia irresistible.

Véase alguna muestra de lo que hacíamos los aprendices:

De Julio:

SOÑANDO

(A MI EXCELENTE Y CARIÑOSO AMIGO CASTO)

Mi musa es cariñosa; rizos de oro
adornan de su frente la blancura,
y sus ojos reflejan la dulzura
de su candor, que es su mejor tesoro.
En sus rosados labios la sonrisa
brilla siempre, de dicha rebosando;
y su rara belleza contemplando
se me pasan las horas muy de prisa.
Si sufro, cariñosa me consuela;
satisfecha me mira cuando río,
convidándome a eterno desvarío
mientras el alma a la locura vuela.
Adivina callados pensamientos,
que viven en mi mente cuando sueño;
pinta mi porvenir bello y risueño,
y ahuyenta dolorosos sufrimientos.
En sus brazos me estrecha; de su aliento
aspiro yo la esencia perfumada,
y en un beso de amor, enamorada,
me dice que la vida... sólo es cuento.

En este retrato de su musa, pinta Julio, tal vez sin darse cuenta, muchos rasgos que observaba en Galán.

De Antonio:

RIMA XXXIII

Hinchó la suave brisa la ancha vela;
A su tierra el marino dió un adiós;
Y dejando en el mar límpida estela,
Tranquilo puerto el buque abandonó.
Abatió el vendaval la arboladura;
La hirviente espuma salta en derredor;
El marino impotente jura y llora
Y aquel buque en el abismo al fin se hundió.
La niñez es el puerto; el mar la vida;
La brisa que acaricia, una ilusión;
El hombre, aquella nave que, atrevida,
Va al abismo insondable del amor.

El pobre Antonio sentía atracción irresistible por las cosas del mar, que, cual traidoras sirenas, ya le llamaban.

Del peor de los tres:

ANTE UNA MARIPOSA

APLASTADA ENTRE LAS HOJAS DE UN ÁLBUM

Tan alegres como esa mariposa
que, revoloteando,
sin cesar tras la dicha iba gozosa,
con las brisas jugando;
tan hermosas eran las ilusiones
que forjaba mi ardiente fantasía;
tan llenas de poesía,
tan libres de pasiones...

....

Y, cual ella también, son hoy ya secos
y aplastados cadáveres; cenizas
yertas de algo; rüinas ya sin ecos
de encantado castillo
que despiadadamente han hecho trizas;
colores sin el brillo
ni el matiz nacarado que tuvieron...
¡Son restos de mariposas que fueron!!

De mí sé decir que la facilidad que notaba en Galán me hacía atrevido. El gozquecillo también quería hacer andar la noria.

Galán nos animaba, elogiando nuestros ensayos, a pesar de todas sus faltas.

*
* *

Al emprender Galán su viaje de regreso a Frades, Antonio y yo fuimos acompañándole hasta la Coruña. Imagine el lector nuestra despedida en la estación del ferrocarril, que nos llevaba ¡para siempre! —no sé por qué lo presentíamos— aquel pedazo del alma.

Él iba emocionadísimo. Hasta en el tren me escribió la carta número 2, que está con lápiz; y desde Medina le envió a Antonio la número 3, cuya trascripción debo, como la de algunas otras, a la amistad de la familia de este inolvidable y llorado amigo.

Antes de llegar Galán a su casa, desde la Maya, también volvió a escribirme a mí la sentida carta que lleva el núm. 4. Después me remitió el poema que con el título de *Mañanas y Tardes* escribió expresamente para mí, como consta en su dedicatoria y se ve en su contexto.

Y así continuó aquel hombre, todo virtud y corazón, dándome siempre pruebas enormes del tesoro opulentísimo de afecto que me profesaba.

El lector de estas sus cartas notará quejas frecuentes, y tal vez abominará de la pereza con que Antonio y yo las correspondíamos. Debo alegar a esto, en mi descargo, que mi residencia oficial tenía pésimo servicio de correos. ¡Sabe Dios a qué manos habrán ido a parar bastantes de mis cartas y alguna preciosísima del poeta! ¡Cuánto me tengo desesperado por esto!

También podrían hacérseme cargos de no haberle pagado en Frades la visita que me hizo en San Saturnino, a pesar de los insistentes ruegos que se ven en varias de sus cartas, y principalmente en su poema *¡Patria mía!*

Una verdadera fatalidad me impidió siempre acceder a estos ruegos suyos y cumplir este vivo deseo mío.

La visita había de ser por las vacaciones del verano,

y en las de 1889 fué cuando Galán vino a mi casa. Pues bien: las del 90 tuve que pasarlas íntegras en Mondariz, con mi hermana, ¡la pobre Merceditas! atacada a los 14 años de espantosa diabetes; en las del 91 estuve allí con el mismo objeto, caí gravemente enfermo, y poco después se nos murió esta niña; y en las del 92, que pasé bien delicado de salud, así que ésta me lo permitió, tuve que ir a tomar las aguas de Caldelas, y hacer los preparativos de mi boda. Después ya empezaba Galán a hacer los de la suya, y en mi casa nacía un chico cada año... ¡y precisamente en vacaciones!

¡Estaba escrito que yo no había de volver a ver a Galán!

Y él mismo lo predijo, como predijo otras muchas cosas; porque a mí nadie me quitará de la cabeza la idea de que Galán era un santo.

De esto tengo muchas pruebas; y aquí sólo declararé que aquel corazoncito de oro, que me llamaba a mí su confesor, estaba inocente y sin mácula como el de un San Luís Gonzaga; que él fué, con su virtud heroica y con su ejemplo, quien me libró desde que fuí su amigo de ejecutar acción alguna que yo no pudiese confesar a mi madre; y que para mis hijos no deseo amigos ni compañeros mejores que Galán.

¿Cómo había de ser yo perezoso para escribirle, ni como podría desairarle yo, que le adoraba?

La mejor prueba de mi justificación en cuanto a él, —¡está en sus cartas!— es que siempre perdonó mis aparentes faltas, y que me conservó su preciosa amistad hasta la muerte.

¡Sea siempre bendito su recuerdo!

CARTAS Y POESÍAS INÉDITAS

DE

D. JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN

CARTAS Y POESÍAS INÉDITAS

CARTA 1.ª

Madrid 23 de Junio 1889.

Hoy, mi querido Casto, he recibido dos cartas de mis papás. En una de ellas, que ha llegado a mis manos con retraso, se extrañan de mi silencio, y lo achacan o a que he salido mal de mis exámenes o a que ya estoy camino de Galicia.

En otra de las dos referidas cartas, escrita con fecha posterior, me dicen que al fin recibieron la que yo les dirigí, dándoles cuenta del resultado de los exámenes nuestros. Me dicen también que no me olvide de escribirles dándoles cuenta del día en que salimos para tu país natal, y de cuanto en el viaje nos ocurra.

De modo, querido, que el lunes, si Dios quiere, llegaré a la estación de esa capital tomando aquí, como tú harás en esa, el billete directo a la misma capital de la Coruña. Yo facturaré también los libros directamente como el billete.

No dejes, pues, de estar preparado en la estación un ratito antes de la llegada del tren de Galicia, por-

que si no te encuentro, o me marcho a Salamanca o, lo que es mejor, me *plantifico* solo en la *capital del reino gallego, lo cual, sin tí, me sería gravemente sensible.*

Asimismo, no dejes de contestarme por carta, si hay tiempo, o por telegrama, si antes de llegar aquí la carta tuya me fuera yo o ésa. Y en esta contestación me dices solamente (y con ello yo me conformo): **Recibí tu carta: el lunes salgo a la estación con billete para Galicia.**

Fíjate bien; quiero que me contestes, sin falta, lo que te digo en *estas letras gordas de arriba.* Si no, no iré tranquilo.

Mi aburrimiento, Castiño, desde que te fuiste de Madrid, ha llegado a su término. Si esta situación se prolongase... ¡vamos! que sería muy triste la vida para tu amigo

José María.

Recuerdos de la simpática Modesta.

LA FUENTE VAQUERA

BALADA

PARA CASTO BLANCO CABEZA
de su bueno y cariñoso amigo
JOSÉ MARÍA.

PARA CASTIÑO

Lejos, bastante lejos,
del pueblo mío,
encerrado en un monte
triste y sombrío,
hay un valle tan lindo
que no hay quien halle
un valle tan ameno
como aquel valle.

Entre sus arboledas,
por la espesura,
solitaria y tranquila,
corre y murmura
una fuente tranquila
y bullanguera,
a que dieron por nombre
Fuente Vaquera.

Está tan escondida
bajo el follaje,
guarda tanto sus aguas
entre el ramaje,
que cuando por el valle
va murmurando
toda clase de hierbas
va salpicando.

Unas veces sonríe
dulce y sonora,
y otras veces parece
que gime y llora,
y siempre de sus aguas
el dulce juego
arrullando, produce
grato sosiego.

Allí pasan las horas
en dulce calma,
allí meditar puede
tranquila el alma,
y todo son consuelos
para el que llora
al pie de aquella fuente
fresca y sonora.

Todo es allí sosiego,
calma, tristeza!
las auras, que suspiran
en la maleza...
los pájaros, que cantan
en la espesura...
el agua, que en el valle
corre y murmura...

Los arrullos del viento,
gratos y mansos...
los juncos que vegetan
en los remansos...
los claros resplandores
del sol naciente,
que asoma entre vapores
por el Oriente...
las tórtolas que arrullan
con harmonía,
convidando a una dulce
melancolía...
....

¡Todo, en fin, allí aleja
presentimientos,
trayendo a la memoria
mil pensamientos,
y adormeciendo el alma
con impresiones
que convidan a dulces
meditaciones!...
....

Tal es Fuente Vaquera,
la hermosa fuente
que murmura en el valle
tan sonrïente,
que en su margen tranquila
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores.

* * *

Una hermosa mañana
de Junio ardiente
salió el sol como nunca
de refulgente,
y pájaros y flores
con alegría
la bienvenida daban
al nuevo día.

Elevábase el Astro
con gran sosiego,
esparciendo sus rayos
de luz y fuego
sobre el fresco rocío
de la mañana,
que formaba en los valles
mantos de grana.

Sacuden las ovejas
sus cencerrillos,
y en el prado retozan
los corderillos,
que del rústico valle
sobre la hierba
forman jugueteando
linda caterva.

Al cielo sube el humo
de los hogares,
los gallos ya despiertan
con sus cantares,
y sacude la hermosa
naturaleza
el tranquilo letargo
de su pereza.

* * *

Dejé el mullido lecho
con alegría,
cuando apenas rayaba
la luz del día;
carguéme diligente
con la escopeta,
y como siempre he sido
medio poeta,

al nacer del gran Febo
la luz primera,
ya estaba yo en la hermosa
Fuente Vaquera...
Fuente en cuyas orillas
cantan amores
tórtolas, colorines
y ruiseñores.

Ocultéme en la margen
con el follaje,
y viendo las delicias
de aquel paisaje,
esperé silencioso
bajo la fronda,
viendo correr las aguas
onda tras onda...

* * *

Siguió el Sol elevándose
resplandeciente,
y era ya tan molesta
su luz ardiente,
que, a medida que el Astro
más se elevaba,

todo se iba durmiendo,
todo callaba.

Se inclinan en su tallo
todas las flores,
rendidas por los rayos
abrasadores,
y las aves se esconden
en las encinas
que a la tranquila fuente
crecen vecinas.

Sólo se escucha a veces,
del fresco viento
las ráfagas que lanza,
sonoro y lento...
el agua, que su curso
nunca suspende...
el rumor de una hoja,
que se desprende...

el piar apagado
de alguna alondra,
que entre las verdes matas
busca una sombra...
y los ecos lejanos
de los zumbidos
de insectos, que en los aires
vagan perdidos...

* * *

Lejos de la apacible
Fuente Vaquera,
que corre por el valle
tan placentera,

existe un solitario
y oscuro monte,
que cierra los confines
del horizonte.

Al compás de las auras
lenta se inclina
altiva, corpulenta
y añosa encina,
y entre sus verdes ramas
aprisionado
tiene una tortolilla
su nido amado.

En él está arrullando,
dulce y sonora,
a los amantes hijos
a quien adora,
gozando en su coloquio
de las delicias
que sus hijos le endulzan
con sus caricias.

El calor la atormenta,
la sed la abrasa,
y dejando con pena
su pobre casa,
les dió con un arrullo
la despedida
a los hijos queridos
que eran su vida;

batió sus puras alas,
tendió su vuelo,
cruzó por los espacios

del ancho cielo,
y pensando en sus hijos,
se fué ligera
a beber a la clara
Fuente Vaquera.

*
* *

¡Ay! ¡dónde irá esa madre
tierna y sencilla!...
¡dónde irá tan ligera
la tortolilla,
mirando a todas partes,
amedrentada,
al verse sola y lejos
de su morada!...

¿Por qué deja sus hijos
abandonados,
y ella, cruzando espacios
tan dilatados,
va surcando los aires
rápidamente
a beber en las aguas
de aquella fuente!...

¡Pobre madre, si, ansiosa,
vuelve a su nido
y sus amantes hijos
ya se han perdido!...
¡Pobres hijos, si, a causa
de abandonarlos,
no volviera su madre
nunca a arrullarlos!...

*
* *

Por el verde follaje
casi cubierto,
yo, casi más que un vivo
parezco un muerto,
y mudo y silencioso
presto mi oído
al eco que produce
cualquiera ruído.

Al columpiar las hojas
el viento blando,
pájaros me parecen
que van volando,
y con mi diestra mano
nerviosa, inquieta,
alzo la curva llave
de la escopeta.

* * *

Sobre la verde copa
de vieja encina,
que cubre aquella fuente
tan cristalina,
una tórtola hermosa
paró su vuelo,
mirando la corriente
del arroyuelo.

Lanza su blando pecho
tiernos arrullos,
que no imita la fuente
con sus murmullos,
y a los lados humilde
mira asustada,

débil, inquieta, esquiva
y amedrentada.

Tendió después su vuelo
pausadamente,
y al llegar a la orilla
de la corriente,
sobre la verde alfombra
lenta se posa,
débil y acobardada
triste y medrosa.

Dirige luego el paso
tímidamente
hasta tocar la margen
de la corriente,
donde, el agua fingiendo
cuadros de plata,
se recoge su imagen
y la retrata.

Yo, silencioso, en tanto
que la espiaba,
mi artística escopeta
ya preparaba,
y ocasión esperando,
cual diestro espía,
afiné cuanto quise
la puntería.

Disparé... ¡sonó el tiro
ronco, tremendo!...
El arroyuelo manso
siguió corriendo...
el viento entre las hojas
siguió sonando

con un eco apacible
sonoro y blando...
¡Y ví la tortolilla,
que ya sufría
las tristes convulsiones
de la agonía!...

Cogí tan apreciado
tierno despojo;
su hermoso pecho estaba
de sangre rojo,
rojas las aguas puras
del arroyuelo,
que corría llorando
con triste duelo,
y mis ardientes manos
también manchadas
de sangre, enrojecidas
y salpicadas.

Con ellas oprimía
su pecho blando;
sus latidos se iban
amortiguando,
y cerraba sus ojos
pausadamente,
su cabeza inclinando
lánguidamente...
. . . .

Yo ví en sus turbios ojos
el sentimiento
y las fieras angustias
de su tormento,

porque del nido lejos
agonizaba
y a sus pobres hijuelos
solos dejaba.

Conocí en sus miradas
bien claramente
esa inquieta agonía
del inocente,
que sufre los rigores
de su destino
muriendo por las manos
de un asesino.

Aquella pobre madre
casi espirante
era la madre tierna,
la madre amante,
que a sus hijos no pudo
darles en vida
una lágrima dulce
de despedida.

Y aquella tierna madre,
cuando sufría
la convulsión postrera
de la agonía,
me dijo con sus ojos
casi nublados
que dejaba dos hijos
abandonados.

Yo comprendí lo injusto
de aquella muerte,
mas la víctima estaba
fría e inerte...

y una lágrima amarga
    por mi mejilla
rodó, cuando vi muerta
    la tortolilla.
. . . .

*
* *

Desde entonces no quiero
    que un inocente
de alguna injusta muerte
    se me lamente,
y diga con sus ojos
    casi nublados
que deja sus hijuelos
    abandonados.

Y en vez de estar cazando
    la tarde entera
junto a la cristalina
    Fuente Vaquera,
voy a ver cómo en ella
    cantan amores
tórtolas, colorines
    y ruiseñores,
y cómo de aquel monte
    sobre las lomas
arrullan solitarias
    blancas palomas.

José María.

San Saturnino, Julio de 1889.

PARA MI QUERIDO AMIGO

C. B. C.

José María G. Galán.

San Saturnino 10 de Julio de 1889.

ADIÓS

Antes que deje la tranquila aldea
donde mecieron tu modesta cuna,
darte un adiós mi corazón desea,
ya que de ti me aleja la fortuna.

Antes que deje este rincón hermoso
donde tanto placer gocé contigo,
quiero darte un abrazo cariñoso:
el abrazo leal del buen amigo.

Voy a mi aldea, donde ya me aguarda
mi amante madre, que abrazarme ansía;
voy a buscar el beso que me guarda
y a colmar con el mío su alegría.

Aquí te dejo en el rincón querido
do viste el mundo por la vez primera;
yo voy también al adorado nido
que ya en mi patria con amor me espera

Yo debiera evitar mi despedida,
darte un adiós me impide mi cariño;
no puede hablar mi lengua enmudecida
y lloro humilde como llora un niño.

Y mi embargo, antes de dejarte;
antes que tenga, al fin, que despedirte,
me dice el corazón que quiere hablarte,
porque no sé qué tiene que decirte.

Perdónalo, porque te va a afligir
diciéndote el dolor que lo devora;
olvídate de lo que va a decir,
pero escucha un momento como llora.

* * *

Si de la vida algún día,
al cruzar por el desierto,
oyeras decir que ha muerto
el pobre José María;

Si algún amigo del alma
encontrares en la vida,
y no véis interrumpida
de vuestra amistad la calma;

Si de tu destino en pos,
llegas un día a saber
que existe en la tierra un sér
que habla de ti siempre a Dios;

Si, cuando estés en el cielo,
vieses que un mísero humano,
que en el suelo fué tu hermano
llora por ti desde el suelo;

Si una voz dulce y sonora
dijese un día a tu oído
que por qué echarte en olvido
a un amigo que te adora;

Si estas cosas algún día
llegan a tu corazón...
recíbelas, porque son,
del pobre José María.

Si al morir en mi memoria
tu buen alma necesita
una lágrima bendita
para subir a la gloria;

Y si una oración sencilla
tú pidieres con anhelo,
¡verás como sube al cielo
desde un rincón de Castilla!...

Dale esperanza siquiera
de guardarlo en tu memoria,
pues será la mayor gloria
que en esta vida le espera.

Que un lugar oculto, sí,
ocupe sólo en tu alma,
pues esta será la palma
de su cariño hacia ti.

Déjalo después que vuele
por la senda del destino;
no le llores si le duele
lo triste de su camino.

Déjalo, si ves que a solas
sufre algún dolor profundo;
déjalo, si el mar del mundo
lo arrebata entre sus olas.

Ahora, comienza a soñar;
ahora principia a vivir;
¡y no sabe qué es amar!
¡y no sabe qué es sufrir!

Déjalo, que tras su suerte,
solo, triste, abandonado,
llegará pobre y cansado
a encontrarse con la muerte.

Y entonces, cuando en el suelo
donde lloró sus desvíos,
deje ya sus restos fríos
y Dios se lo lleve al cielo...

Entonces, cuando en la gloria
esté con su Dios reunido,
a su amigo más querido
tendrá siempre en la memoria.

....

Adiós; me voy a Castilla;
pero antes de abandonarte,
quiero el afecto dejarte
de un alma fiel y sencilla.

Goza una vida de calma,
no pienses nunca olvidarme,
que te dejo al ausentarme
un pedazo de mi alma.

Goza en la aldea querida,
que tantos recuerdos deja
en un alma que se aleja
por el dolor oprimida.

Al ausentarme de aquí
¿qué te puedo yo encargar?
¡que me vayas a abrazar!...
¡que no te olvides de mí!...

Y ya que dispuso Dios
y quiso nuestro destino
que del mundo en el camino
nos hallásemos los dos,

Sé buen amigo conmigo
no me olvides tú jamás,
y ¡ya verás, ya verás
lo que te quiere este amigo!

Si nuestra ausencia es amarga
del cariño estrecha el lazo,
porque ¡es tan dulce un abrazo
después de una ausencia larga!...

A ti, que anhelas ventura
a ti, que en tu corazón
das morada a una pasión
tan hermosa como pura,

¿Qué puedo yo desearte
que pueda satisfacerte?
¡que la que amas, pueda amarte
y pueda feliz hacerte!

Si a las puertas de tu alma
llama la pena algún día
y destruye tu alegría
y te arrebata la calma;

Y si a endulzar tu desvelo
ningún ser humano acude,
¡pídele a Dios que te ayude
y piensa mucho en el Cielo!...

....

....

Adiós, adiós! hasta el día
en que en su mísera aldea
tranquilamente te vea
tu amigo

José María.

CARTA 2.ª

España 23 de Julio.

Castito: No sé por donde voy, ni tampoco me importa saberlo: sólo sé que debo haber entrado en Castilla.

Voy alegre, muy alegre; pero también voy triste, muy triste. Tú, que sabes la causa de mi alegría y la de mi tristeza, podrás explicar bien lo que te digo.

También te supongo preocupado y triste con nuestra separación, que ha sido para mí tan violenta y triste. Confianza en Dios, y ya nos volveremos a abrazar dentro de un año, si Él así lo quiere; que yo se lo pediré y no me lo negará.

Tengo frío.

He pasado de Astorga y estoy, por lo tanto, en mi querida Castilla. Ya te daré detalles del viaje.

Hasta entonces, recibe el último abrazo de despedida, que te manda tu buen amigo (no, no, me equivoqué); quien te lo manda es tu hermano

El Castellano.

La trepidación del coche me impide hablarte más. Un abrazo para todos.

CARTA 3.ª

Sr. D. Antonio García Ramírez

Medina del martirio 23 de Julio de 1889.

Estoy, querido amigo mío, en Castilla; en la fonda de Medina del Campo, donde, por no haber, no hay ni tinta ni plumas buenas; y donde, lo que es peor, tendré que pasar diez mortales horas, que acabarán con mi paciencia, ya casi agotada por mi mal estado de ánimo, y por este viaje largo, interminable, eterno.

La primera hora de mi permanencia en este *cafetín desesperante*, la dedico a escribirte; porque, además de ser ésta ocupación la que me causa mayor placer, disiparé así, siquiera sea mientras te escribo, esta nostalgia y esta tristeza y abatimiento de ánimo, que me hace sufrir tanto, desde el momento en que me separé de vosotros, mis más queridos amigos.

A nuestro Castiño le escribí desde el tren unas líneas con lápiz, y no lo hice contigo porque no tenía sobres preparados.

Desde que os dejé, mi estado de ánimo es bien triste, por cierto.

Cuando me acuerdo de que, si Dios me lo permite, abrazaré a mi familia y sobre todo, a mi madre, den-

tro de poco tiempo, mi alegría es grande, es inmensa, es... ¡como tú te la puedes figurar!

Pero este recuerdo me trae inevitablemente el tristísimo, el muy triste, de nuestra separación... y aquí me tienes entre la felicidad y la tristeza. Aquí me tienes sin saber qué hacer ni en qué pensar, porque si hubiese llegado a reirme alguna vez, desde que nos despedimos, me hubiera yo mismo llamado ¡ingrato! para con vosotros; y por tanto, no puedo estar alegre. Y cuando estoy triste parece que me llaman ingrato también, porque es natural que yendo a mi querida aldea a reunirme con mi familia, es muy natural, repito, que estuviese contento.

Por todo cuanto te digo, comprenderás perfectamente que viaje tan delicioso habrá sido éste, ya de antemano tan temido por mí.

¡Dichosos, he dicho para mí, y mil veces dichosos los que os habéis quedado juntos en tu casita!

Verdad es que os hallaréis también algo preocupados con nuestra separación, después de haber pasado juntos unos días tan dichosos.

Pero ¡hay tanta, tanta distancia de la preocupación a la honda tristeza!...

En fin, para dejar esto, te confesaré tan ingenuamente como pudiera hacerlo un niño, ¡que nunca, hasta después de dejaros, he comprendido cuánto os quiero!

Y aunque nunca me gustó mucho decir estas cosas, dispénsame que lo haga hoy, porque hoy, francamente, no puedo prescindir de decirlas.

Oye: tengo aún muchas horas desocupadas; estoy completamente solo, y ¿en qué puedo emplear mejor el tiempo que en escribiros? Por eso voy a hablarte algo más de mi viaje.

Para que fuese más grata la impresión general que traigo de Galicia, el cual país fuí a ver, a estudiar y a conocer, me ocurrió un incidente que, por lo agradable que me fué, no se me olvidará jamás.

Aquellos dos pobres aldeanos que venían en nuestro coche, me vieron triste, y ¿por qué negarlo? verían también alguna lagrimilla que vertí ocultamente, y me decían en su sencillo lenguaje:

—¿Por qué está usted triste? Es porque dejó ya a sus amigos ¿verdad?

—Sí.

—¿Y está usted en los estudios?

—Sí.

—¿De dónde es usted?

—De Castilla.

Y va a ver ahora a su madre?

—Sí.

—¡Pobre *madriña* suya! ¡qué contenta estará! Y usted está tan triste, y va a verla pronto!...

Yo, no supe qué contestar.

Y cuando, después de un rato de cariñosa conversación, me dejaron; cuando me dijeron, entre otras cosas, ¡que Dios me acompañara durante mi viaje!... no fué nada extraño que, dados los pensamientos tristes que a mí me dominaban, tuviese que hacer grandes esfuerzos para contener estas pícaras lágrimas, que repercuten enseguida los apretoncillos que, en ciertos casos, siento en el corazón.

Ahora, que voy a concluir ya de escribirte, me prepararé a pasar con resignación el largo tiempo que me resta de permanencia en esta Medina *insoportable*, y después... después, a seguir mi interrumpida peregrinación por estos horizontes largos, redondos, monótonos, interminables.

A tus papás, mil recuerdos; otros mil para tus buenas hermanas, sin olvidarte decirles que no se olvíden de los amigos que se marchan, aunque sea para nunca más volver. Y tú, adiós; recibe un cariñoso abrazo que con el alma te envía tu amigo

José María.

CARTA 4.ª

La Maya 24 de Julio.

Casto querido: Acabo de llegar a este pueblo, donde me esperaba mi adorada madrecita y mi querida hermana Enriqueta. Mi padre y mis demás hermanos vendrán mañana, si Dios quiere, a verme, y a pasar aquí las fiestas de Santiago. Dios ha querido que a todos los encuentre bien, y por ello le doy gracias.

No te engaño si te digo, querido Casto, que me faltan fuerzas físicas hasta para escribir; pero como me sobran morales, lo hago con un poco de agua, que es lo que, sin pedirlo a nadie, he encontrado.

A nuestro amigo Antonio le escribí largamente desde Medina del Campo; desde Medina del Campo, en cuya fonda permanecí *¡diez horas!* empotrado en una silla.

A Antonio le dí ya cuenta detallada de mi viaje; este viaje largo, monótono, interminable, eterno.

Vine triste, cansado, abatido.

Me acuerdo mucho de ti, mucho.

Hasta después que me separé de ti; hasta que la tristeza que naturalmente se sigue a una despedida, no vino a herirme, no he comprendido lo que te quería, y lo que os quería a todos.—Perdóname que te lo diga así, pero el correo se me va; se me va, y esto que te he dicho es lo que más me importaba decirte.

Toda mi familia, toda, sin saber ellos mismos por qué, estaban en la creencia firme, que ellos mismos también se habían forjado, de que me acompañabas tú.

Mi madre me manda no sé cuántas cosas para la tuya.

Acabo de bajar del coche, y estoy medio calenturiento con este calor tropical que aquí se siente.

No sé si entenderás mis garabatos.

Escríbeme, escríbeme y dirige tu carta a Frades, que allí iré yo lleno de alegría a leerla.

Cuando te conteste, te hablaré de mi viaje extensamente.

Ahora me dejarás ir a descansar ¿verdad?... Bueno.

Pues allá va un apretado abrazo que José María manda para ti.

CARTA 5.ª

Sr. D. Casto Blanco Cabeza.

Amigo querido: Hoy llego a Frades, después de un corto viaje de tres días. Acabo de hacer la visita a los enfermos del pueblo, por acompañar al doctor, que es un chico muy joven y amigo de confianza de casa.

Como sabía que tenía que hacer el viaje, que al fin he llevado a cabo, no te he escrito antes por darte hoy cuenta de todo.

Salí de casa el pasado sábado por la mañana, y llegué al Guijuelo a comer con el amigo estudiante de que ya creo te hablé.

Con él salí a paseo y al café, donde estuve con una colección de mediquillos, jóvenes conocidos. El domingo despaché con mi sustituto por la mañana, y salí del Guijuelo en dirección a la Maya, acompañado de mi papá. Allí pasamos la tarde, la noche y el día siguiente, con mi Enriqueta, que ya tenía deseos de verme otra vez.

Y aquí me tienes de nuevo en mi pueblo, contestando a la consoladora carta que me enviaste y que recibí hace días. Acabo también de contestar a otras cuantas *epístolas*, que varios amigos me habían dirigido al pueblo, deseosos, como siempre, de saber algo de mí.

Y por cierto que uno de ellos es Cabanelas.

¡Dios se lo pague a todos!

* * *

Y a ti ¿qué quieres que te diga?

Las impresiones que recibí en mi viaje, como tardías que son ya, no te interesarán.

Sin embargo, voy a decirte, aunque tarde, todo cuando le dije al amigo Antonio oportunamente.

Dí ¿te acuerdas —claro que te acordarás— de aquella despedida de que en tu carta tan leída por mí, me hablas?—Bueno. Pues aquella despedida me hirió mucho en el corazón. ¡Como que me hacían daño sus latidos! Tan fuertes, tan violentos eran. Cuando el tren me apartó de vosotros; cuando os dejé de ver, no sé lo que por mí pasó. Me ví tan sólo, tan solo, que por un momento me creí solo en el mundo. Luego... luego lo de siempre: lloré, sí, lloré, y no tengo por qué negarlo, porque las lágrimas en un hombre no siempre acusan cobardía de espíritu. El que, como yo, no tiene agotado por las penas el manantial de las lágrimas; el que ha llorado poco ¿por qué se ha de avergonzar al decir que, en ciertas situaciones de la vida, llora? Cuando se me acaben las lágrimas en fuerza de llorar, entonces permaneceré imperturbable y sereno ante las amarguras. Hasta entonces, no puedo, no puedo menos: lloraré.

Aquellos dos pobres aldeanos debieron ver alguna de las lagrimillas, que ocultamente vertían mis ojos.

Y querían consolarme.

Me preguntaban:— ¿Por qué está tan triste? ¿es porque ha dejado a sus amigos, ¿verdad?— Sí, les contesté.

Y después de otras preguntas, me decían:

—Y ahora ¿va a ver a su madre?—Sí.

—¡Pobre *madriña* suya! ¡qué ganas tendrá de verlo! ¿Y usted va a abrazar a su madre, y está tan triste? *Eso no es bueno*. Debía estar muy contento».

Esto fué para mí como una acusación, que bien traducida quería decir:

¿Conque yendo a abrazar a quien más debe querer en el mundo, después de Dios, está usted triste? ¿Hay causa, por grave que sea, para que esto suceda?

¡No! —decía el cariño ciego que debo a mi madre.

¡Sí! —decía el que os profeso a vosotros.

Procuré conciliar estos dos sentimientos, que tan encontrados me parecían y que, al chocarse dentro de mí, herían mi alma.

Y, después de darle un sentido adiós a aquellos dos campesinos de tan buenos sentimientos, así crucé estos achatados y desiertos horizontes de Castilla; largos y tristes como mis sufrimientos, áridos como mi alma en momentos de dolor.

En Medina del Campo habían variado, por lo visto, las horas de salida del tren *expreso*, pues al preguntar por él, siguiendo extrictamente tu consejo, me dieron la desconsoladora respuesta de que no salía hasta la una y media de la mañana, siendo dicho tren el primero que salía para Salamanca. ¡Y habíamos llegado a Medina a las tres de la tarde!

Estuve diez horas y media *empotrado* en una silla de aquella odiosa fonda.

Tomé café, tomé cerveza, volví a tomar café con tostada, ¡y todavía no podía *tomar* ni la puerta, ni el tren *expreso* de Salamanca!

....

Llegué a la Maya en el coche y allí me esperaban,

como sabes, mi mamá y mi hermanita. Y, como sabes también, allí fueron todos a verme al siguiente día de mi llegada.

Mi madre lloraba, pero lloraba de alegría.

*
* *

En la Maya pasé las fiestas del Apóstol..... «Vuélvete, mi querido Galán, vuélvete a Frades y déjate de fiestas, que si concurres a muchas, te acordarás poco de mí y dejarás pronto de quererme».

«¡Te acordarás poco de mí y dejarás pronto de quererme!...»

¡Y yo, que había pensado, —y no me había atrevido,— decirte:

—Escóndete, mi querido Casto, escóndete en tu San Saturnino y no vayas a bailar con las niñas a las romerías campestres, que hay espíritus en los cuales las impresiones dulces, agradables y *últimas*, borran la huella de otras que fueron más débiles quizás!...

Te adelantaste tú, querido amigo. Pero si juzgas una mentira lo que yo tenía pensado decirte, juzga como inverosímil lo que tú me has dicho.

*
* *

Antonio me escribe. ¡Pobre Antonio! ¿No sabes que lo quiero mucho?

Y me acuerdo mucho de él.

Y apropósito de recuerdos. Tú me dices: «¡Quiera Dios que me recuerdes mucho tiempo; tanto —por lo menos— como yo te recordaré a ti!... Con esto me contentaba... vaya si me contentaba!»

Todos nos contentamos con algo.

Yo con ocupar el .... (*) lugar entre los amigos y amigas de tu alma, no incluyendo en esta cuenta a quien suponerte debes. Sirva esto de contestación a esa frase, que me soltaste, impregnada de amargura y con sus ribetes de escepticismo.

Punto y aparte.

Allá va con la carta esta, otra carta que contiene la composición que pensaba titular «Tardes de Agosto» en Frades. Ya sabes por qué he variado el título.

Obra que pueda *oler* a plagio, en cualquier sentido, la odiaré siempre. Mi lema es: *malito*, *malito*, *pero mío todo*.

Para terminar la composición que te envío, no he podido disponer más que de dos o tres ratos. De modo que puedes figurarte cómo irá, cómo habrá quedado.

Y ahora escúchame.

¿Me prometes *solemnemente* que *nadie* verá tal *tontería*, hecha excepción de E....., Antonio y José María; o tus papás, si es que juzgas algún día oportuno leerla a los tres últimos? Bueno. Te estoy oyendo que sí, y quedo satisfecho.

No encontrarás grandes —ni pequeñas— concepciones poéticas; ni encontrarás acaso poesía. Lo primero, sabido es que no lo tiene: lo segundo, créeme, Castiño, créeme, lo tiene: o para hablar con más exactitud, lo tiene para mí.

Si tú no le encuentras esa poesía, confórmate con su naturalidad, que es lo mejor que tiene; lo demás, todo malo.

En fin; admítela como un pequeño recuerdo mío,

(*) Sustitúyelos por letras.

quizás el mejor que puedo darte, porque nada bueno tengo para ti.

Asimismo desearía *algo* tuyo además de tu cariño. Mándame, pues, lo que me prometiste. ¿O es que te ocupas ya de todo menos de eso? Sigue, querido, sigue con tus laudables aficiones de siempre, que para todo hay tiempo.

* * *

Aunque llegué a Frades cansado de mi último viaje al Guijuelo y la Maya, no sé si me decidiré a emprender otro más largo: a Sequeros, a las Batuecas —acompañado de Estella— y a visitar a la Virgen de la Peña de Francia. Y va de viajes.

Hace dos o tres días que el correo diario que viene a Frades desde Mora, me dijo que Purita y su maestra, le han estado hace tiempo preguntando si había regresado yo de Galicia; y el día que lo supieron con certeza me enviaron recado que el domingo siguiente me esperaban en Mora *sin falta*. El domingo se pasó y aún no he ido.

Item más. Antes de ayer una carta con idéntico fin, de las niñas de Ferrones, María y Juanita. Y tampoco he ido.

Item más. Hoy otro recado para que vaya a ver a una primita. No sé qué la pasará.

Si empiezo a visitar, me tendré que estar viajando lo que me resta de mes. Y luego al Guijuelo, a crecer.

Se me olvidaba decirte que cuando veníamos de la Maya, al cruzar una dehesa donde había toros, nos sorprendió uno de ellos, que se atravesó en el camino bramando y esperándonos a unos diez o doce pasos de distancia. No lo vimos hasta no estar delante de él.

A mi papá, que no quiso escapar tan pronto como yo, estuvo a punto de cogerlo. A mí, excuso decirte que no me cazaba tan fácilmente, gracias a mi... *prudencia.*

Me dice nuestro amigo Antonio, entre otras cosas, que iría a Ferrol uno de estos días. ¡Qué felices, qué dichosos sois ambos! Me alegro que así sea, me alegro. Yo en cambio... nada.

El solitario está destinado a vivir siempre tan solo como hasta aquí. Sus alegrías serán sus esperanzas, si alguna le queda, y sus amigos... sus amigos, los pensamientos que revuelve en su mente. Amigos harto crueles, harto ingratos. Ellos me sonríen cuando la dicha me sonríe, y me martirizan cuando en mi alma toma morada la tristeza.

Estos son mis amigos.

¡Ingratos!... ¡ingratos!... Escucha: me halagan y me regalan, cuando estoy bajo las alas de la voluble diosa de la fortuna; y luego se ensañan contra mí cuando me atósiga la desgracia.

Les doy mil vueltas en mi cerebro aun a los más tristes. ¡Cuántas veces he pensado en aquella frase que pronunciaste de repente al separarnos! —«¡No nos volvemos a ver!» dijiste en el último momento de nuestra despedida. Me dió esto mucho que pensar. Hoy me consuelas, cuando en tu carta me dices lo contrario.

* * *

Adiós, adiós, van tres pliegos de papel. ¡Cuánto me extiendo! Quizás más de lo que desees.

Ayer u hoy ha escrito mi mamá a la tuya, según la primera me dice. Supongo para qué será.

Ya habrás recibido un certificado que papá te envió desde Salamanca.

Contéstame pronto, aunque no haya pasado aún el tiempo reglamentario que dispusimos, porque tiene vivos deseos de saber de ti

El Solitario.

Recuerdos mil a todos.

PARA MI BUEN AMIGO C. B. C.

del suyo

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

Frades, Agosto de 1889.

MANANAS Y TARDES

SUEÑOS

¡Gloria al Señor, que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas
y hay esta luna,
y hay estas flores,
y hay estas dulces auras
y hay estas noches!

A. de T.

I

La tarde está serena, la calma es tanta,
que ni llora el arroyo, ni el ave canta;
la ráfaga de viento, que a veces pasa,
llanuras y sembrados, todo lo abrasa.
El Astro bochornoso que reverbera
convierte las llanuras en una hoguera;
crujen unas con otras las cañas huecas;
las doradas espigas estallan secas,
y en el fondo parduzco de la barranca,
el agua del arroyo su curso estanca.

*
* *

Tan pesada es la calma, tal el bochorno,
que la abrasada tierra parece un horno.
Las alondras reposan en sus solaces,
las codornices duermen bajo los haces,
los lagartos, que salen de su agujero,
cruzan algunas veces por el sendero;
la perdiz a sus hijos, cauta, reclama
bajo la tibia sombra de la retama,
y uniendo sus cabezas abochornadas
dormitan las ovejas en las cañadas.

* * *

Llega el sol a la cumbre de su apogeo;
duermen algunos bueyes en el rodeo,
y otros van a la obscura charca verdosa
para ahuyentar la mosca, que los acosa.
Trabajan en las eras lentas las reses,
en derredor girando sobre las mieses;
bajo el trillo, que arrastran con lento empuje,
la seca paja estalla, se rompe y cruje;
el ruído de la marcha casi ensordece,
el choque de las mieses casi adormece.
Al son con que el *cambizo* lento rechina
responde el de la parva que está vecina;
desparrama el labriego los secos haces,
y en el trillo se duermen ya los rapaces.

* * *

El perro perezoso se entrega al sueño
a la sombra del viejo carro del dueño,
y sacude la mosca que le molesta
turbando impertinente su dulce siesta.

Forma el trigo tendido redondas fajas
y cantan las chicharras entre las pajas.
Los pájaros se ahogan en el espacio
y hacen de las encinas fresco palacio;
ni canta la culebra, ni rana alguna
asoma la cabeza por la laguna;
en su casa escondidos callan los grillos,
y quedan en los prados secos tronquillos
del pasto saludable, fresco y lozano
que con rudos calores quemó el verano.

* * *

De la Peña del Niño por las laderas
quedan piedras, tomillos y *carrasqueras*.
Por evitar de Febo la ardiente lumbre
las perdices se suben hacia la cumbre,
y armado de escopeta recorre el cerro
el cazador constante detrás del perro.
De las húmedas piedras por las rendijas
se ven salir a veces las lagartijas;
el sol despide fuego, fuego la tierra,
fuego los pedregales de aquella sierra.
Sólo se ven en torno zarzas y espinos;
no transita un viviente por los caminos.
El viento con sus ráfagas lleva ligero
una nube de polvo por el sendero.
Siegan, unos tras otros, los segadores
del sol bajo los rayos abrasadores;
entre espigas y cardos van encorvados,
bajo tantos calores casi agobiados,
y el dueño los vigila bajo una encina
que al árido sembrado crece vecina.

* * *

El caballo, corriendo por el atajo,
va a humedecer su boca con el regajo;
el carro con las mieses lento camina
y en lento balanceo cruje y rechina,
y el buey, uncido al yugo, la cola enrosca
ahuyentando indefenso la inquieta mosca.

* * *

Largas tardes de Agosto!... tardes de calma!...
en vuestras largas horas se duerme el alma!...

* * *

Si quisierais tristezas y soledades,
buscadlas en los tristes campos de Frades.
No busquéis en él nunca tiernos planteles
ni busquéis en sus campos lindos verjeles:
no busquéis en sus lomas los olivares;
buscad en sus laderas los tomillares.
No busquéis en sus pobres alrededores
jardines esmaltados de lindas flores;
ni hallaréis en sus cerros los naranjales,
ni veréis en su sierra lindos rosales.
No hallaréis en sus campos un paraíso,
que la naturaleza darle no quiso.
Son sus áridos valles pobres plantíos;
son sus pobres cañadas vegas sin ríos.
Si visitáis sus montes y sus marjales,
veréis viejas encinas y matorrales,
y en vez de frescas bandas de azules violas
veréis entre los trigos las amapolas.

* * *

¡Buscad secos barbechos siempre agostados!...
¡buscad la rubia espiga de los sembrados!...
¡buscad cuando el gran Astro lumbre fulgura,
una encina, una piedra y una llanura!...

* * *

En sus tristes y humildes alrededores
jamás cantar se oyeron los ruiseñores.
De sus montes de encinas por los confines,
saltan lindos chivones y colorines.
Gorjeadoras alondras y golondrinas
de sus pobres casitas son las vecinas,
y habitan sus laderas, montes y lomas,
las dulces tortolitas y las palomas.

* * *

No busquéis en sus sierras fieros torrentes;
buscad sus solitarias y ocultas fuentes:
no busquéis en el monte la catarata
que al bajar al abismo se desbarata:
buscad, en vez del río que se despeña,
el manantial, que fluye de negra peña;
y en vez de la cascada de las alturas,
buscad los arroyuelos de las llanuras.

* * *

¡Buscad secos barbechos, siempre agostados!...
¡buscad la rubia espiga de los sembrados!...
¡buscad, cuando el gran Astro lumbre fulgura,
una encina, una piedra y una llanura!...

II

Hay en medio de Frades rústico huerto,
que parece el oasis de aquel desierto.
Entoldan sus paseos los emparrados,
con sus brazos frondosos entrelazados;
despliegan las acacias sus anchas copas,
donde los gorriones cantan en tropas.
Son las tapias del huerto de vieja piedra,
que cubre cuidadosa la verde yedra;
las auras vespertinas y matinales
juegan con los cerezos y los perales;
tapizan sus paseos yerbas silvestres,
y en los rincones crecen flores campestres.
Los alegres manzanos cuando florecen
dan sombra a las verduras que abajo crecen.
Si un aroma se aspira dulce y ligero,
es el aroma dulce de algún romero.
Junto a la vieja tapia crece y vegeta
el junco del pantano con la violeta,
y unen abrazos tiernos y fraternales
las verdes zarza-moras con los rosales.
El viento se embalsama con los olores
de aquellas coloradas y lindas flores,
y junto a la violeta crece amarilla
exhalando su aroma la manzanilla.
Hay entre las verduras una fontana,
do el agua para ellas tan clara mana,
que a la vez se reflejan en sus cristales
dos manzanos, tres guindos y tres rosales.
Y al pie de esta fontana, tan pura y bella,
vive el amargo ajenjo con la grosella,

y de igual modo vive, crece y se hermana,
la colorada fresa con la romana.

*
* *

En esas mañanitas del mes de Mayo,
antes que el sol nos mande su ardiente rayo,
de aromas y harmonías hay un concierto
dentro de aquel silvestre y alegre huerto.
Cuando la luz asoma por las colinas,
ya cantan en los guindos las golondrinas,
y antes que el sol derrame luz sobre el suelo,
ya las pardas alondras suben al cielo.
Hay cerca de aquel huerto viejos cercados
y viejas encinitas y viejos prados,
y entre estas encinitas, casi cubierta,
canta la tortolilla cuando despierta.
En los rojos tejados de aquella aldea
el tordo se despluma, silba y gorjea,
y chillando a su lado sobre el alero
el gorrión inquieto salta ligero.
Se revuelcan y charlan en los corrales
las alegres gallinas con los *pardales;*
despierta la paloma madrugadora
cuando el astro naciente las lomas dora,
y dejando en parejas los palomares,
por el cielo del huerto cruzan en pares.
Los cargados manzanos abren sus flores;
la humilde manzanilla despide olores,
y olores dan las rosas y la romana,
que vejeta en la orilla de la fontana.
En las ramas nudosas de los manzanos
depositan sus larvas pardos gusanos;
las constantes arañas tejen sus redes

en las húmedas grietas de las paredes,
y trepan las hormigas por su sendero
que suele ser el tronco de un limonero.
Previsora, constante, madrugadora,
inteligente, sabia, trabajadora,
en busca de sus flores sola se aleja
y su obscura colmena deja la abeja.

***

Insectos, flores y aves en dulce salva
saludan con sus ruídos la luz del alba,
que asoma sonrosada, bella y riente,
recostada en las lomas del claro Oriente.

III

Mes de Agosto ardoroso, serena tarde;
arde el sol en el cielo; la tierra arde.
Todo, todo, en la aldea reposa inerme...
el hombre, el ave, el bruto, todo se duerme...
y cuando el mundo vivo parece muerto
yo, que soy el que velo, me voy al huerto.
Allí, bajo la sombra de un emparrado,
de amarillentas hojas entrelazado,
hago lecho mullido del verde suelo
y mis cansados ojos fijo en el cielo.
Mis párpados se entornan pausadamente;
confuso mar de ideas turba mi mente...
mi pensamiento flota, vago... perdido...
y, cerrando mis ojos, quedo dormido!...
....

En las tardes de Agosto, tardes de calma,
en cuyas largas horas se duerme el alma,
después que me embriaga dulce beleño
y me quedo dormido... ¿sabes que sueño?
. . . .
Sueño que voy cruzando por un desierto,
un mar sin fin de arenas, un mar sin puerto.
Lágrimas de agonía vierten mis ojos
porque mis pies heridos pisan abrojos.
En medio del desierto sueño que existe
un albergue que sirve de alivio al triste;
un oasis bendito, do el peregrino
alivia las fatigas de su camino.
Es el rey del oasis un niño alado,
que aquel edén hermoso vigila armado.
En una aguda flecha guarda amoroso
un licor sonrosado, dulce y sabroso.
Cuando a algún peregrino la sed abrasa
y cerca del oasis llorando pasa,
a recibirlo sale solo y armado,
con una de sus flechas el niño alado.
Y el arma punzadora lanza certero
al corazón marchito de aquel viajero
que, entrando del oasis bajo el ramaje,
refresca los ardores de su viaje.
Y mientras a la sombra duerme y descansa
a sus pies una fuente resuena mansa.
El niño de las alas su sueño vela;
su espíritu cansado soñando vuela,
y el licor de la flecha del niño alado
su corazón ardiente tiene embriagado.
Y, mientras a la sombra yace dormido,
viene con sus acordes a herir su oído
un coro de angelitos que, en derredor

del lecho del viajero, dicen: *¡Amor!...*

....

Y yo sigo soñando... sigo soñando
con otros peregrinos que van llegando
al oasis bendito de aquel paraje,
mitad de su penoso, largo viaje.
En medio del desierto, solo, afligido,
fatigado, lloroso, triste, perdido,
el último de todos voy caminando
¡siempre pisando abrojos!... ¡siempre llorando!...
Lanzado en el desierto por mi destino
no llego al fin querido de mi camino,
y el corazón se ahoga casi abrasado
sin el licor sabroso del niño alado.

* * *

En medio del oasis y en él gozando
a ti, Casto querido, te vi cantando.
De un árbol oloroso bajo la sombra
y apoyado a tu lado sobre la alfombra,
vi un *sér*, que dulcemente te sonreía
y oí distintamente que te decía:
«Tú cruzaste un desierto para buscarme
y entraste en este oasis para adorarme.
Si el resto del desierto juntos cruzamos
y al fin de la jornada juntos llegamos,
viviremos felices, sin duras penas,
aun yendo del desierto por las arenas!»
Y tú que lo escuchabas, de allí saliste
y aceptado el apoyo que le ofreciste,
os ví llenos de gozo, cruzando luego
aquel desierto inmenso lleno de fuego...

* * *

Rendido de cansancio, lleno de pena,
y con mis pies hollando la ardiente arena;
os perdieron mis ojos... ¡que se cerraban
sin llegar al oasis que divisaban!
Y tendido entre espinas, sin esperanza
de hallar jamás el puerto de mi bonanza,
exclamaba llorando... ¡Dios mío!... ¡no puedo!...
estoy aquí tan solo, que... ¡tengo miedo!!...

* * *

Quemaba con sus rayos el sol de estío
y el corazón sentía yerto de frío.
Cubrió mis turbios ojos un negro velo,
alcéme amedrentado del duro suelo,
y al extender mi vista por el desierto...
....
desperté en mi silvestre y alegre huerto!

IV

En las dulces mañanas del mes de Mayo,
cuando el sol nos envía su primer rayo,
voy al huerto a sentarme, porque en el huerto
hay de aromas y ruídos dulce concierto.

* * *

Recostado en la alfombra del verde suelo
y siempre con mi vista fija en el cielo,
percibo en torno mío ricos aromas
que me manda el tomillo desde sus lomas.

Mis párpados se entornan... ¡estoy despierto
y sueño nuevamente con el desierto!
Sueño que voy andando... que voy andando
y que al hermoso oasis estoy llegando,
y lo veo tan cerca, que me convida
a vivir una dulce y alegre vida...
Y tanto me aproximo que te diviso
vagando entre el follaje del paraíso.
Al *sér* que te acompaña le ofreces flores,
flores que en vez de aromas vierten amores.
Al tender tu mirada por el desierto,
me viste caminando con paso incierto,
y no lloraste viendo mi gran quebranto,
porque en aquel oasis no existe el llanto.

....

Antes de la dorada y hermosa puerta
de la mansión aquella que estaba abierta,
había un gran abismo, profundo, hondo...
sin medida, sin término, sin luz, sin fondo.
Al ponerme a la orilla tímidamente,
un vértigo espantoso turbó mi mente;
y casi loco, débil y suspendido
sobre aquel precipicio, perdí el sentido...

....

Al recobrarlo luego, te ví a mi lado
dentro ya del oasis del niño alado,
y supe que, alargando tu diestra mano,
me salvaste la vida, como a un hermano.
Al verme ya en aquella mansión querida,
sentí mi pobre alma de amor herida,
y el licor misterioso del niño alado
mi corazón tenía casi embriagado.
Y vi, en el paraíso de las delicias,
un sér que me halagaba con sus caricias,

y al pronunciar mi nombre sus labios rojos,
desperté de mi sueño... y abrí los ojos.

V

En las tardes de Agosto, tardes de calma,
en cuyas largas horas se duerme el alma,
mis penas y mis ansias doy al olvido
y a la sombra de un árbol sueño dormido.
Sueño con el desierto y el paraíso,
que en las tardes de Agosto nunca diviso,
y, aunque esparce sus rayos el sol de estío,
el corazón me queda yerto de frío.

VI

Pero ¡ay! en las mañanas del mes de Mayo,
cuando el sol nos envía su claro rayo,
solo y meditabundo me voy al huerto
y a la sombra de un árbol sueño despierto.
Sueño con el desierto y el paraíso
que en estas mañanitas cerca diviso,
y aunque a mi lado fría la brisa pasa,
mi corazón sensible... ¡ay!... se me abrasa!

José M.ª G. Galán.

CARTA 6.ª

Sr. D. Antonio García Ramírez.

Guijuelo, 8 de Septiembre.

Suposiciones... extrañezas... conjeturas... ruptura de relaciones... ¡hasta amenazas!...

Todo esto es lo que he visto en tu carta última, no todo tan incoherente como yo te lo digo, pero sí más significativo, más duro. El escepticismo a las puertas de tu alma con un amigo!!...

¡Esa duda amarga, desesperada, casi sarcástica? —Bueno, querido Antonio, bueno. ¿Conque dudas de una amistad bien fundada... y todo ¿por qué?

Porque han pasado días, y el amigo *de quien dudas*, no te escribió.

Porque el alma de ese amigo, el alma del pobre «Solitario» ha gastado todas, todas sus fuerzas en recibir las dulcísimas, amargas, tranquilas y violentísimas impresiones que durante un mes la han herido, una tras otra, sin darle tiempo a llorar unas y a gozar de las otras.

Y como no le quedaron fuerzas a mi alma para nada, no le quedaron tampoco para que mi pluma corriese sobre el papel impulsada por mi mano.

No te escribí! ya lo sabes. Ni a Casto le escribí tampoco. Y no te olvides que yo no busco necias y

rancias disculpas para excusarme del cumplimiento de mis deberes de amistad con los buenos amigos. Sería ridículo en alto grado.

El estado de mi alma, ya lo sabéis los dos; ése fué el que me impidió hablaros un rato, como lo hago hoy contigo.

Casi dos meses en mi querida aldea! ¿Vosotros sabéis, vosotros podréis siquiera, siquiera, figuraros qué ha sido para mí este período de tiempo? ¡No! Y cien veces no.

¡Ah! pues si os lo pudieseis figurar siquiera! Entonces... entonces nada más me quedaba por decir.

Han pasado por mi alma una serie de... sí, de *cosas:* no encuentro otra palabra.

Y si sólo para esto no la encuentro ¿cómo la encontraría para deciros siquiera cuáles han sido estas *cosas?*

¡Ay!

No poder hablar, querido Antonio, me hace daño, mucho daño.

No me lo mandes cuando me escribas. Yo por mi parte, sólo puedo decir que detesto esta pobre y artificial manera con que tenemos que comunicarnos. Manera que, en mi entender, no sirve para nada ¡para nada!

Dejémoslo, pues.

. . . .

¡Oh!, vendrás hecho un parisién, ¿no es verdad?

Supe donde vivías, sí. Y aunque hubiese podido hacerlo, te lo confieso con ingenuidad, no te hubiera escrito.

¡Pues ya lo creo que no!

Yo; desde mi tan querido como humilde Frades, escribir —o emborronar— una carta para un amigo que estaba en París!

Nada menos que en París. Y dirigir yo mi carta... al *cerebro del mundo!* (*)

Si mi epístola —la que te hubiera dirigido— hubiese tenido un alma para sentir, hubiese escapado de las manos de los portadores al llegar a aquellas montañas azules de la frontera española.

Porque la hubiese asustado el ruído de la capital francesa.

Porque el alma que la dictó en el humilde Frades, es harto débil, harto tímida para que pueda consentir que nada suyo se pierda y se pise en donde la humildad se desprecia hasta el sarcasmo; en donde los nombres humildes no suenan; en donde los cerebros humanos están —¡porque, sí, lo están!— en un estado completamente anormal por la contemplación de las *grandes cosas*, sin cuidarse para nada de las *pequeñas.*

¡Y luego me dice Casto... «escríbele a París».

Escríbele tú si quieres, querido Casto, que Galán es un poco... *excéntrico*, para que transija con ciertas cosas

Me bastaba con leer en los periódicos, desde este humilde rincón —¡donde tan bien se vive!— que el amigo que estaba en París, conseguía, en unión de sus compañeros, laureles y triunfos, traducidos en sonoros aplausos y en doradas medallas de oro.

Con esto me bastaba; ¡pues claro que me bastaba!

Por lo demás, lo que yo deseaba, lo que ambicionaba era tu pronto regreso. Y perdona, querido, mis quizás extravagantes rarezas, pero no he maldecido ya la capital francesa, porque no maldije a la españo-

(*) Tomado de los corresponsales cursis. Odio el plagio.

la, donde tuve la desdicha de consumir un año de mi vida.

Y es hoy tal el odio, la repugnancia, que me inspira todo lo que huela a *populosas ciudades*, que deseaba que volvieses pronto a tu patria y a tu casa. No sé en qué consiste esto.

¿Será que en mi alma no cabe ya más felicidad que la que contiene, y por eso desprecia con indiferencia y frialdad británica todo *lo grande*, que al lado de esa felicidad le parece tan ruín, tan pobre, tan mezquino? Ya lo he dicho: no lo sé.

Lo que sí sé y puedo decirte, es que aquí tienes, no al pobre maestro de escuela, sino al poeta que sueña en regiones infinitamente más elevadas que la cúspide de la torre Eiffel.

Regiones para subir a las cuales, me han servido de ascensores, no los del monstruo de hierro, sino.......

....

....

....

¡Ah! ya encontré la frase: *esa serie de impresiones* de que al comenzar mi carta te hablé. (Cuidadito con creer, por esto que te digo, que estoy enamorado!).

Creo que he hablado sobradamente de mí. Basta, por tanto.

Pesimista y escéptico en tu carta, sólo te cuidas de clavar en mi alma el cortante filo de sospechas que me han herido.

Y nada me hablas de tu viaje al otro mundo; porque yo tengo que llamar así a París.

Que yo haya estado a punto de maldecir a esta población, no quiere decir que yo maldiga nada más que lo malo. Pero no lo bueno.

Y de lo bueno quiero yo que me hables.

No precisamente porque yo desee vivísimamente conocer todo lo bueno que hasta ahora hayas visto allende los Pirineos; pero sí por ti, por saber qué has pensado de todo, qué impresiones traes.

Me has entendido ¿verdad?

Pues a escribirme a vuelta de correo y sin escrúpulos como los míos, porque yo vivo en la escondida y gárrula aldea del Guijuelo y no en París.

Ahora voy a empezar a copiarte, aunque dudo que entiendas mi letra, porque la pluma, la tinta y el sitio que me han suministrado para escribirte, no pueden ser peores.

«Yo, que sabes camino a pasos agigantados para un manicomio cualquiera (!), y que me doy a pensar sobre todo, mucho revolví en mi *meollo*, que tan poco fósforo contiene (?), la idea de por qué no me habrás escrito...»

Piensa siempre, querido Antonio, como un poeta, y no pienses como un filósofo. Porque lo primero, —aunque el vulgo lo cree locura— no es locura. Lo segundo, puede llegar hasta la demencia.

Y dígote esto, porque se me antoja —sin saber por qué— que regresas de París menos soñador que antes; más pensador que nunca.

¡Ah! Se me olvidaba. Ya sabemos que eres listo, que eres un joven que vales, y por eso te aconsejo que no digas que tu cerebro contiene poco fósforo.

Además, aunque lo hayas dicho sin meditarlo, como así lo creo, eso de que a mayor cantidad de fósforo, mayor cantidad de talento...! (*) ¡Habría que hablar mucho de ello! Pero dispénsame, si siendo *un*

(*) Perdona que así te hable; pero... ¿materialista yo?... ¡Primero la tumba fría!

dómine de aldea, intenté siquiera hablarte a ti de filosofía. Entre buenos amigos, hay derecho a mutuos consejos.

Y sigo copiándote.

«...sin duda no te soy *simpático* (¡nada más que simpático!) ...... sin duda no te soy simpático y quieres callarte para que me calle yo...»

En efecto: si yo algún día quisiera callarme, me callaría, pero me callaría no más que para oirte a ti; no para que tú guardaras completo silencio. Si ese *algún día* llega —aunque lo dificulto, porque yo, aunque barbarizando, charlo mucho— si ese algún día llega, ya sabes para entonces cuál es la causa de mi silencio.

Y por último me dices:

«¡Quién sabe si el hidalgo castellano se olvidó ya de los gallegos, menos hidalgos y menos desmemoriados?»

La medida más acertada que encuentro es dejar este parrafito sin comentario, no sin pedirte mil perdones por los que ya te hice.

Ahora no te voy a comentar; voy a traducir.

«Pero conste, amigo mío, —me dices,— que llamo de nuevo, que te escribí dos veces...»

Pero, Antoñito, por qué me amenazas? Porque esto lo traduzco yo en una amenaza, más o menos amistosa, o más o menos amarga.

Cuidadito con volverme a amenazar.

* * *

Casto me escribió hace días. Aun no he podido contestarle.

Me daba cuenta de un baile que se celebró en

Ferrol «a la melancólica luz de la luna que reflejaba sus rayos en la tersa superficie de las ondas del claro y hermoso Océano» (*).

Así me decía el buen Casto, por cuya carta comprendí perfectamente la dosis de dicha que en aquella noche se había acumulado en su alma. Me alegro.

Pronto le escribiré.

Cuento las fechas que tardará en llegar al Guijuelo tu por mí tan esperada carta, y según mis cuentas es preciso que contestes a vuelta de correo. ¡Qué risas te darán!... ¿eh?

Da mis cariñosos afectos a tu familia.

Voy a dejar la pluma.

La tinta casi se acaba; la luz que me alumbra toca también a su término, y es hora de que vaya a dormir y a soñar un rato el alma de tu buen amigo

El Solitario.

(*) El baile de los Guardias-marinas de la fragata *Asturias*, en el salón de los jardines de La Graña, al que se invitaba lo más distinguido del Ferrol.

CARTA 7.ª

Sr. D. Antonio García.

Antonio: Tenía escrita desde ayer la adjunta carta para Casto, y hoy recibo la tuya, contestación a mi última. Quiero que hoy salga ésta por el correo, y no dispongo del tiempo que desearía para escribirte más.

Haz el favor, y perdona, de mandar la de Casto a Narón, donde le supongo actualmente.

De buenas ganas te hablaría algo más largamente.

Te explicaré lo de las cuatro cartas del de San Saturnino.

La primera creo que la escribí en el tren. La segunda, después de la que a ti te dirigí, dándote cuenta de mi viaje. Y la tercera, que es la última que recuerdo, no tuvo otro objeto que el de enviarle, ya terminada, la poesía «Mañanas y tardes», que ya sabes me pidió cuando os dejé, y que habrás visto.

En su última me decía que habías marchado a Francia. Por eso no volví a escribirte.

Después, ¡no han llegado a mis manos dos letras más de Casto!

No me pidas perdón por nada, que no me gusta.

No critico tus cartas: las leo con gusto, con ansiedad, con atención.

Respecto a lo del paréntesis, te diré lo que tú sabes: que dos negaciones pueden producir una afirma-

ción, pero una sola es siempre una negación; al menos en este caso.

Para más informes lee la adjunta que escribo a Casto, que precisamente en ella encontrarás algo de eso; pero créeme que no estoy enamorado.

Como para mí sois dos amigos *iguales*, lee también lo que le digo a Casto por haber dejado de escribirle, porque casi es una copia de lo que a ti te dije ya.

Y adiós; perdona esta nueva molestia que te causa

El Solitario.

Pero ¿y tu retrato?

17 de Septiembre.

CARTA 8.ª

Sr. D. Casto Blanco.

En el Guijuelo me tienes, querido amigo, labrando a toda prisa la triste obra de mi embrutecimiento pero también la hermosa de mi felicidad.

Porque, alégrate, soy feliz como nunca, y a Dios, tan sólo a Dios, debo esta felicidad.

Jamás, te diré la causa de ella, porque no puedo. Y no puedo, porque aquí, junto a mí tan escondida como idolatrada aldea, a la vez que va aumentando el número de afecciones de mi alma, para corresponder a las de otras, va disminuyendo mi siempre escaso vocabulario y en él no me quedan, no me quedan palabras, que yo busco, porque las quiero, porque las necesito, para decir lo que siento, para darle cuenta a los amigos de lo que me pasa.

Sólo puedo decir que si antes pensaba, hoy sueño: que si antes quise hacerme un filósofo, ahora quiero ser un poeta.

Y puesto que pensar y ser poeta, y soñar queriendo ser un filósofo, no puede ser en mi concepto, soñaré como sueño; como un poeta: y así le daré a mi alma lo que buscaba y a mi corazón lo que necesita.

Cuando *esto* buscaba mi alma; cuando *esto* nece-

sitaba mi corazón, se absorbieron en ello las fuerzas de ambos de tal manera, que no pudieron darle a mi mano las que necesitaba para que pudiera desparramar algo de tinta sobre un trozo de papel, donde tú tradujeras lo que al *poderoso*, no ya al pobre Galán le sucedía.

He aquí, pues, la causa de mi tardanza en contestar a tu última carta. He aquí también la causa de las quejas que Antonio me da en la última que hace pocos días me ha dirigido, y a la cual contesté oportunamente. En ella le decía, si mal no recuerdo, lo mismo, casi lo mismo que a ti te llevo manifestado.

Y no me pidáis más, queridos.

* * *

Veo que tu vida es la antítesis de la mía.—¿Que por qué? Pues oye.

Tú vives aún en el mundo del bullicio; yo vivo en el mundo del sosiego.

Tú bailas a la orilla de un inmenso océano; yo canto en las márgenes de un pequeño y escondido arroyo.

Las impresiones que tú recibes son, por lo tanto, violentas; las mías son dulces, tranquilas, suaves.

Tú te acompañas en tus diversiones de muchos seres, de muchos seres; yo me acompaño en mis soledades de pocos ¡de muy pocos!...

Tú gozas de dichas ya gozadas otras veces; yo gozo de dichas que no gocé nunca como hoy.

Tú en tus ratos de dicha te ríes; yo en mis ratos de soledad, *sonrío* nada más.

Tú eres un pensador, que amas; yo soy un poeta, que... sueña.

Tú estás enamorado de un alma; yo estoy enamorado de un sér (*).

Tú conseguirás lo que desea tu corazón; yo quizás no consiga lo que anhela mi alma.

Tú has llegado a..... la edad de veintidós años; yo acabo de llegar a..... la de diecinueve.

Tú tienes una Esperanza; yo tengo también una esperanza. (Cuestión de ortografía *nada más).*

Tú vives *por* una Esperanza; yo vivo *con* una esperanza. (Cuestión de preposiciones y *nada más).*

Tú eres alimentado por ella.

La mía es alimentada por mí.

Si *la* que a ti te sostiene muriese... ¡llorarías!; si la que yo sostengo desapareciese... ¡ay! ¡me moriría!

Tú aseguras; yo confío.

Tú gozas una vida de placeres; yo vivo una vida de... dulzuras nada más.

Tú amas a... San Saturnino; yo, si hubiese nacido mujer, adoraría a San Antonio (patrono de mi pueblo. Nada más que por serlo; no por otra cosa).

Tú eres un joven de talento que prometes; (no olvidar a los amigos).

Yo soy un joven que cumplo; (lo que prometo, y más de lo que prometo).

Y como resumen:

Tú tienes en el cráneo masa encefálica; yo tengo en el mío patata cocida (**).

....

¡Tienen razón los matemáticos!

Las líneas paralelas llegan al infinito sin encontrar-

(*) *Sér* (según el Diccionario): —«Todo ente que tiene existencia en la Naturaleza». Puede ser, pues, una piedra, un árbol, una aldea....

(**) Tomada del amigo Antonio. ¡No la patata cocida, sino la frase! Entendámonos.

se. Pero este infame paralelo (paralelas y paralelo deben ser una cosa parecida ¿verdad?); este paralelo, repito, creí que llegaba al infinito (por más que no sé donde está) sin encontrar su fin.

Afortunadamente ya puedes cantar el *Hossanna*, porque ya se acabó (el paralelo, no el *Hossanna*. ¡Cuando yo digo que dentro de poco tiempo no sé hablar la lengua de mi patria!...)

Cambio de pluma por ver si la nueva está mejor cortada que la otra. Y ya incurrí en un error; porque las dos son de acero y las de acero me parece que no se cortan. Pero valga, y pase como una figura retórica.

Vamos a ver. ¿Conque tanto te divertiste en el Ferrol? ¡Bueno, bueno!

Me parece que tú, con esas diversiones y esos *chicos amigos* que tienes en el *referido Ferrol* nos vas a dejar a los coruñeses y a los fradeños a *escuchas*, como dicen en mi tierra.

Digo, no; a Antonio no, porque... próximos los dos uno de otro... antiguos amigos... comunicándoos a menudo... nacidos bajo el mismo pedazo de cielo... En fin, que todos son motivos para que no os olvidéis uno de otro. Lo que es durable, lo que se ha visto y se vé muchas veces y detenidamente, deja impresa en el alma una huella muy honda para que pueda desaparecer pronto.

Lo contrario sucede (por ejemplo) con *un relámpago*, que brilla un instante y desaparece después; con una *pequeña nubecilla*, que aparece un momento a nuestra vista y es arrebatada enseguida por una ráfaga de viento. Todo esto nos impresiona tan débilmente, que ni un obscuro rincón de nuestra memoria queda desocupado para dar cabida en él al recuerdo de estas insignificantes cosillas.

Así sucedió siempre, y así seguirá cumpliéndose ésta, que parece una ley de la naturaleza, por los pocos transgresores que hay respecto a su cumplimiento. (Dejemos esto, que me amarga!)

Yo por aquí, retirado del *mundanal ruido*, como un monje, paso perfectamente la vida. Tan contento, que nunca me pude figurar tal cosa.

Aun hay insensatos que me dicen que debo acordarme mucho de Madrid. Por ninguna parte faltan imbéciles. Voy creyendo que acaso será monomanía la aversión, o, como dice un criado de mi casa, la *inquinia* que me ha dado en inspirar Madrid. Y como un insecto no puede vengarse formalmente de un elefante, yo, el insecto, me deleito con repetir aquello de la célebre sátira del Marqués de Villamediana que decía:

Vivo en Madrid y no conozco el Prado,
y no lo desconozco por olvido,
pues me consta que en él seré pisado
por muchos que debiera ser pacido.

¡Ay! por meterme a citar autoridades, he tenido que echar mano de un tercer pliego de papel. Cosa que tú ni Antonio habéis hecho jamás, porque sois partidarios del *poquito, poquito, pero bueno.*

Iba a dirigirte ésta a San Saturnino, pero he supuesto que estarás en Narón. No sé ni a qué partido judicial pertenece este *señor* y, por lo mismo, no sé cómo poner el sobre *(escribir* el sobre sería más exacto y hasta más correcto: esta mi segunda pluma tampoco está bien cortada).

Ahora, fuera del paréntesis y en serio te diré que, de continuar en el Guijuelo, dentro de pocos meses no vas a poder entender lo que te dice éste, antes

destructor de la Literatura y hoy ya asesino de la Gramática.

Me parece que, como medida preventiva, voy a llevar a la práctica la idea de escribir en aleluyas, género literario que cultivo más que la prosa, *aunque me esté mal el decirlo.*

Porque yo, más tardo en concebir —moralmente hablando— un pensamiento por *incoloro* e *inodoro* que sea, que en tenerlo dentro del matemático molde de una aleluya.

....

Y basta de barbarizar.

Si hay que pedir perdón por reflejar en las cartas, aun a pesar del que las recibe, el buen humor del que las escribe, yo te lo pido.

Otra vez, en cambio, estaré más lúgubre que un cementerio de noche.

Escríbeme enseguida dándome las señas que he de escribir en los sobres, porque no es cosa de que Antonio sufra las molestias de nuestra torpeza. Hazlo así, que ya sabes que te quiere

El Solitario.

A mí, sígueme escribiendo a Frades, porque recojo yo las cartas al pasar por aquí.

Y dispensa mi *laconismo.*

17 Septiembre.

CARTA 9.ª

Sr. D. Antonio García.

Querido Antonio: Temblón y convaleciente aún de un descomunal *trancazo* complicado con una aguda neuralgia, vuelvo a coger la pluma para escribirte.

Las fiebres me han consumido de mala manera. Aun tengo una tos que, por su mal género, me tiene algo preocupado, y más que algo. De todos modos pasó la gruesa de la nube que me ha tenido amedrentado más de veinticinco días. Creí al principio un mal desenlace porque me tragué que se me venía encima una fulminante pulmonía, con la cual me hubiera ido yo después, si Dios no lo remediaba.

Pero, gracias a Él, resultó otra cosa que aun cuando me ha hecho sufrir mucho, estoy perfectamente conforme y doy por ello gracias al Señor.

Casi se me ha olvidado escribir y leer. No tengo fuerza en la mano y así queda ello. ¡Y tú tanto tiempo sin carta de tu amigo! ¡Qué habrás dicho, qué habrás dicho!

Bien y muchas veces me acordaba de vosotros, al ver todos los días sin contestar una carta de Casto y otra tuya que recibí en cama y puse a mi cabecera, leyéndolas veinte veces.

He sufrido mucho durante mi enfermedad, porque sabía que mi buena, mi querida madre, en cama tam-

bién, como sabrás, lloraba sin cesar y sufría por no poder volar a ver a su hijo.

En fin, todo lo arregla Dios, como ahora también ha sucedido. Hoy también escribo a Casto que estará, como tú, diciendo: pero ¿se habrá muerto aquel Galán que vino a Galicia conmigo?

Supóngote ocupadísimo con tus estudios preparatorios para oposiciones. Haces bien, haces bien, querido Antonio; estudia y estudia mucho, que así es como llegarás a valer mucho también. No imites la conducta de este castellano que no ha vuelto a abrir un libro y quizás tenga encima unas oposiciones como tú. En caso de yo tomar parte en ellas como tú, ¿cuáles serían los dos resultados comparados? *Escuso icirte,* como dicen en mi pueblo.

Conque, ánimo y a la lucha, pero con intenciones de alcanzar la victoria más cumplida, por supuesto.

No puedo escribir más, ni sé si entenderás lo hecho.

Recuerdos mil a tus apreciables papás y hermanas y familia de Gabriel, y para ti el cariño de tu fiel amigo

JOSÉ MARÍA.

Guijuelo y Febrero 28 de 1890.

CARTA 10.ª

Querido Casto: Recibí tu última y esperada carta en cama, ya con los primeros síntomas del *trancazo.* Calcula si habrá sido mayúsculo, cuando hoy estoy aún temblón efecto de la debilidad. Verdad es que el *dengue* no me hubiera tenido en cama tanto tiempo a no habérseme complicado con una neuralgia que, francamente, me hizo creer que me marchaba al otro mundo. ¡Qué dolores articulares tan violentos! ¡Qué fiebres! Y sobre todo ¡qué tos de tan mal género y qué dolores en el pecho! Esto fué lo que me amedrentó. Hasta que no he visto mi mejoría, no pudo el médico desechar de mí ciertos presentimientos, que me han dejado rendido moralmente hasta el último extremo. Debilidad material, no digamos. No puedo con la pluma. Si me estoy quieto, no hago el ejercicio que me aconsejan; si ando, sudo y me fatigo.

Parece mentira que en tan poco tiempo, y estando como nunca grueso, me haya quedado tan desmejorado, que no se me conoce. Pero no es extraño; he sufrido mucho. Caí enfermo en este pueblo y no pude ir al mío, como quería mi familia. Por una parte esto, y por otra saber como sabía que mi madre, sin poder venir a verme, lloraba sin cesar creyéndome grave; todo venía a aumentar mis tormentos morales, más graves que los otros. Hoy, pues, que puedo, cojo la pluma para darte cuenta de este mi nada halagüeño estado.

«Los colores de mi paleta» —siempre pálidos— resultan hoy obscurecidos, al identificarse conmigo. Para otra carta, que tendré más fuerzas, te hablaré de *algo* más detenidamente. No sé donde estás; por eso te escribo a San Saturnino.

A pesar de todo, aun recorre mi mente las variadas esferas del pensamiento, y me sueño... con el amor.

¡Siempre el amor! Ya te daré cuenta de uno de mis sueños, cuando pueda, porque es algo largo, algo romántico, y, *por lo mismo*, algo triste y aburrido para los que como tú, tienen la realidad en la mano.

Es poético como el alma del que lo forjó en una noche de fiebre; desconsolador como mis marchitas esperanzas; amargo como la amargura; fúnebre como mis presentimientos.

Tiene mucho de esa atosigadora melancolía que produce la desgracia después de la dicha, la noche tras el crepúsculo, la soledad después de la compañía. (Ya me chocaba a mí que se acabase mi carta sin que algún *rapto* poético me arrebatase de la realidad).

Adiós, adiós, hasta la tuya —como dicen los quintos.—

Recuerdos mil a tus papás y hermanitos y *demás*, y tú sabes ya que te quiere

José María.

Guijuelo y Febrero 1890.

CARTA 11.ª

Querido Casto: El día 8 del corriente recibí, por un mismo correo, dos cartas tuyas, fechada la una el 7 y la otra el 16 de Marzo. Echa la cuenta y te asombrarás de su retraso, porque no quiero pagar culpas que tiene el Sr. Mansí.

Contra lo que me decías, en una de tus anteriores, no esperes que «los colores de mi paleta», siempre pálidos, te pinten por ahora cuadros de color de rosa.

No por eso te aburriré con frecuentes relatos del triste estado actual de mi ánimo, no. Hablaré de lo que quieras, de lo que a ti te plazca; pero no te extrañe que en el cuadro de mis pensamientos resalte, aún sin yo quererlo, la pincelada obscura de la tristeza.

Ha dicho un poeta

«que todo tiene el color
del cristal con que se mira».

Y natural es, pues, que si el de mi mente está hoy turbio y empañado, aparezca obscuro y triste cuanto yo piense, cuanto yo sueñe. Y en verdad que así es.

Me vas a escuchar atentamente. Yo voy a contarte lo que me pasa, no como lo cuenta el poeta lírico, con galas que lo embellecen, con harmonías que dulcifican, no; te lo voy a contar como se le cuenta al amigo, con la ingenuidad con que se le habla, si es verdadero y leal.

Yo, ni estoy enamorado, ni creo que llegaré jamás a estarlo, de una mujer, por supuesto.

Yo me enamoro lo mismo del alma de un amigo que de la solitaria sierra de mi pueblo; lo mismo del corazón sensible de un aldeano, que de una determinada encina del monte. Pero no creas que esto es *decir por decir*. Esta es la realidad de mi vida actual.

Cuando, como en este momento, me examino a mí mismo juntamente con los actos que ejecuto; cuando este examen es, como ahora, procedente de la razón fría y lógica, sin que en nada intervenga la imaginación, ¿sabes qué deduzco, Casto? pues deduzco que desde hace algún tiempo estoy siendo, sin yo notarlo, un verdadero excéntrico.

La fuente de la poesía, para mí, está en mi pueblo; pero hoy esa poesía la encuentro en lo raro de las cosas; pero de las cosas en quienes nadie fija su atención, por lo insignificantes que son de suyo.

En mi pueblo elijo para pasear los lugares más áridos, los sitios donde no haya nada, ni movimiento de un átomo, ni vida, ni vegetación, y, si pudiera ser, ni suelo que sustentara mis plantas. Me siento siempre, siempre, en uno de esos sitios, que en otro tiempo me parecieron tristes, horribles, antipáticos... desnudos de toda idea de movimiento y de vida... en uno de esos sitios tan áridos, tan absolutamente áridos, que hacen creer que la Tierra es un pedazo de caliza arrojada en el espacio...

La orilla de un camino abandonado, donde vienen a morir tristemente los parduzcos surcos del barbecho, me sirve de teatro para mis pensamientos; de campo donde espaciar mi mente, que está algunos días idéntica al paisaje.

Si casualmente una ráfaga de viento mueve en el suelo un átomo de materia, *materia* tengo para pensar un rato en un átomo; para buscar relaciones (que no

deben existir) entre él y el Universo; para hacer en mi mente su historia, la historia de su vida, de una vida tan triste, sin ilusiones, sin amigos... sin amores... la historia de un átomo, de un sér que no tiene ambiciones, ni busca fama, ni quiere gloria, ni anhela felicidades... ¡ni tiene madre!...

Y tú te reirás acaso de estos mis pobres pensamientos, pero no por eso dejan de ser más ciertos.

La vista y la contemplación de una arena, de una partícula de leve polvo hundida en el olvido en un solitario camino de mi pueblo, me sugiere todas estas y otras muchas ideas, que no te diría si no supiera que me dirijo a un amigo que me cree.

Un grano de arena, me dice la ciencia, es un sér. Y me atormenta con esto profundamente, porque, —aunque sé marcar diferencias entre séres y séres, con la razón,— no cabe en mi imaginación la idea de que haya un sér que viva sin ilusiones, sin alegrías... sin amores... y sin querer a su madre...!

Y aunque la razón me dice, de consuno con la ciencia, que la inercia de la materia es una ley... que donde no hay un alma que piense no puede haber sentimientos, ni afecciones, ni nada... yo no quiero entender esto; y ¿sabes lo que digo después de mis meditaciones? —¡Dios mío! ¡qué vida tan triste la de este pobre y olvidado átomo, juguete del viento que lo arrastra donde quiere!

No me deis a mí, cuando me muera, una vida tal de amarguras y agonías.

Y al pensar en esto, mis pasados extravíos, mis rencores, mis odios, mis ambiciones, mis vanidades, mis pasadas locuras, mis vergüenzas, todas mis faltas, todos mis extravíos y remordimientos (éstos yo no sé por qué), vienen a sonrojarme, a martirizarme, y en-

tran y pasan en tropel ruidoso y confuso desde mi memoria a mi corazón, me golpean en el pecho, me perturban el cerebro, me llenan los ojos de lágrimas... me abrasan el alma... me pican en las entrañas...

Unas veces, un cariño que raya en la locura siento hacia mis amigos; hacia los que nacieron conmigo, hacia todos mis semejantes, hasta mis enemigos si los tuviera.

Otras veces... nada. Desesperación y aburrimiento, cansancio y hastío, o indiferencia rayana en la misantropía.

Los seres débiles me inspiran, sean de la clase que fueren, tal compasión, que se convierte pronto en aprecio, el cual degenera en ciego cariño.

Por eso a lo mejor estoy siguiendo paso a paso la vida de un pobre musgo pegado en el tronco de la vieja encina del monte; por eso conozco y visito con frecuencia la escuálida y amarillenta planta parásita, que vive adherida pobremente en el pelado y solitario peñasco de la sierra.

Por eso cuando, donde menos lo pensaba, debajo de alguna piedra, descubro una verdosa yerbecilla que nadie ha visto sino yo, quiero ir a verla por la tarde, y la visito con una ansiedad que debe ser muy parecida a la del amante que va a ver a la mujer a quien adora.

Cuando descubro, en donde menos lo esperaba, como ha poco tiempo me ha sucedido, un alma pura y sencilla como pocas, noble y leal como ninguna, y un corazón de oro perteneciente a la misma alma y que tiene su asiento en unos sentimientos tan puros y tan generosos, tan delicados y tan impropios en el honrado muchacho de mi pueblo a quien me refiero, yo me enamoro de esa alma y de ese noble corazón.

Si un alma y un corazón como éstos los encontrase en una mujer, yo me enamoraría de ellos, y ellos serían el objeto de mi cariño; pero la mujer *no sería el objeto de mi amor.* Lo conozco, lo digo, puedo asegurarlo.

Pues qué, ¿no estuve yo enamorado de una niña de seis o siete años?

Y sin embargo, ese amor no era, ni pensarlo siquiera, el amor común, el amor —no sé como decirlo— de todos los que amáis. Era sencillamente una corriente hermosa de simpatía —no es ésta la palabra— de un alma, la mía, hacia otra alma que me tenía encantado con sus cualidades.

Y nadie me venga a mí —*aunque lego*— a decir: «pues eso es amor», porque entonces yo estaría igualmente enamorado (¡tendría gracia!) de mi novia y de un amigo a quien quisiera mucho.

¿Cómo, pues, he de necesitar amar yo a una mujer, si tengo sobrados objetos sobre qué colocar mi cariño?

***

¡Si vieras cómo algunos días me gusta estar triste!

Cuando en las fiestas de mi pueblo bullen todos en algazara y alegría, cuando comienza el baile —que para mí tiene tantos y tantos encantos— de los mozos de mi pueblo, que me esperan todos para que baile con ellos, —porque me tienen por *alguien*, aunque no soy nadie,— entonces me gusta alejarme del pueblo y de la alegría, solo; y oyendo desde lejos el rústico són del alegre tamboril, experimento una *dulzura amarga*, que hace enturbiar mis ojos en lágrimas y bañar mi corazón —incomprensible para todos— en una especie de *cosas*, que son el resultado de una

amalgama de la dulzura más dulce con la más amarga amargura.

He dicho que mi corazón es incomprensible *para todos*, y no es cierto.

Y no te vas a ofender por la ingenua y franca confesión que voy a hacerte.

Después de mi madre, he tenido la dicha de encontrar un sér, un solo sér, que me haya comprendido con matemática exactitud. Y ese hombre, ni es una persona ilustrada, ni, ¡harto siento el decirlo! sois vosotros, que al fin sabéis estudiar los caracteres y habéis visto algo de todo en el mundo.

Ese hombre es un honrado mozo de mi aldea, que nunca salió de ella, ni es un filósofo ni nada que se le parezca.

Pero tiene ¡qué cosa tan extraña! sentimientos más delicados que los del primer poeta, corazón leal hasta la exageración, ideas religiosas, ideas morales, ideas tan puras las unas como las otras.

Yo me explico este verdadero fenómeno de comprensión en que... Vamos, no lo digo, porque quería decir que consistía en que su corazón era igual al mío, y le he tributado al suyo alabanzas que estoy lejos de merecer.

Pero sea lo que fuere, lo cierto es que me comprende ¡casi mejor que yo mismo!

Y por eso me quiere locamente, como no te puedes hacer una idea siquiera.

¿No te parece extraño todo esto?

¿Y no te parece también que basta y sobra de hablarte de estas cosas, de algunas de las cuales puede ser que deduzcas, sino enagenación mental, algo así como chifladura?

Pues aparte.

*
* *

He pasado en mi pueblo las vacaciones de Semana Santa íntegras, que fueron siete días como siete soplos.

Recé miércoles, jueves y viernes Santos y me divertí sábado, domingo, lunes y martes, que no fueron tan santos como los otros, dadas las horitas que tenía de recogerme por la noche,... digo, por la mañana, cuando «el rubicundo Apolo había tendido las doradas hebras de sus cabellos», etc., etc. (*)

Tan bien me encuentro en mi pueblo, que no quise ir a pasar las vacaciones a Salamanca, a pesar de las repetidas instancias que para ello se me hicieron.

Y eso que había ferias, toros, venida de estudiantes portugueses *finchados*, etc., etc.

En fin, querido Casto, que estoy hecho un *tío*, *engorronado* y apegado a los terrones y pedruscos de mi Frades.

Me voy a embrutecer (ya que envilecerme no puede ser y empobrecerme tampoco, porque no soy rico).

Ya estoy pensando en las vacaciones veraniegas, pero esto me da asunto para otra carta.

¡Qué! ¿te asustas? Pues no te asustes, porque *procuraré* —nada más que procuraré— que no tenga tanta longitud y latitud como ésta, ya que profundidad no puedes hallar en ninguna.

Y ya que de profundidades hablo, déjame hundir, para terminar, en algunas honduras poéticas; que, aunque nunca *segundas partes* fueron buenas, —a no ser la del Quijote,— mis segundas partes son las más *lastimosas*.

(*) Cervantes.—«El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha». (No sé si conocerás la obra).

Déjame, pues, hablar una *miajirrinina* de poesía.

¡Ay!... ¡ay!... ¡ay! Casto mío; pasará un día, pasarán cien días, pasará el tiempo dejando sus huellas sobre nuestras frentes... y no recibiré todavía contestación tuya.

A larga distancia se aman dos palmeras en las soledades del desierto; a larga distancia se hablan dos lirios azules, que moran en apartadas riberas... A larga distancia se repiten dos ecos en la escabrosa montaña... a larga distancia se adoran las campánulas amarillas del cementerio... La brisa es la medianera de sus amores, y ellas le pagan con un beso... Tú también puedes hablar conmigo a larga distancia... nuestros mediadores serán los peatones... nuestro pago, tres perras chicas...

¡Ay!... ay... ay! Jamás los sabios supieron definir la muerte y la vida. Yo sólo, que soy un pobre artista, lo comprendo.

La ausencia de los seres queridos es la muerte... su recuerdo es la vida...

La vida es una cadena con eslabones de hiel... Yo hace muchos días que vivo en lóbrega noche... claro es, me acuesto a las tres de la mañana!...

Sér de mi sér, alma de mi alma, (*) yo te veo en el aura que respiro, en el aroma de la silvestre campánula, en el cielo del mes de Mayo, en el arroyo de las ondinas,... en el corral de tu casa...

Tu pensamiento abrasa la sangre de mis venas, tu imagen de virgen y de diosa me da noches de horrible insomnio... y más si por la noche tomo mucho café.

Esta mañana, cuando Apolo saludaba a Flora, lla-

(*) Ya entré de lleno.

maba yo el sueño, pero el sueño no es conmigo desde tu ausencia...

Mecíme un rato en la región a que tu belleza eleva mi fantasía, ya loca y calenturienta por el cruel insomnio de la noche,... y me quedé dormido cuando la naturaleza sacudía su nocturno letargo, cuando Febo llamaba al mundo a la vida... cuando alzaba sus cantares mañaneros el gallo de la tía Josefa...

Eres, hermosa mía, el ideal que soñó Rafael para sus lienzos, la náyade que forja el poeta para cantarla... la evocación de las efigies escultóricas griegas, la diosa a quien rinde culto el genio del artista en el templo de la hermosura. Me deslumbras y me pasmas... por eso, cuando te miro, tengo que ponerme anteojos ahumados y tomar los antiespasmódicos.

Si no te alejas del país donde moras, en él habrá flores... perfumes... harmonías...

Si vienes al mío, cantarán los pájaros, y el viento saludará tu llegada y se lo contará a las flores, y el arroyo te besará los pies, y zumbará el diminuto insectillo en los vallados, y el bosque te acogerá en su seno...

Paloma mía, dulce compañera mía, *barbiana* mía... ¿dónde estás?... Tu hermosura es harto deslumbradora para que estos ojos, cansados de llorar tu ausencia, la vean de una vez... ¡ay... ay... ay!... yo me consolaría con verte nada más que la punta de las narices...

Yo soy el trovador que en la solitaria noche tañe melancólicamente (*) la cítara clásica debajo de tu ventana. Vive mi espíritu con el aliento del tuyo... me

(*) Por si no comprendes el significado, te daré la etimología: *mélan*, *mélon*, melón; *cólica* en griego, es cólico en castellano: esto es, cólico de melones, porque al primer trovador le dió un cólico de melones o de calabazas, estando cantando a su amada. Esto fué en los tiempos de Grecia.

alimento con las ilusiones de mi demente fantasía... con los suspirillos de tus labios... y con el chorizo y el jamón de la despensa, que son, en este país, aun mucho más clásicos que la cítara.

A la brisa le pido nuevas tuyas... ayer me trajo un suspiro de tu boca; mis labios le adormecieron y en ellos pasó la noche como el niño que se duerme arrullado por su madre y velado por el ángel, que hace mecerse mansamente la cuna con el roce de sus alas nevadas y blanquísimas.

Nuevas tuyas le pido también a la tórtola que vuela por el monte; se las pido también a la inocente palomita que arrulla en el alero del tejado de la blanca y poética alquería, y a los gorriones que escarban en el corral de mi casa. Ayer también alcé mis ojos hacia el blando nido que la amante golondrina ha colgado de mi ventana, para preguntarle por ti... ¡ay... ay! si me descuido me pasa lo que al buen Tobías.

Adiós... adiós... bien mío... corazón mío... lucero mío... Cuando la noche tienda la negrura de sus alas sobre mi cabeza... yo tenderé también mi cuerpo sobre mi petate y... a dormir.

Acuérdate del que llora lejos de ti. Enjuga las lágrimas del ausente con un recuerdo, con una mirada que tiendan esos dos abismos negros que dan luz sobre mi país para que canten los pájaros, y broten las que aquí son siempre-muertas, y florezcan las campanillas de la cañada, y broten los morados tomillitos de la sierra, y juegue el agua en los cauces de los arroyos, que van a secarse, si Dios no hace que llueva pronto (*)...!

. . . .

(*) Lo dejo ya, porque es demasiado poema, y se acaba el papel; pero en verdad me daba lástima dejar este pliego en blanco.

Bajemos el diapasón. De seguro que dirás ¿y hay quién se gaste un rato en escribir tales mamarrachadas? Y yo te contesto: pues sí, amigo Casto, yo. Yo para distraer el mal humor, que a veces me consume.

De modo que ya lo sabes; cuando estés distraído y quieras aburrirte un poco, yo te *inviaré* alguno que otro trocito, como el adjunto, del poema colosal que titulé «Las lágrimas del ausente».

Ahora espero, pero enseguida, una relación en cuatro pliegos de los estupendos sucesos de que me hablas. Que así como ahora me he pasado un rato *tal cual*, entonces pasaré otro mejor y sin oir tanto disparate como los de esta mi segunda parte,... porque en la primera no soy yo, es mi corazón el que ha hablado.

Es siempre tu amigo

El Solitario.

11 de Abril 1890.

CARTA 12.ª

Sr. D. Antonio García.

Querido Antonio: Hoy mismo escribo a nuestro común amigo Casto con el mismo objeto que a ti; para que hagáis un sacrificio de amistad que yo os exijo y vengáis a pagarme —como es justo hasta dentro de la esfera de la etiqueta— la visita que hace ya un año os hice a los dos.

Que tengan ésta por suya tus padres, a quienes harás presente los vivísimos deseos que me animan solicitando de vosotros lo que ya te he dicho más arriba.

El sacrificio que os exijo, en su parte... *pecuniaria*, es tan exiguo, que no merece los honores de ponerlo como un obstáculo ante mi *real* consideración. Por lo demás, el verano dispensa a los españoles, —a no ser a los pobres labradores, etc.,— del cumplimiento de ninguna clase de deberes, porque es la época de la holganza humana (al contrario de las hormigas y lo mismo que las chicharras).

¡Qué dicha, qué alegría si a los dos os viera en mi pobre casita este año! Quedaría altamente agradecido de vuestra leal amistad y jamás olvidaría ese vuestro sacrificio, que no tendría con qué pagar sino con una verdadera y cariñosa y franca hospitalidad.

No sé como decírtelo para que te veas obligado a cumplirlo, querido amigo mío; en nombre de mi familia, —que me da recuerdos para la tuya— en nombre mío y en nombre de nuestra amistad, te lo suplico.

No quiero hablarte de asuntos distintos a éste.

Da recuerdos a tu apreciable familia, pero dale también con tu primera carta un alegrón de los mayúsculos a tu amigo

José María.

Guijuelo, 28 de Junio 1890.

A LA MUERTE DE MI HURÓN

(ELEGÍA IMPROVISADA... Y ASÍ SALDRÁ ELLA)

A mi muy querido amigo D. Ignacio
Toledano, compañero de excursiones
Ciquielunas (*).

Lágrimas tristes que corréis a ríos
por estos ojos míos
que son testigos de mi infausta suerte,
¡Corred hasta el sepulcro abandonado
del amigo adorado
que sin piedad me arrebató la muerte!

¡Depositad sobre su tumba fría
la fúnebre elegía,
que le dedica un corazón sensible.
Verted por él inconsolable llanto,
y que este humilde canto
le sirva de corona inmarcesible!

¡Pobre *Ciquiel!* de tu olvidada fosa
yo grabaré en la losa
un cantar que dirá de esta manera:
«Aquí yace un hurón noble y honrado,
que era el *Sultán* llamado
por los conejos de la sierra entera.

(*) Debo a la amabilidad de dicho señor el permiso para publicar esta humorística poesía.—(N. del E.).

Músico pobre, gárrulo y sencillo,
mi pobre *Ciquielillo*
tocaba el cascabel con cierto arte;
mas le hicieron dejar el instrumento,
y a lo mejor del cuento
se nos fué con la música a otra parte.

De mi pueblo en la sierra solitaria,
en vez de una plegaria,
resuenan mil canciones a lo lejos,
y es porque, del vivar en el encierro,
te cantan el entierro,
con cruel regocijo los conejos.

En su morada subterránea y fría
celebran una orgía
en honor de tu muerte, *Ciquielillo*.
¡Ay de todos si tú resucitaras
y el cascabel sonaras
de repente a la puerta del pasillo!

¿Oyes qué ruído en el vivar retumba?
¡Álzate de la tumba
porque están de tu honor haciendo trizas!
Preséntate en la sala de sesiones
y empieza a pescozones,
porque están injuriando tus cenizas».

*
* *

En más de cuatro vivares,
cuando tu muerte supieron,
los conejos se reunieron
en cónclave fraternal,
para celebrar la muerte
de aquél que cuando vivía
clavaba... donde podía
sus colmillos de chacal.

De un vivar sobre la puerta,
cuando tu muerte supieron,
con las uñas escribieron
este infamante cartel:
«Durante dos o tres meses
en todos estos *bibales*
se cantarán funerales
por el *tísico Ciquiel*».

¡Infames! Si del sepulcro
tu hociquillo levantaras,
cuán pronto desbarataras
ese cónclave infernal,
donde te insultan tan sólo
porque cuando tú vivías,
cortésmente les pedías
la cédula personal.

En otro vivar del monte
celebraron una orgía,
y al rayar la luz del día
se reunieron en sesión;
y unánimes acordaron
salir de su obscuro encierro
para cantarte el entierro
en solemne procesión.

¡Qué canallas! ¡Qué guasones!
Todos ser curas querían
y méritos aducían,
de su pretensión en pro:
—¡Yo he escapado cuatro veces!
—Pues de poco V. se queja:
—¡A mí me rasgó una oreja!
—Y a mí también me *atentó!*

—¿Qué vale eso que tú dices?
Yo, al salir por el pasillo,
me lo encontré de narices
y nos liamos los dos;
y, si me descuido un poco
y no encuentro a la carrera
la puerta de la escalera,
¡me divierto como hay Dios!

—¿Y yo, que estaba en el patio
arrancando una retama?...
—Y yo, que estaba en la cama
cuando en casa se coló?...
—Pues eso no es nada, hermanos,
¡yo tengo un ojo vacío
y tengo un *labio partío*
de dos besos que me dió!

En fin, allí se increparon
en forma insolente y dura,
y al cabo el cargo de *cura*
se sometió a votación;
votaron alborotados,
y aquél del ojo vacío,
aquél del labio *partío*
fué *cura* en la procesión.

¡Pobre *Ciquiel!* ¡Si supieras
cuánto de ti se rieron!
Todos del vivar salieron
ansiosos de retozar;
y al brillar del alba pura
los resplandores rosados,
ya estaban todos formados
a la puerta del vivar.

Todos en los pies traseros
encabritados andaban,
y con las manos llevaban
insignias de procesión;
Uno con la manga fúnebre,
que era un trozo de retama,
y otro con una gran rama
de tomillo por pendón.

De una agalla perforada
hicieron un calderete,
y un conejillo vejete
¡qué disparate hizo en él!
Y dos muy tiesos llevaban,
en los hombros sostenido,
un palo seco tendido
que simulaba *Ciquiel.*

El *cura*, aquel cura tuerto
que era más feo que *Tito*,
sólo llevaba un palito
que en hisopo convirtió;
y el libro de los latines,
que llevaba un monaguillo,
era un forro de un librillo
que algún cazador perdió.

En dos hileras muy largas
se fueron acomodando,
y el gori-gori cantando,
tendióse el cortejo aquel
hacia un barranco relleno
de estiércol amontonado.....
¡Era el sitio destinado
para enterrarte, *Ciquiel!*

Dos conejos con las uñas
abrieron tu sepultura
en el montón de basura,
chirriando de dolor;
mas luego que estuvo abierta
y en ella tu efigie echaron,
como locos empezaron
a bailar alrededor.

¡Qué escándalo! el *cura* tuerto
te dió tales hisopazos,
que sobre ti en dos pedazos
roto el hisopo quedó;
y aquél que llevaba..... aquello
metido en la caldereta,
hizo al aire una pirueta
y encima de ti lo echó.

El monaguillo del libro,
que era el de la oreja rota,
hasta hizo horrible chacota
de los latines también;
pues cantaba dando saltos:
«*¡Non haberis mas mordiscum!*
¡Ciquielibus morium tisicum!
¡Requiescant in pace, amen!»

Y hubo conejo insensato,
que por reir más de prisa,
hasta se meó de risa
sobre el palitroque aquel;
y hubo coneja guasona,
que la boca te llenaba
de píldoras que sacaba
de... no sé dónde, *Ciquiel.*

Cansado por fin el *cura*
de aquella danza maldita,
con alegría inaudita
tierra al palitroque echó;
holló y echó más de nuevo,
para hacer mayor la carga,
y con la uña más larga
este epitafio escribió:

«Aquí yacen los restos asquerosos
del tísico *Ciquiel.*
Por mí, que se lo lleven los demonios,
si es que pueden con él...
....
Y caiga un rayo en el sepulcro negro
de este ladrón sin par,
¡no haga el diablo que un día este asesino
vuelva a resucitar!»

J. M.ª G. y G.

CARTA 13.ª

Sr. D. Casto Blanco Cabeza.

¡Pobre Casto! ¡pobre Antonio!: ¡Tanto tiempo sin saber nada de su fiel y leal amigo Galán!

¡Ay, si supiérais lo que he sufrido después de recibir vuestra última carta!

Sí; cayó la desgracia, que he tenido sobre lo más sagrado que, después de Dios, existe para mí en el mundo; sobre el sér a quien más adoro; sobre mi adorada y buena madre.

Aún está, aún está, y estará por bastante tiempo, en el lecho del dolor, a consecuencia de una terrible caída que en casa sufrió; caída que le produjo una bárbara contusión, de cuyas resultas aun no saben los médicos si estará fracturado el fémur derecho, aunque se inclinan a creer que no.

¡Imaginaos, queridos amigos, imaginaos el bárbaro disgusto que yo recibiría al leer la carta que un criado de casa me trajo inmediatamente a este pueblo, diciéndome que mi madre, mi querida madre, «quería ver enseguida a su hijo José María».

Monté acto seguido en el caballo que me prepararon, y que cuando llegué a Frades no podía ya moverse; y me fuí a poner a la cabecera del lecho de mi

madre, donde he permanecido más, bastante más, de lo que mis deberes en este pueblo podían dispensarme.

Hoy, ya de regreso, aunque fatigado y rendido —más moral que materialmente— os escribo para deciros que estoy sufriendo horriblemente; que no vivo una vida natural, como los demás amigos que aquí me rodean; que tengo deseos, muchos deseos de llorar; mejor dicho, ya que sois amigos de mi alma, os diré que en este momento estoy llorando, y no veo las letras que os escribo, porque estorban las lágrimas que enturbian y ciegan estos pobres ojos, que acaban de ver la desgracia al lado de la felicidad...

* * *

Dios mío: ¿por qué en medio del concierto de la dicha, se ha de llegar a oir siempre la nota sorda y horrible de la tristeza más cruel? Por qué entre los colores del cuadro de la felicidad, ha de venir a resaltar siempre el negro color del infortunio?

Todos, todos, todos los sueños de dicha que yo gozaba, han caido destruídos por su pie, y toda mi felicidad se acabó, y todas mis esperanzas de ser, como hoy lo era, un hombre feliz, se arruinaron, y hoy, en fin, soy un pobre desdichado; pero bien lo sabe Dios, bien lo sabe Dios, que yo no lo siento por mí, porque yo sé tragarme las grandes dosis de amarguras que la desgracia da al hombre, con la resignación más sobrada; pero lo siento por mi madre, por mi madre, porque es el segundo sér a quien más idolatro; y si lo que forjo en mi mente, la idea espantosa que trabaja hoy mi imaginación, llegase a ser una realidad, que Dios no permitirá, entonces, yo no sé, yo no sé qué sería en el mundo de este pobre

desdichado, a quien sólo Dios sabe qué es lo que le estará esperando.

* * *

Perdonadme vosotros si casi me olvidaba de que os estaba hablando. Mientras no pienso en nada, estoy bien; pero cuando me pongo a meditar en lo que hoy me tiene ahogado de lágrimas, pinto tales cuadros, tales horizontes delante de mi vida actual, que no sé ni lo que digo ni lo que hago.

Por la cariñosa amistad que nos une, os pido que recéis, que siquiera una vez le pidáis a Dios la salud de mi madre conmigo; que yo haré lo mismo cuando a vosotros os atosigue la desgracia. Os lo pido, os lo ruego, os lo suplico en nombre de esta tan cariñosa y leal amistad que nos liga a los tres. Porque tengo aprendido de la santa religión que mi madre me enseñó, que todos somos hermanos y que las oraciones de los hermanos para los hermanos valen mucho, valen mucho y Dios las atiende mucho. Vosotros sois buenos hijos y gozáis también de la dicha de tener madre ¡y ya sabéis lo que es una madre! pero ya sabéis también lo que es un hijo, cuando está a riesgo de perderla!

Quizás yo no lo esté, pero esta imaginación loca y atormentadora así me lo hace creer a veces, y así me lo pinta con colores negros y espantosos.

Pedid a Dios por la salud de mi madre, no ya por ella, sino por mí; y cuando la de alguno de vosotros se encuentre en riesgo de ser arrebatada de la vida, decídmelo a mí, que yo os daré a vosotros algún consuelo y a ella una plegaria, para que Dios la arranque de las garras de la muerte y os la devuelva.

Díselo a mi querido Antonio y Dios os premie con

el cielo si hacéis lo que os pido; que sí, lo haréis, porque no sé yo que no hará un buen amigo, que otro buen amigo le pida y le suplique.

José María.

16 Diciembre 1890—Guijuelo.

Acabando esta carta recibo noticias de casa y carta del médico de cabecera, y me dicen todos que mi madre continúa algo mejor.

¿Será por tranquilizarme?

Dios quiera que no. No puedo escribir más. Adiós.

CARTA 14.ª

Querido Casto: Como ignoro a qué obedece esa tardanza en contestar a mi última, (*) vuelvo de nuevo a escribirte con la sola intención de que me correspondas enseguida, porque, a la verdad, no merezco que me trates como me estás tratando.

Si estás enfermo (Dios no lo quiera) que me lo diga tu papá; sino lo estás ¿por qué no me escribes? No te gustó mi último sermón? Pues a trueque de no disgustar a mi amigo del alma, me retracto de lo dicho y retiro en absoluto cuantas palabras hayan podido molestarte, querido mío.

Y eso que no me agrada que entre amigos, que son *amigos*, haya ofensas, aunque leves, producidas por una *repasata*, o llámalo consejo, o llámalo riña o sermón.

Tengo en el mundo tres amigos; uno en Castilla y dos en Galicia.

Hace hoy un mes que le escribí a Antonio una carta, extensa si las hay, con más letras que arenas hay en Riazor, con más protestas de cariño que espigas de trigo hay en mi tierra ¡y el buen Antonio tan fresco!

En el mismo día, y a la misma hora, le escribí a Castito otra epístola tan larga... como la de San Pablo; tan sincera como la misma persona que la dictó;

(*) Que, desgraciadamente, no llegó a su destino, como otras varias.

tan dulce como el azúcar y tan agria como el vinagre. En ella le daba cuenta de todo; le pinto con brocha gorda sus pensamientos más profundos, sus ideas más recónditas, sus instintos de *venganza* hacia él, sus ratos de aburrimiento sin él, sus horas de nostalgia sin él, sus días de cruel cansancio y atormentador hastío sin él... durante un eterno verano de esos que enervan los sentidos y embrutecen el espíritu... ¡y el buen Castito, tan fresco!

Y volví a escribir a Antonio, reprendiéndole por su tardanza en contestarme, llamándole olvidadizo, rogándole por favor que me contestara a cuantas preguntas le hacía, que me dijera si estaba enfermo, que me diera noticias de esa querida tierra, ¡todo lo cual no ha impedido que el buen Antonio siga tan fresco!

Y vuelvo a escribirte a ti, y torno a decirte que me contestes ¡siquiera por cortesía, por delicadeza, por distracción o por lástima!

Y, como dijo ya la famosa poetisa de antaño, digo yo ahora que

«sin apagar de mi cariño el fuego
vuelvo de nuevo a lamentarme a solas»,

para ver si me oyes; y si no me oyes, tendré que parodiar a la otra poetisa de la tierra de las aceitunas y de las jaras que decía *con mucho aquél:*

«¿Cómo te llamaré para que entiendas
que me dirijo a ti, dulce amor mío...»

Y diré todas estas cosas, pero... ¡yo creo que todavía el bueno de Casto seguirá tan fresco!

....

Me admira vuestra frescura. Os propinaría de bue-

nas ganas cuatro arrobas y media de antipirina, a ver si así entrabais en reacción.

Porque, francamente: ¿no te parece *bonito* que yo no sepa qué te ha ocurrido después de tus oposiciones, y que *todavía ignore* si vives en San Saturnino, o en Narón, o en la celebérrima ciudad de Tuy? ¡Qué vergüenza! ¡qué vergüenza, Dios mío!

O me escribes con puntualidad y frecuencia, o te asedio y te desespero, porque encontrarás cartas mías hasta en la sopa. Elige y piénsalo bien, pues te importa.

Porque te quiere más de lo que piensas tu amigo

José María.

Recuerdos mil a tus buenos papás y demás gente, y no te olvides influir con Antonio para que conteste a las dos cartas que le tiene escritas su amigo

Galán.

Guijuelo 25 de Enero de 1891.

CARTA 15.ª

Querido Casto: Estoy recién confesado y estoy santo. En tal estado contesto a tu tan esperada carta con dos principales objetos: el uno es manifestarte que el día 19 de este mes que corre brindé por tu felicidad y por la mía.

El otro es inspirado por mi estado de ánimo, tranquilo y sosegado después de haber pasado la mañana en la casa de Dios, cumpliendo con uno de los principales deberes del cristiano.

Quiero hablarte algo de mí.

Quiero decirte que al hojear en mi mente las páginas de la historia de mi vida durante el año pasado, me he espantado de mí mismo. Te hablo como a mi confesor (*).

Al sentarme hace pocas noches a mi mesa para descansar un rato en la carrera de mi vida, y echar hacia el pasado una ojeada retrospectiva, estremecieron mis entrañas las picadas de mil remordimientos, y solamente me dió valor para resistirlas, el dulce calor del más sincero arrepentimiento. Eché una mirada sobre mí mismo y me desconocí, y casi me odié, por-

---

(*) Creemos que no sea de ningún modo indiscreta la inserción de esta carta que hace resaltar más y más la delicadeza de alma, la escrupulosidad de conciencia, la rara virtud, en nuestro santo amigo, juzgándose a sí mismo con inaudita severidad por algunas bien leves ligerezas y bromas de muchachos.—(N. del E.).

que el José María que ví delante de mis ojos, no era aquel José María cristiano y bueno que siempre, o casi siempre, tuvo la virtud por guía de sus acciones; lo que yo ví delante de mis ojos era un muchacho pervertido y extraviado, con la desvergüenza en la boca, con la altanería y la vanidad más necia en la frente y con la lacería del pecado en el alma.

Sí, Castito. Aparte de otras cosas cuyo sólo recuerdo me espanta, llevo más de un año, no solamente alejado por completo del estudio, al cual tuve en tiempos que ya pasaron regular afición, sino viviendo la vida de la *juerga* desordenada y loca, consumiendo lo mejor de mi vida en inútiles devaneos, que sólo la risa te producirían si yo te los contara; gastando mi organismo lentamente con estúpidas rarezas y peligrosas locuras, que nada bueno traen tras de sí, a no ser el paulatino desgaste de las fuerzas vitales, que consumidas en otras esferas hubiéranme dado resultados más halagüeños y más prácticos.

Aquí formamos a veces *una especie* de tertulia literaria donde preferentemente se cultiva la sátira que hiere, el epigrama que sangra, la alusión envenenada y el chascarrillo que insulta... los versos insolentes y audaces... todo lo malo, con tal que el chiste *resulte!*.....

He cultivado las rarezas más ridículas, la excentricidad más estúpida, pero una excentricidad sistemática y pertinaz, que obliga a hacer todo aquello que produzca más aburrimiento, mayor fastidio y más grande molestia. Y así como a otros, y a mí mismo en ciertas ocasiones, les da por remontarse sobre su esfera verdadera, a nosotros nos ha dado por llegar al último grado del relajamiento social.

Quién me hubiera visto tantas veces acompañado de unos cuantos que son la *hig-lif...* sentados alre-

dedor de una lumbre medio apagada, rendidos y soñolientos, pero persistentes en nuestros bárbaros propósitos...!

Y que esto se haga una vez al año... menos mal, pero que se lleve a cabo... por sistema, por empeño, por capricho... ¡Vamos, que es altamente vergonzoso!

¡Ah! ¿Y eso de buscar *ad hoc* la noche más cruda y triste de invierno, o una de esas noches sin atractivos, sin motivos para divertirse, noches *muertas de suyo* que parecen venidas *para que cada cual se esté en su casa:* y pasárselas enteras corriendo de calle en calle y gozando más cuando menos nos divertíamos!... ¡vamos que eso es de seres irracionales! Por eso cuando la luz del día (mortecina y abrumadora para el que no se ha acostado) alumbraba nuestras caras amarillas y descompuestas y nos mirábamos los ojos con fijeza, nos daba, aunque nada decíamos, algo así como vergüenza; el chiste o la agudeza dicha por alguno, siendo de noche, y coreado por todos con risotadas interminables, nos parecía de día triste y antipático; y cuando con la guitarra sin cuerdas a la espalda, como comparsa de ciegos en feria, con el amargor en la boca y la pesadez en los miembros, nos despedíamos para ir cada uno a su casa a descansar un momento, sentíamos, por lo menos yo, pequeño remordimientillo en el alma y gran envidia a los aldeanos que abrían ya sus puertas y salían silboteando a trabajar, alegres, sin la inquietud mía en el corazón, y con el cuerpo fortalecido por el descanso y el sueño. ¡Qué camas me pintaba entonces mi mente!.....

....

Tan grande como es el extravío debe ser siempre el arrepentimiento, tan grande como es la culpa debe

ser firme el propósito. Y mi propósito creo que es firme, si Dios me ayuda.

Voy a consagrar todas mis fuerzas al estudio, a ver si puedo ser algo más de lo que hoy soy. Todos vamos a hacernos viejos metodizados, para imitaros a vosotros los positivistas, que entendéis la vida mejor que nosotros mil veces...

La cuestión era hacer algo que no sea bien hecho. Por eso hace unos cuantos días salimos a tirar al blanco con los fusilones de la guardia civil, a caballo; y el mío (el caballo) se desbocó con mi personilla encima, se cegó corriendo, y a lo mejor del cuento (que lo cuento por milagro) se partió el freno, saltó el caballo la pared de un cercado, se dirigió sin saber lo que hacía a un grupo espeso de robles, se zampó por entre dos que no le daban lugar a pasar y... ¡ay mi pierna derecha! Aunque no me cayó, me hice dos heridas en ella contra el tronco del roble, y el caballo quiso caer con la frente el tronco de otro, que se puso por delante; pero afortunadamente para mí, botó como una pelota hacia atrás. ¿Crees que me arrepentí? Pues *entadía* me volví a montar cojeando, antes de que llegaran los otros, que venían tras de mí a todo correr; y, sin freno y sin nada, le dí al caballo tres gruesas de carreras, que lo dejaron bueno y manso.

Te digo que si me dejo despedir de la silla, me mata. Es un potro de tres años de un amigo mío; pero tan bravo (el potro) que hace seis o siete días se ha vuelto a desbocar con otro ginete encima. ¡Oh, si mi mamá lo supiera!...

En fin, vale más tarde que nunca. A los arrepentidos quiere Dios.

* * *

Antes de ayer apadriné un niño de los dueños de la casa donde vivo. Tuve en casa cuarenta convidados me gasté... unas perras, y nada más.

Nunca me hablas de Esperanza. Ni de tus grandes proyectos para el porvenir, ni de cierta clase de aspiraciones, ni de cierto género de pensamientos. Si los tienes ¿por qué me los ocultas? Si no los tienes ¿habrás dado un paso atrás en el camino que ha tiempo habías emprendido?

Ando en este asunto sumergido en un mar de dudas... vamos, casi tan alborotado como el que se comió quinientas presas de carne del «Utopia».

Aquél sólo Dios podía calmarlo; el mío puede sosegarlo una carta tuya.

Que es esperada por tu siempre afectísimo

José María.

Devuelve mis recuerdos a Angelito...
Adiós.

Guijuelo y Abril 1.º 1891.

SUSPIROS

Solo, triste, perdido sin sosiego
Del mar del mundo en las inquietas olas,
Sin apagar de mi dolor el fuego
Vuelvo de nuevo a lamentarme a solas.

Ha tiempo ya que entre celajes de oro
Hermoso edén en mi ilusión soñé.
¿Quién mi ilusión arrebató?... lo ignoro
¿Quién goza en mi martirio?... no lo sé.

Yo sólo sé que mitigar deseo
Este pesar que arrebató mi calma;
La causa de mi pena no la veo,
Y sin embargo me desgarra el alma.

Tal vez será que el alma se lamente
En fuerza de sufrir, ya sin motivo;
Pero mi pobre corazón no miente
Y me hace ver las penas en que vivo.

Nadie comprende, porque a nadie importa,
Las tristes penas de mi vida amarga;
Vida que en dicha y en placer es corta
Y en desventuras y en sufrir, muy larga.

¿Quién causó mi placer? un sueño necio;
¿Con quién soñó mi alma? con mi bien.
¿Quién causó mis angustias? su desprecio;
¿Quién mató mis ensueños? su desdén.

En medio de mi pena y desconcierto
No tengo nunca un cariñoso amigo
Que me enjugue las lágrimas que vierto
Y se venga a llorar también conmigo.

Aunque lo quiera y aunque así lo anhele,
No ha podido encontrar el alma mía
Ningún amigo fiel que me consuele
Cuando yo le contase mi agonía.

Siempre sufriendo mi cruel martirio
Turbado veo mi soñado edén,
Y la niña que amaba con delirio
Ha pagado mi amor con un desdén.

Su mirada de angélico candor
No quiso mi pesar calmar jamás.
¿Y con qué la he pagado?... ¡con mi amor!
¿Y cuál es mi venganza?... ¡amarla más!...

J. M.ª G. y G.

CARTA 16.ª

Guijuelo 4 de Noviembre 1891.

Mi buen Casto: Si esta carta no corre la suerte de las demás; si al fin llegase a tus manos, recibe con ella la expresión más pura del sentimiento amargo que comprime el corazón de tu amigo, desde que ayer recibió la tarjeta de defunción de Merceditas, que se fué al Cielo.

El día anterior recibí también tu última carta fechada allá en 1.º de Octubre. ¿Quién se opone a que nos hablemos? Allá va como testimonio de mi veracidad, un pedazo del sobre sellado ¡en Nava de Béjar! (*) Ha venido por el Sur de mi provincia. ¡Cuánto habrá corrido! Igual o peor suerte habrán corrido las mías dirigidas a ti y a Antonio, cuyas contestaciones aun no he recibido.

Hablaremos de esto otro día.

Rogué por tu hermanita a Dios, cuando ya estaba con Él. Hoy, sin embargo, le pido un pedacito de Cielo para ella, fuerzas para el espíritu atribulado de tus padres y resignación para ti.

Bien sé que cuando lleguen a tu alma estos con-

(*) Véase como andaba nuestro correo! Con frecuencia desesperante se extraviaban, o se perdían para siempre, las preciosas cartas de Galán, y hasta nuestras pobres contestaciones.—(N. del E.).

suelos tardíos, habrás llorado mucho a tu hermana; habrás sentido en el corazón la punzada cruel de los verdaderos dolores de la vida, junto con la pesadez profunda y aniquiladora de esas negras penitas, que nos envía el que más tarde nos dará su gloria. Todo esto es natural y te ennoblece.

Lo que no quiero suponer, porque no quiero que lo hagas, es entregarte tú mismo de lleno al dolor, atormentándote *tú mismo* con él, en vez de procurar esquivarlo cuando sobrepasa límites determinados. Porque tú no te perteneces. Y creo excusado casi decirte, porque tú lo comprendes, que tus energías son necesarias para otras cosas ahora. De ellas precisas para sobreponerte con espíritu fuerte y alma grande a tu dolor, y atenuar en lo que puedas el de tu madre, que es el dolor de los dolores.

Aunque sólo humanamente consideremos a nuestra Santísima Virgen María, no nos formaremos aproximada idea de su amargura cuando exclamaba sin su Hijo: «Atended, hombres, y ved si hay dolor que se iguale a mi dolor».

Solamente pensando en lo que nosotros sufriríamos por la pérdida de nuestras madres, y considerando encima, aunque no nos lo parezca, que sus almas guardan más cariño hacia nosotros que las nuestras hacia ellas, llegaremos nada más que a concebir, y acaso incompletamente, lo que pasará por ellas con la pérdida de un hijo.

Calcula luego que el dolor por la pérdida de un sér querido, es proporcional al cariño que hacia él se tiene, y comprenderás cuán necesitada estará de consuelos una madre a quien le arrebatan un pedazo de su alma.

Aparte de que, como buen hijo, necesitas para lo

que te dejo indicado, tus vitales energías; como hombre, y como hombre cristiano, es menester que conserves, aun dando a los sentimientos del corazón algo de lo que es suyo, la serenidad de espíritu y la fortaleza de ánimo propia de las almas bien templadas y suavemente empapadas en el aroma fortalecedor de la fe y de la Religión.

Seguro, segurísimo de que tal harás, no te molesto más con consideraciones, que no sé si producirán efecto contrario del que me propongo, con lo cual sufriría no pequeño disgusto.

Escríbeme en seguida, en seguida, que tengo varias cosas que decirte.

Y no olvides que se apropia para sí parte muy buena de tu sentimiento

José María.

CARTA 17.ª

Querido Casto: No sé cómo empezar una carta que no debiera escribir. Te dí cuenta oportuna de mi pensamiento de hacer oposiciones en la convocatoria del pasado Noviembre, te dí las señas de la casa donde me instalé en Salamanca, empecé los ejercicios, los continué y los concluí, y una sola letra tuya no ví que me diera ánimos y fuerzas para la lucha (*).

Antes de mi última escribí otras dos; una con motivo de la infausta desgracia que os aqueja con la muerte de Merceditas, que está en el Cielo, y otra para tus papás con el mismo tristísimo motivo, procurando dar algún consuelo a su espíritu atormentado por tan rudo golpe.

Nada me extraña el silencio de tus papás a mi carta-pésame, que iba también firmada por los míos, porque su dolor les dejaría sin gusto para nada. Mas, aunque a ti te ocurriese lo propio, debiste contestarme (**), sobreponiéndote a todo para darme una parte del dolor que a ti te aquejó. Te perdono, a pesar de todo, porque de todo eres digno en circunstancias normales, cuanto más en las tristes porque has atravesado.

¡Pobre Merceditas!... Aunque renueve en parte tu pena, permíteme que recuerde los ratos de alegría

---

(*) El correo extravió la contestación.—(N. del E.)

(**) Idem, idem.

(que tampoco yo gozo con recordarlos) que pasamos a la puerta de tu casita, en las noches de aquel verano de eterna memoria mía!...

Si algún día vuelven mis pies a hollar el suelo del país que me recibió como a su propio hijo, ya acudirá a mi cabeza un recuerdo triste ¡sólo uno! entre todos cuantos me traje y dejé en tu patria.

«¡Qué le hemos de hacer!» «¡Sea lo que Dios quiera!» «¡Paciencia!» Estas frases, que son las tapaderas del dolor que hierve debajo de ellas, son las únicas que brotan de mi boca cuando me duele el corazón.

No sé qué decirte que tú no sepas.

En determinadas ocasiones, si a decir me pusiera, diría quizás herejías sin saberlo.....

....

Y descendiendo desde las cumbres de las ideas incomprensibles, de las cosas que no compagino con otras cosas, a los pedregosos valles de la vida práctica, te diré que, terminadas las oposiciones, me dieron el primer lugar entre los 68 aspirantes presentados.

Elegí la villa, o la ciudad o lo que sea, de Piedrahita, en la provincia de Ávila, y allí me tendrás (cuando me envíen desde la Corte el nombramiento), con más sueldo, más distancia a mi pueblo (nueve leguas) y más penillas por consiguiente; pero con el mismo corazón, con el mismo, sino más, cariño hacia ti, que no te puedo olvidar, aunque quisiera.

Ahora estoy malo. Efecto acaso de los malos ratos que me llevé antes de las oposiciones, ya cien veces nombradas, hay en mí un desequilibrio a consecuencia del predominio del sistema nervioso; ¡porque has de saber que estoy casi siempre nervioso!

Cuyo desequilibrio o lo que sea, me produce fuer-

tes y continuados dolores, variables, pero que radican casi siempre en los huesos de la cara y a veces en el pecho, haciéndome creer, cada vez que en tal sitio se presentan, la visita de una fulminante pulmonía que en pocos días dé conmigo en la tumba ¡Dios quiera que no!

Por si acaso, escribe pronto a tu

JOSÉ MARÍA.

Hoy 1.º de Febrero de 1892.

Mil recuerdos a tus papás.

CARTA 18.ª

Piedrahita 4 de Mayo de 1892.

Mi buen Casto: Hace 15 días que llegué a esta villa avilesa y los he pasado hospedado en una mala posada hasta hoy, que he podido, por fin, instalarme en la magnífica casa que me da el Ayuntamiento para vivir.

Aquí la tienes; es toda tuya desde las tejas hasta el cimiento, y creo que así lo considerarás sin que yo invente cumplidos y etiquetas.

He tenido más de veinte días en Frades una carta escrita en contestación a tu última, y no te la envié esperando venirme de un día a otro a Piedrahita y escribirte ya desde aquí dándote algún detalle de esto.

Hoy llevo escritas *nada más* que 18 cartas de ofrecimiento, como comprenderás, y he dejado la tuya para la última esta noche, con el fin de dedicarte más tiempo que a los demás.

Vivo como te digo, en mi casa, acompañado por un honrado matrimonio sin familia, que he buscado para que me cuide y me dé de comer.

Me tratan muy bien, aunque verdad es que también lo pago bien...

En mi anterior (la que no he echado al correo) te daba cuenta, entre otras cosas, de una de altísima importancia para mi familia: la próxima boda de mi hermana Carlota.

Sí, hijo mío; se me casa la segunda y última hermana que aun estaba al lado de los pobres papaítos, que se van quedando ya solos en el nido. ¡A eso llaman leyes de la vida! A dejar los pájaros, cuando ya pueden volar, a los padres que los criaron!...

Dejemos también esto.

Con la Carlota tenemos un consuelo, que no hemos tenido con Enriqueta, la mayor, que no sé si recordarás que está casada en un pueblo que dista tres leguas del mío. Carlota se queda en el pueblo donde nacimos. Y ahora te hablaré del que va a ser pronto hermano mío. Es el médico de Frades.

Hace ya tres años que está desempeñando su profesión en él y, como joven todavía, es el primer pueblo en que ha ejercido, después de terminada su brillantísima carrera.

¡Y no vayas a creer que lo alabo porque va a ser mi hermano! Si otra cosa fuese, por gravedad que revistiera, yo te la diría a ti como se lo diría a un confesor.

Es, en verdad, un talento en su profesión; pero un talento de verdad, no de aparato.

Constantemente fué el número 1 en la Escuela de Medicina de Salamanca, de cuya capital dista su pueblo una legua; y en su hoja de estudios no hay más notas que la de sobresaliente, habiendo obtenido además matrículas de honor y cuantos premios por oposición se dieron en su época.

Desde el día que llegó a Frades, antes de conocer todavía a mi hermana, he sido su amigo de confianza; quiero decir que conozco su fondo moral, y excusado es decirte que si no me satisficiera, no consentiría que la boda se realizase. En tres años de íntimas relaciones de amistad, hay tiempo, a mi entender, de conocer a un

hombre moralmente; pero, como todos somos falibles, podré acaso equivocarme, lo que Dios no quiera que suceda. En fin, te repito el encargo que en la referida carta te hacía: reza una salve y un padrenuestro por la futura dicha de los que para siempre se van a unir ante Dios.

La boda estaba dispuesta para el 14 de los corrientes; mas por estar enferma una hermana del médico, es posible que se retrase algo.

Pasado mañana dará la justicia, en esta localidad, el triste espectáculo de la ejecución de la reo de un crimen cometido en una dehesa de este partido judicial, hace ya dos años.

¡Dios la recoja en el Cielo!

Se me olvidaba decirte que mi hermano Baldomero, que está en la Corte doctorándose en Derecho, ha practicado el 1.er ejercicio de oposición a las plazas de Abogados del Estado vacantes, y que ha sido uno de los veintinueve aprobados, entre ¡¡214!! que se presentaron. Veremos si lo tumban en el 2.º o 3.er ejercicio.

Escríbeme en seguida y mucho; y háblame de cosas tuyas que yo no me atrevo a preguntarte y que tú puedes suponer. Me tienes a media miel de noticias y de asuntos tuyos. Creo hasta que me escribes por cumplido. Si yo lo hago dos veces, tú otras dos y nada más.

¡Cuándo podrá ahogarte con un abrazo

JOSÉ MARÍA!

Piedrahita (Avila) Mayo 4-92.

CARTA 19.ª

Inolvidable Casto: Me temo que ésta corra la misma suerte que mi anterior: o extraviarse o, lo que es aún peor, no ser contestada. A no existir causa grave que te lo haya impedido (y quiera Dios que no exista), no comprendo por qué no has contestado a la referida carta, cuando en ella, entre otras cosas, te daba cuenta de mi definitivo establecimiento en esta villa, y además como asunto para mí más importante, de la boda de mi hermana Carlota con el médico de mi pueblo.

De ambos asuntos te daba minuciosos detalles y te pedía últimamente contestación pronta. Al no haberla recibido, a pesar del tiempo transcurrido, vuelvo a escribirte porque sospecho que estás enfermo o que ocurre cualquiera novedad en tu familia, porque sólo éstas son las causas suficientes para disculpar tu silencio.

¡Quiera Dios que haya sido por pereza! Y no por otra cosa.

Si por lo primero, en cualquiera forma que puedas dame cuenta de todo, porque mi alarma es muy fundada.

Si ha sido por pereza, sacúdela, hijo, sacúdela y contéstame a ésta, ya que no lo hayas hecho a la anterior.

Por si estás capaz para leer, allá vá la

Sección de noticias.

La boda de mi hermana se celebró y fué *mu lucida*, gracias a Dios, aunque como siempre, hubo algo que lamentar. Mi hermano Baldomero estaba, como sabes, doctorándose en la Corte y haciendo oposiciones a unas plazas vacantes de Abogados del Estado.

La víspera del enlace, fueron a buscarlo a Salamanca y trajeron, en su lugar, un telegrama suyo anunciando con sentimiento que no podría asistir, porque le plugo al Ilustrísimo Tribunal alterar los días señalados para el último ejercicio, (pues ya había practicado los dos primeros) y le correspondía practicar el tercero precisamente el día de la boda. Esta no pudo volverse a prorrogar de nuevo, porque los invitados forasteros, en número muy crecido, estaban ya camino de mi pueblo. Y ahí tienes la nota única triste, en medio de tanta alegría y de tanto jaleo.

Yo regresé a esta villa *cachao*, hijo mío, por haber pasado cuatro días de jolgorio y cuatro noches de bulla, sin dormir cuatro horas en conjunto.

Noticia número 2.

Y bastante gorda, por cierto. Mi hermano Baldomero ha obtenido el 7.° lugar entre los doscientos y pico opositores y, por tanto, le corresponde una plaza.

Es más, aunque se anunciaron 25 de éstas, solamente nueve o diez son las que actualmente están vacantes y que hay que cubrir en seguida. Los que hayan obtenido las demás, quedan en espera, agregados al cuerpo de aspirantes.

Como ves, mi hermano, empezará en breve, Dios mediante, a desempeñar su destino.

Ya ves que, licenciarse el pasado año y obtener en

éste, por oposición, tan buen destino, supone ¡un triunfo! para un muchacho que no *gasta* todavía bigotes.

Verdad es que no hay que juzgar su mollera por la mía, por eso de ser hermanos.

Te comunico estas cosas, porque creo que, cuando menos, no han de desagradarte.

Entre las capitales donde están las vacantes figuran Córdoba, Oviedo, Lugo, Zaragoza y Valencia. Veremos donde lo llevan. Desearía que fuese a un puerto *de mar.*

El asunto de que voy a hablarte, estaba destinado a tratarse cuando tú me escribieses, pero mis deseos respecto de él, me obligan a tratarlo en la presente misiva. A juzgar por la época, que ya está próxima, supondrás a lo que me refiero.

Como en años anteriores no han sido suficientes para moverte de tu pintoresca tierra los resortes del cariño, que en ti casi no funcionan por efecto de paulatino desgaste; he registrado cuidadosamente la colección de tus cartas, que siempre conservaré, buscando textos que den autoridad a mis pretensiones y fuerza a mis súplicas y ruegos.

Y he hallado lo que buscaba.

En ocasiones distintas, me has prometido sin rodeos ni salvedades, venir este verano a cumplir la visita que me debes. Y creo yo que todo hombre que se precie de caballero, debe cumplir lo que solemnemente promete, aunque para ello tenga que sacrificar, ya alguna de sus caras afecciones, ya sus intereses materiales... (¿)

Al menos yo lo entiendo así, y así lo hice siempre... ¡ya lo sabes tú! Seré acaso un caballero... an-

dante, como los de Cervantes; mejor: aquéllos eran los que tenían la idea pura e inmaculada de la caballerosidad, y no los caballeros de *hoy día* que son casi todos unos *faramallas* y unos *cochinos*. Yo no te tengo por tal, y creo que la negativa de tus promesas no ha de obligarme a hacer copia literal de las mismas.

Harto doloroso me es apelar a la dignidad, y no al cariño, para hacer que cumplas tus deberes... ¡tampoco de cariño! sino de pura cortesía.

¡Qué contrastes! Yo le robé a mi madre 30 días para dártelos a ti y tú me robaste a mí otros 30, cuando menos, para dárselos a las señoritas que van a tomar vientos, digo, aguas a tu pueblo. Es decir que en la lucha entre el cariño y la cortesía, venció ésta. Por eso apelo hoy a ella.

Bien comprendo, hijo mío, muchas cosas. Comprendo que, después de haberte pasado la mayor parte del año fuera de tu casita y lejos de tu familia, es casi injusto dedicar el resto del tiempo que nos dejan libres nuestras pesadas tareas, a personas que no sean tus papás.

Comprendo, hijo mío, que hay compromisos sociales, si no imposibles, al menos difíciles de evadir.

Comprendo del mismo modo, que tienes además de tu familia, otras clases de afecciones que te llamarán a voces...

Comprendo también, además de todos estos deberes, *tus mismos deseos* de volar hacia tu pueblo, que te atraerá con la fuerza que a mi el mío me solicita.

Comprendo que todo viaje, por corto que sea, trae consigo... gastos, —¡dichosos gastos!— molestias y trastornos.

Comprendo... ¡hasta que quieras dedicar la temporada del descanso a tus estudios!

Y comprendo, finalmente, que parecerá *de mal tono* improcedente, incómodo y hasta de mal gusto, que el que vive en una tierra que es el paraíso del estío, que a tantos viajeros llama, salga de ella en el estío para meterse en el horno de Castilla, calcinada por un sol insoportable, tan árida, tan triste, tan poco coquetona...

¡Ya ves si lo comprendo todo, Castito!

Pero comprendo también que la amistad sin sacrificios... es prosaica teoría.

Comprendo que es menester cultivar todas las afecciones, refrescarlas, para que no se agosten, como la espiga de trigo de mi tierra... atenderlas, porque todas lo merecen! y corresponderlas en algo... ¡para que no se mueran de la anemia del olvido! ¿Lo oyes, Casto?

Comprendo... que yo te quiero, ¿no sabes ya que te quiero? ¿no sabes ya que te quiero mucho?

Yo necesito algo ¿lo oyes? Me conformo con muy poco, y como respeto todas esas otras afecciones tuyas, les dejo para ellas la mayor parte del tiempo que yo necesitaba que me dedicases.

¡Las vacaciones duran 45 días!... Si me corresponden 8, me conformaré resignadamente con 8.

Cuento los días que tardará en llegar acá tu próxima carta, y con ansia viva la espero.

Y hasta... ¡pronto!

Te abraza

José María.

Piedrahita (Ávila) 4 de Junio de 1892.

CARTA 20.ª

4 Agosto 92.

Querido Casto: Desde el día en que cayó en mis manos tu última carta hasta fines de la pasada semana, he estado abrumado bajo el peso de unas intermitentes tercianas que el cambio de clima, agua y aires me regaló en Piedrahita. En fuerza de cuidados y de engullir altas y repetidas dosis de quinina, han desaparecido tan ingratas huéspedas, y quiera Dios que sea para no volver.

Después de lo dicho por ti en tu última y ya referida, yo no sé, hijo mío, en qué sentido escribirte ésta. ¡Me da miedo decirte nada, y me da miedo no decirte nada!

Lo que sí voy a decirte es que tengo, más que el presentimiento, la casi seguridad de que no nos vemos por ahora, hijo mío.

¡Y esto me duele, me duele; me duele tanto, que más no puede dolerme!... ¿Y por qué no me has escrito? Yo aquí, solo y malito, y sin saber nada de ti.

¡Acaso a estas horas estés casado!... ¡acaso seas feliz y yo sin saberlo!

Díme lo que haya, lo que pienses, lo que hagas.

Yo, a lo ya dicho ahora y antes de ahora, nada quiero ni puedo añadir... porque no puedo...

Escríbeme en seguida, sí, en seguida a este mi que-

rido Frades. Leeré tu carta que espero será larga, a la hora de la siesta... de esas siestas largas y abrumadoras que tanto me están haciendo soñar despierto, en estas horas en que pienso en ti tantas veces!

Hablaré con tus escritos ya que no pueda hacerlo contigo, como llegué ¡loco de mí! a figurarme.

¡Qué ratos tenía soñados para los dos! ¡Qué me importaba a mí que el aire que respirásemos fuese más o menos cálido, ni que el paisaje que nos rodeara fuera un poco más triste que esas sonrientes playas, ya demasiado *sobadas* por las gentes!

Para el que sueña le es indiferente cuanto le rodea, porque no ve.

Yo lo comprendo; te extrañará y acaso te haga reir este lenguaje, propio de un *cursi* muchacho, que ha venido a su pueblo a veranear.

Pero también tú has soñado. Lo que hay es que hoy estás tocando dulcísimas realidades y los sueños te dan risa... haces bien... «el que venga detrás, que *arrée*».

Llámame cursi, pero déjame serlo. ¡Bah! tonterías! Yo dejara de ser cursi si, cuando digo lo que pienso, pensara como lo digo; pero la tontería está precisamente en perfilar lo que se dice... ¡dejarlo!

Ya que no de otra cosa, serviré de distracción. Yo pensaba que este verano los dos no dormiríamos, sino gozaríamos estas siestas de Castilla.

¡Qué idea tendrás tú de ellas, cuando tantas veces te hablé del mismo tema!... ¡pobre Casto!

Creerás acaso que son éxtasis dulcísimos a la sombra de sauces y llorones, allá en lo espeso de la fronda cargada de sabrosas humedades, que prestan las aguas de una fuente que mana a borbotones!... ¡Y aquí no hay sauces, ni llorones (a no ser yo) ni frondas!... ni casi aguas para beber...

Aquí todo es simétrico, regular, como cortado a tijera. Hasta las sombras son así; la triangular del campanario, la dentada del alero del tejado... la circular de la encina, que cae sobre la hierba abrasada y seca; rígida, inmóvil, como si fuera una gran mancha de tinta sobre satinado papel de color de barquillo, o la boca de un pozo obscuro y redondo...

En esas sombras me duermo yo con los ojos abiertos, con el cigarro encendido, con el cerebro abrasado y la frente sudorosa, y... ¡cosa rara! casi nunca pienso en lo porvenir; casi siempre en lo pasado y en lo presente; ¡con qué placer pienso en *mis virtudes* y con qué dolor agri-dulce en mis locuras, en mis debilidades... en... cosas! ¡ay, pero qué cosas! A veces tengo que cerrar los ojos para ver más claro y sentir mejor lo que, con ellos abiertos, ni sentiría ni vería!... ¡Qué estúpida es la escritura para decir ciertas cosas! ¡Dios sabe como yo te las hubiera dicho con la lengua y *sobre el terreno!*... ¡Qué estúpida es la escritura para decir ciertas cosas!

Escríbeme y dime... lo que quieras.

Mil recuerdos a tu familia presente y futura, sin olvidarte de la de Antonio, y quiere mucho a tu

JOSÉ MARÍA.

Di si Antonio merece que le dé por algo la enhorabuena, porque no me atrevo a tomar como cierta totalmente una noticia que acabo de leer en un periódico de Madrid, por si fuese un error del periódico o una casualidad.

¡Cuánto me alegraría que resultase cierto!

CARTA 21.ª

Piedrahita y Septiembre 9 de 1892.

No hay que ser tan ideal. Con un muy mediano cálculo, para saber dividir 45 días en cualquier número de partes, ya iguales... ya proporcionales al asunto a que deben destinarse; con un regular sentido práctico para no dejarse arrebatar por ilusiones que realmente han sido irrealizables, y con un muro de contención para las corrientes de optimismos que ya se desbordan, se evitan a veces contrariedades que a todo saben menos a miel. Y esto lo digo porque había comenzado a paladear el dulce saborete de tu venida, y me quedé por último con la boca abierta, seca y amargosa.

Quiera Dios que te vean estas letras completamente restablecido de tus dolencias, que es lo primero.

Pero allá va un consejillo con cara de malhumorado, y regañón como él solo: aunque «entre dos que bien se quieren» son muy gratos los sueños de la esperanza, que hacen ver realidades las ilusiones, cuando éstas son imposibles totalmente, ¡nunca, nunca deben hacerse concebir a la persona que las ansía, y que en el menor detalle funda un castillo... de fichas de dominó!

Esa conducta es egoístona, porque la persona que así obra, *goza* engendrando y conciliando esas esperanzas; cruel, porque luego esos engendros mueren en

feto, sin llegar a los brazos de quien los espera. ¿Lo oyes?

El palabreo será naturalista y hasta *espeso* inclusive; pero la *substancia* de la cuestión bien la comprendes.

¡De sobra que sé yo que a ti tampoco te habrá agradado la broma, y que si no tuviéramos esperanzas ni ilusiones... estaríamos medrados!

Pero... (tengo la nobleza de confesarlo) te argumento de este modo... ¡porque me ha dolido mucho no sé qué, y no tengo a quién quejarme, ni a quién herir, ni... ¡qué sé yo, porque ni yo mismo sé lo que me pasa!

Quisiera no verte enfermo para injuriarte cuanto pudiera, para insultarte como yo insulto cuando me pongo de esta manera...

Y no es porque lo merezcas, que tú no te lo mereces, Casto querido; es porque (¡y cualquiera se reirá!), porque siento a veces un bárbaro deleite con injuriar a quien más adoro...

¡Es increíble lo que me pasa! pero es verdad; mal explicada, sí, pero verdad al fin; aunque explicada tan mal por... miedo, sí, por algo de miedo; no porque no pudiera explicarlo algo más claro.

¡Dejemos esto!... que me hace mucho daño, querido Casto, ¡¡querido Casto!!

¡No hagas caso de mis locuras... ni trates de pesarlas nunca! me pertenecen a mí solo: ¡son mías!

Que Dios no niegue la salud a tu cuerpo, ni arranque de tu alma el cariño que haya en ella para este pobre loco, que llaman

José María.

¡PATRIA MIA!...

.....porque has de saber, amigo mío, que todos los años, en el verano, hago un cantar para mi pueblo.

Y te mando éste —el cantar— porque algo te corresponde en él.

Si te extrañas de que en el siglo que corre haya todavía hombres que se ocupen en cosas tan inocentes, satisfaré y haré desaparecer tu extrañeza, natural en un chico *fin de siècle*, contestándote que aun quedan en el mundo hombres honrados.

J. M.ª G. Y G.

15 Septiembre 1892.

I

Rodando en la corriente del mundo vano
como rueda una arena sola y perdida,
me encontré con un hombre, llamélo hermano
y te lo dí por hijo, patria querida.
Pasado luego tiempo, te abandonaba,
y en unión de aquel hombre, yo visitaba
la tierra en que se asientan sus pobres lares...
y canté aquella patria que se me daba!...
¡maldita sea la lira con que cantaba,
y malditos los ecos de sus cantares!
Yo no tengo más patria que esta aldeíta
donde está todo el fuego de mi cariño;
el corazón sin ella se me marchita,
pero pensando en ella se vuelve niño.

¡Patria mía querida, que con tu aliento
haces quejar de nuevo con voz vibrante
la fibra más doliente del sentimiento
que se oculta en el pecho de un hijo amante...
no llores, si aquel hombre de quien te hablaba
no ha venido a abrazarte y a conocerte;
no admitas aquel hijo que yo te daba,
si en un lejano día viniese a verte.
No amargues con tu llanto mi pobre vida
porque aquí estoy yo solo para adorarte;
duérmete y no me llores, porque, dormida,
me tendrás a tu lado para cantarte,
¡patria querida!
Porque tú me adoraste con ardimiento,
porque tú me has amado con fe constante,
porque tú bendeciste mi nacimiento,
y no puedo olvidarme que, siempre amante,
de tu brisa amorosa con el aliento
tú me arrullabas,
cuando dormía
sobre mi cuna,
y me besabas
cuando reía
sin pena alguna,
con la alegría
de la ignorancia,
que el alma mía
ya no ha gozado
desde la infancia
ni un solo día!...

II

Mi patria es la aldeíta donde he nacido,
donde tengo los padres que me criaron,
donde existe aún caliente mi pobre nido,
donde alientan los seres que me mimaron,
donde viven las almas que me han querido,
donde vuelan las auras que me arrullaron.
Si no fueron ingratos ni olvidadizos
los hijos que a tus pechos se amamantaron,
no llores tú desprecios de advenedizos,
que de pisar tu suelo se desdeñaron,
porque no eres la cuna de los hechizos
donde ellos se mecieron y se criaron.
Pero tú eres la virgen ruda y bravía
que escondes el tesoro de tu pureza,
más clara que los rayos del mediodía,
que tuestan tu morena gentil cabeza.
Eres la campesina que sólo ansía
ver sin hambre a tus hijos y sin tristeza;
por eso les regalas pan y alegría;
y si algún hijo indigno de tu terneza
por buscar más placeres se te extravía,
le dices: «come, canta, trabaja y reza,
y no busques la senda que te hundiría
de ignorados abismos por la aspereza».
No llores, pues, si un hombre te quiso un día
menospreciar acaso por tu rudeza,
¡no, patria mía!
que si no eres del mundo la maravilla
ni eres de la hermosura supremo exceso,
eres la madre tierna, ruda y sencilla,
que a tus hijos veneras con embeleso;

y yo, sólo por eso, te quiero tanto,
que hasta llamarte madre mi amor me lleva,
y sólo tu recuerdo bendito y santo
me hace bueno, me arrastra, y hasta me eleva
desde el pantano
sucio y liviano
de las pasiones,
donde revuelcan
encenagados
los corazones
desesperados
sus ilusiones...
hasta la cumbre
de paz y calma
de las virtudes,
en cuya lumbre
se inunda el alma
de resplandores;
se dignifica
con la agonía de los dolores;
se purifica
con la alegría de los amores.

III

Verdes lomas cubiertas de matorrales,
laderas guarnecidas de robledales,
nidal de negros cuervos y ruiseñores,
pradera salpicada de manantiales,
archivo de recuerdos encantadores!...
Patria mía, que enciendes mis ideales,
que conservas la historia de mis mayores!...
tú siempre has sido y eres la dulce idea

que ilumina mis sueños de resplandores,
que a mi espíritu enfermo cura y recrea,
que endulza de mi vida los amargores.
Porque haya habido un hombre que ingrato sea,
no quiero que te aflijas, ni que lo llores,
¡plácida aldea!
que si a ese hombre le ha dado cuna ostentosa
aquella tierra hermosa, cuya presea
borda de rubias perlas la mar furiosa
que con salvaje arrullo la galantea,
tú, más casta que ella, más candorosa,
la sencillez severa que te hermosea
guardas, como la virgen más pudorosa,
en el aro de montes que te rodea.
No llores el desprecio del hijo ingrato
de la altiva sultana, rica y liviana,
que es la más lujuriosa de las mujeres;
porque si él es hijo de la sultana
que emborracha sus hijos con los placeres,
yo soy el hijo amante de la aldeana
que alimenta sus hijos con pan moreno,
y les dice, cual madre pobre y cristiana:
«Come, canta, trabaja, reza y sé bueno.
Tus desventuras
sufre con calma
noble y sincera;
¡y ama, si el alma
te lo pidiera!
Que el alma buena,
se purifica
con la crudeza de los dolores;
se dignifica
con la pureza de los amores».

IV

Tú, patria mía, no tienes de azahar un velo,
ni mares que te arrullen enamorados,
ni montañas que escalen el mismo cielo,
ni bosques con verjeles entrelazados.
Lucir tampoco puedes en tu garganta
de nácares y perlas rica presea;
y aunque tú estás guardada de gente tanta
como a la gran sultana siempre babea,
ni la brisa marina tu frente orea,
ni puede, aunque quisieras, gozar tu planta
las frescas humedades de la marea.
En tu suelo al viajero tampoco encanta
la luz de inmenso faro que cabrillea,
alumbrando al navío que se adelanta
y en noche borrascosa se balancea
sobre un mar encrespado que al hombre espanta,
y que a la luz siniestra, que lo platea,
y a impulsos de la fuerza que lo levanta,
se agita, fosforece y amarillea,
duerme, ruge, suspira, murmura y canta.
Tú no eres la sultana que se recrea
en la misma belleza que la agiganta,
¡rústica aldea!...
pero eres la aldeana trabajadora
que, al trabajo rendida y a las fatigas,
reclinas tu cabeza de labradora
sobre un haz de maduras, rubias espigas,
que este sol de Castilla calcina y dora.
Tú eres la esposa rústica, la madre sana,
más casta, más salvaje que la sultana.
Si para ti no arrastran del mar las olas

aderezos de nácar, de meleagrina,
ni gárrulos concentos de barcarolas,
tienes, en cambio, campos de mies cetrina,
donde tú te abrillantas y te arrebolas
bajo esta meridiana luz argentina
que, al vibrar de mil flores en las corolas,
tiñe a trozos tu manto de purpurina,
que Dios ha recamado con orla fina
de claveles azules y de amapolas...
  Y todo ser que bulle, murmura o trina,
ruge, canta o se mueve sobre tu suelo,
es la voz de un concierto que sube al Cielo;
la esencia inmaculada de aquella idea
que siempre de ti ausente canto y evoco,
¡gárrula aldea,
nido de un loco!...
Si son en ti dichosos tus moradores,
no te aflijas por nada, por nada llores,
que yo te adoro;
¡pero guarda la vida de mis mayores,
como un tesoro,
constantemente!...
porque, si yo te quiero como un demente
y te llamo en mi ausencia con hondos gritos
desgarradores,
es porque están contigo seres benditos
que son el amor santo de mis amores!...

V

  Tu sol arde en el Cielo como una hoguera;
sacude, patria mía, la cabellera
de tus viejas encinas y tus sembrados,

y mándame por ellos la brisa lenta
que agite mis pulmones congestionados
y humedezca mi boca que arde sedienta;
que sacuda mis miembros aletargados
y refresque mi frente calenturienta...
Ha mediado la tarde y el sol abrasa;
la espiga suelta el grano, chasca y se tuesta;
si corre el aura, escalda por donde pasa;
todo sér animado duerme la siesta...
Cántame alguna estrofa pesada y larga,
como las que cantabas cuando era niño...
arrúllame este sueño, que me aletarga,
con un cuento de amores, en que el cariño
me trasporte a otra vida menos amarga!...
¡O cuéntame una historia!... mas no una historia
de esas que el alma queman al escucharlas;
que labran hondos huecos en la memoria,
y que espantan y hieren al recordarlas.
Cuéntame historias largas de trovadores,
de bardos, de poetas y de mujeres...
inyecta en mi cerebro sueños de amores,
y que, siquiera en sueños, tenga placeres...
¡Pero no! si lo hicieras ¡me matarías!
haz que ningún recuerdo mi alma taladre.
Cuéntame lo que quieras de aquellos días
en que sólo soñaba yo con mi madre.
Emborráchame el alma con regodeos
y apariciones místicas de la pureza,
y déjame este cuerpo sin los deseos
del ensueño letárgico de la pereza...
Duérmete tú conmigo desde esta loma
donde ni un ser se mueve ni el aura bulle,
y tráeme de tus montes una paloma
que, oculta en esta encina, mi siesta arrulle.

Cántame los idilios con que regalas
al hijo extraviado que te visita,
y haz de tu amor de madre, con ambas alas,
un dosel en que apoye mi sien marchita...

....

....

¡Gracias, patria amorosa, gracias mil veces!
¡Dios conserve y bendiga tus moradores!
¡Dios de tus pobres hijos oiga las preces!
¡Dios les dé pan, virtudes, glorias y amores!
¡Dios aleje la muerte de tu morada!
¡Dios te dé a manos llenas dichas benditas!
¡Dios alegre tu cielo con su mirada!
¡Dios bendiga tus campos y tus casitas.!

* * *

Tú has combatido siempre mis agonías
con fuerzas misteriosas y celestiales;
por eso hoy, gastado, como otros días,
vengo a buscar de nuevo fuerzas vitales...
¡que se van extinguiendo mis energías!
¡que se van apagando mis ideales!...
Úngeme de esa esencia tan misteriosa
que sacude la anemia de mi impotencia,
y a mi sér da una fuerza bien poderosa
para esta lucha horrible de la existencia.
Satura tú mi sangre con esa esencia,
y no llores por nada, patria amorosa;
canta y reposa,
¡gárrula aldea!
duerme la siesta
sobre esta cuesta
que el sol caldea,

la luz platea
y el aura tuesta...
Y si es que, mientras lenta la tarde pasa,
no puedes regalarme brisa más fría,
¡bésame en esta frente, que se me abrasa,
y ampara esta cabeza, que se extravía!...
Pero si tú me quieres,
si tú me llamas,
nuestro cariño bendito sea!
Pero si no me adoras
si no me amas,
¡dame a mi madre!!! y ¡adiós, aldea!!

J. M. G. y Galán.

CARTA 22.ª

ESPERANZA-CASTO

«A nadie en el mundo, después de Dios, querrá el marido más que a su mujer, ni la mujer más que a su marido...»

(Epist. de S. Pablo).

EPÍSTOLA LAICA O COSA PARECIDA

¡CON EL ALMA!

Ensueños celestiales arroben vuestros espíritus, y eróticos deliquios estremezcan vuestras entrañas con los espasmos del goce...; y brote en vosotros el fuego del amor puro, a la sombra santa de la bendición sagrada, que lo idealiza y acrisola.

Arrullen vuestra unión santa, rumores de ensueños pasados, latidos de goces presentes y harmonías lejanas de dichas futuras... y al eco hermoso del concierto del amor completo, del amor íntegro y entero, del amor del cuerpo, purificado al calor del espíritu, fúndanse vuestras almas en una sola y trasvasen mutuamente su sangre vuestras venas para formar un solo sér.

Comience con la dicha vuestra unión, y acabe

cuando el zarpazo brutal de la muerte enfríe vuestras energías y marchite vuestras frentes.

Yo os lo digo: no toméis por amor lo que yo llamo nada más que el complemento del amor. Amaos con el amor espiritual ennoblecido por la idea; con el amor que el hastío no mata, ni el tiempo apaga... Si así lo hacéis, cuando la mano fría de los años blanquee vuestras cabezas y apague y hiele los fuegos del amor segundo, del amor complementario, seguiréis viviendo al calor sagrado del espíritu, que nadie apaga, y al calor tibio y suave del hogar tranquilo, ennoblecido por el cariño y alegrado por los frutos de ese amor...

Si así no os amáis, sentiréis, después del abrazo insensato del amor impuro... lo que sienten todos los hombres: un vacío de amargura, ansiedades infinitas, algo así como remordimientos... una hartura y un hastío espantables, mortales inquietudes del espíritu que no tiene donde posarse... un dejo de aversión disimulada hacia el sér a quien se amó... cosas mil que yo no sé explicar... pero que amargan...

Llenad cada uno vuestra alma con el alma entera del otro; y yo soñaré con vuestra dicha, porque nací para soñar venturas que nunca logro alcanzar... y para interrumpir con monótonos cantares, idilios dulces de amor, como el vuestro.

Siembre de flores vuestro camino el Dios que ha bendecido vuestra unión, y broten de ella frutos hermosos nacidos al choque de vuestros seres y amamantados al calor de vuestro amor.

El fuego del cariño parece el soplo vivificante que anima el fuego del hogar. Conservadlo siempre latente, para que el hogar no se enfríe, porque un hogar frío es una tumba de vivos.

Dios os dé pepueños ángeles que alegren vuestra casa y encanten vuestra vida. El lazo del matrimonio, sin ellos, es rosa de artificial terciopelo, sin aromas, amor sin objeto, vida sin estímulos, egoísta vida sin sacrificios, soledad desconsoladora y triste, existencia híbrida y terrena, sin besos de ángeles cuando la frente se arrugue... sin caricias que consuelen cuando la garra del dolor se clava y desgarra la fibra más delicada del sentir... sin manos que, jugando y sin saberlo, limpian el ingrato sudor del trabajo, que es la levadura amarga del pan que comemos los pobres...

Haced de vuestra casa un nido de amores hoy, y mañana será un templo de virtudes.

Si habéis tomado a broma mi semisacerdotal epístola, quitaos la sonrisa de los labios y tomadla en serio, porque lo es.

Habéis comprendido lo que comprenden muchos: que para cruzar el desierto de la vida es peligroso ir solo; se precisa alguien que nos levante, si nos caemos desfallecidos por el cansancio; alguien que calme nuestra sed con su propia sed; alguien en quien apoyemos nuestra abrasada cabeza, cuando al venir la noche, tras la jornada dura del día, gocemos un rato de descanso que nos devuelva las fuerzas desfallecidas, las energías agotadas...

Habéis hecho bien...

* * *

Pero tú, Casto mío, te me vas... te veo alejar de mí, que me quedo atrás solo.

¡Cuánto te apartas de mí con tu unción! Perdóname si te escribo esta carta con el estilo de siempre... Será la última... por que tú ya dejaste los lugares en

que yo revoloteo todavía; dejaste de ser el muchacho soñador como yo, y como yo algo loco, que conmigo corría cuatro años hace por las sierras de tu pueblo, sin reposo como los pájaros, sin juicio como todos los que despiertos se sueñan.

Te veo con pena alejarte de mí, y contigo se me va quien me comprendía, quien me mandaba como yo a él, a muchas leguas de distancia, sueños y movimientos del alma y afectos de su corazón de hermano y artista.

Se me cierra con tu moral ausencia de mí, la válvula querida de los desahogos de mi alma; se me va mi único confesor.

Yo me alegro mucho, me *alegro por dentro*, porque vas a ser feliz; pero deja que lamente, *por única vez*, la soledad en que quedo.

De ti me queda solamente el cariño que te tengo, ¡que ése jamás acabará!, y la colección de tus cartas...

Las mías en adelante, adoptarán un tono de templanza, seso y mesura que no resulte ridículo... porque Casto es ya un hombre casado, y sé yo, por una especie de intuición espiritual, el vuelco completo de las ideas, de las afecciones, de la manera de pensar del hombre en ese caso.

Manera de pensar, Casto, que tú procurarás disimular ante mí, porque me quieres; pero que no cambiará ya nunca, a pesar de tus esfuerzos.

Acaso encuentres ya extraño mi lenguaje y mis pensamientos, si esta carta te encuentra a ti ya unido con la mujer a quien tanto tiempo has amado.

El que ingresa con su cuerpo y con su espíritu en el mundo de la realidad, es forzoso que permanezca pocos momentos en la región de idealismos, que podrán ser tontos, pero que son el alimento de ciertas épocas de la vida.

Necesitas el ejercicio del espíritu desde hoy, no para gastarlo en gimnasias espiritualistas y locas, sino para aplicarlo unas veces en la contemplación de los goces que tengas, y otras en la resolución de ingratos problemas de la vida práctica, a lo cual te ayudarán de consuno tu amor hacia la compañera que Dios va a darte y el pensamiento de que mañana tendrás hijos, que necesitan pan para vivir.

Y el que todo esto trae entre manos, no se solaza ¡ay! con cosas de orden práctico secundario... ¡y qué natural es que así suceda!

Tu comunidad de ideas conmigo no puede ser, pues, más limitada.

Yo no encuentro palabras para sentirlo, porque el sentir no tiene palabras; pero la visión de tu felicidad me sale al paso, y me hace hasta acallar mis sentimientos. Si te quisiera menos de lo que te quiero, estaría celoso y ofendido.

Lo que más siento de todo es que a la amistad también le toca una parte alícuota de rebaja con el matrimonio. ¡Y qué gran verdad es ésta!

La amistad en ese caso, pierde mucho de ese absoluto desinterés y de ese *cariño hondo* que sabes ha tenido siempre la nuestra. Se hace tan práctica, tan *afectuosa*, tan fría... ¡Como que, casi siempre, se reducen sus pruebas a mutuos *servicios*, que se cotizan de parte a parte!

¡Cómo me quitarás hoy la razón y cómo, interiormente, por supuesto, me la darás cuando pase algún tiempo sobre nosotros!

Pero hoy es día de cantar tu felicidad solamente, y nada más.

Perdona si mi carta ha resultado demasiado larga y pesada... será la última de este género que te dedico,

y por eso aún me cuesta ansias angustiosas, ansias íntimas, no continuarla, cerrando el poema de nuestra hermosa amistad con un tristísimo cantar que bien pudiera llamarse elegía.

¡Pero es día hoy de idilios!

Si mi carta llega a tiempo todavía, mírame con los ojos del alma detrás de ti en la Iglesia, murmurando por vosotros una oración; y si hay sitio en la mesa para mí, haz que respeten vacío un lugar que te recuerde mi ausencia, porque pocos lo ocuparán en la mesa de tus bodas con tanta justicia, como este pobre loco que te adora

José María.

¡27 de Octubre de 1892!

CARTA 23.ª

10 de Enero del 93.

Querido Casto: Cuando me fuí a mi pueblo dejé la adjunta carta (*) —o cartapacio— en casa, para que la echasen al correo. Tal prisa se dieron, que la encontré en el sitio mismo donde la dejé.

Con referencia a ciertos párrafos que en ella leerás, y en los cuales me muestro muy pesimista, te diré... ni sé cómo decírtelo, porque es la primera vez en mi vida que tengo que decir ésto...

Te diré, *aunque na más sea*, que... que la *tormenta*... —(¡si el caso es que no es una tormenta!)— la tormenta o lo que sea, se cierne sobre mi cabeza...

¡Si te dijera la pluma con que escribo, qué dice una carta que con ella misma acabo de escribir!... ¡¡¡¡¡horror!!!!!!

Hasta que no vea qué tal... no te diré yo nada... Y voy a dejar la pluma, porque me clareo como un tonto.

¡Anda! que no te digo más.

Te quiere

GALÁN.

(*) Es la siguiente, de Diciembre 1892.—(N. del E.).

CARTA 24.ª

Diciembre 1892.

Querido Casto: Recibí tu carta que leí atentamente y guardé donde todas las tuyas... por no discutirla; porque entre nosotros es fea la controversia, y «cuando dos se quieren bien», se asiente y no se discute; se cree y no se duda. Nada más; porque por aquello de mi «elegancia en el decir», mis talentos y mis dotes de artista, no pienso darte las gracias siquiera. La pintura de lo que es hermoso *de suyo* —como decís los de esa tierra— tiene que resaltar siempre con algún rasgo de belleza, por torpe que sea el artista; porque en este caso, es el mismo asunto el que da belleza a la obra; y bella resultará, aunque el que pinta lo haga con brocha gorda.

* * *

¿Cómo te va de casado?

Preguntas hay que son, como ésta mía, cándidas inocentadas, —«la pregunta del español», que dice el refrán de antaño,— pero que es como necesario formularlas, porque se caen por su peso, porque son, aunque inútiles, naturalísimas.

La mía, creo que será innecesaria, y así lo deseo también. Si todos estáis buenos y no os falta la salud, claro es que te irá bien, *acaso* mejor que a mí.

He resuelto hace tiempo enamorarme de veras y

no puedo conseguirlo. Acaso sea por lo frío de la frase, «he resuelto». Pero yo he dispuesto *resolverme*, porque, espontáneamente, nada fuerte he sentido por nadie en mi vida (se entiende con relación *al asunto)*.

Y (como en otra parte he dicho), me disculpo a mí mismo, exclamando como un inglés:

¿Y yo qué *poderle* hacer
si *estar* harto de buscar,
y no *conseguir* hallar
ni siquiera una mujer
que *poderme* a mí agradar?
Ser o no rareza mía,
yo *ignorarlo*, pero es cierto
que no *ver* yo todavía
la mujer que noche y día
hacer soñarme despierto.
No *conseguir* yo encontrar
la mujer que necesito,
y haberlas bellas sin par,
ser dolor más infinito
que *poderse* imaginar.
Mas *tener* yo, aunque *ser* feo,
gusto como no *haber* dos,
y no *llenar* mi deseo
ninguna de las que veo
por esos mundos de Dios.
¿Y qué *poderle* yo hacer,
si nadie *querer* creer
que *estar* loco de buscar,
y no *encontrar* la mujer
que *poderme* enamorar?
¿Irme yo a la fuerza a uncir
al yugo de alguna fiera

que *hacerme* al año morir
de una desazón cualquiera?
¡pues *irme* yo a divertir!
Ser harto trabajo estar
solo en un lecho a dormir;
que *hacerme* a mí constipar,
por no *haber* quien *me abrigar*
cuando el invierno *venir!*
. . . .

Es lo cierto, hijo mío, que no consigo mi objeto, por más esfuerzos que hago.

Temporaditas me paso sin pensar en otra cosa ¡y cuidado si adelanto!

¡Un zángano de 22 años corriditos, hijo de este siglo, y sin haberse atrevido una sola vez a decir ¡te quiero! a una mujer!... Es hasta inverosímil.

De no variar, es preciso la resignación de un mártir, para sufrir la cruel soltería que ya me enseña los dientes. Verdad que no soy un viejo, ni siquiera un hombre *jecho* del todo; pero ir empezando... ir empezando siquiera...

¡Oh, el ejemplo! ¡lo que es el ejemplo! Cuando veo a mis amigos y conocidos viviendo, charlando y gozando cada uno *con lo suyo*, siento una envidia tan grande por no poder hacer yo lo propio, que llegan momentos en que estoy a punto de echarme a la calle y, sin respetar estado, ni condición, ni nada, decir de un golpe al primer palo con faldas que me encuentre: ¿Usted quiere ser mi novia?

Basta de prosa *latera* e inoportuna.

* * *

Pasad las pascuas felices, y no digáis que no soy adelantado para decíroslo. Yo, Dios mediante, daré con mi humanidad en Frades, para alegrar con mi presencia a los pocos que en el mundo con ella se alegran. Supongo que haréis lo propio, y escribo con anterioridad a las próximas festividades, temiendo que cuando a Túy llegase mi carta, hubiéseis levantado vuestros reales para sentarlos en otra parte.

En una de mis últimas te dije que había leído hacía tiempo en un periódico de Madrid una noticia relacionada con Antonio, o al menos con un Antonio García. La noticia merecía una enhorabuena, y no se la he dado por temor de equivocarme.

¿Es cierto?

Vaya, adiós; no me corrijo de esta manía de charlar descosida y largamente, aunque me ahorquen.

Dispensa... y sigue leyendo, que voy a acabar esta carilla, que sería lástima no aprovechar.

Nada me has vuelto a hablar de tu padecimiento desde este verano, y como al que no se queja nada le duele, deduzco que las aguas de Caldelas te libraron de tus dolencias.

Lo celebraré.

Mi real persona, por ahora (g. a. D.), continúa sin novedad en su importante salud.

Después de Esperanza, a quien saludarás en mi nombre, comunica mis recuerdos a tus papás, y recíbelos muy cariñosos de tu amigo que no te olvida

Galán.

Me parece que estamos a 15 ó a 16.

CARTA 25.ª

Jueves, nueve de Febrero
del año que empecé a amar.

Carísimo amigo mío:
Salud y fraternidad.

Ya que a mis cartas en prosa
no te dignas contestar,
voy a probar si consigo
partirte por la mitad,
endosándote un romance
que a chorros te haga sudar,
y que consiga sacarte
de ese silencio tenaz
en que *alicuando, alicuando,*
te sueles encastillar.
Y si este primer intento
no me resulta eficaz,
espero, querido amigo,
que no te resistirás,
si otro segundo romance
te dejaras propinar,
callándote como un muerto
con quien es harto locuaz.
Me basta... y hasta me sobra
con el silencio fatal
que está observando conmigo,
y que escamándome está,

una... cierta personilla
que no quiere contestar
a una pregunta muy *jonda*
que yo, con valor audaz,
le dirigí por escrito
dos largas semanas ha.

¡Ay del que espera anhelante
cartas que no han de llegar,
y que, si llegan un día
tras larga inquietud mortal,
lejos de darle consuelos,
tan sólo le servirán
para escribir otra página
de su destino fatal.

Quien solamente ve rota
su terrible soledad
cuando recibe los ecos
de algún cariño real,
en cuatro míseras líneas
que repasa sin cesar...
quien esas líneas devora
con delirante ansiedad,
porque allí posó los ojos
y el espíritu quizás
un sér a quien él adora
con un cariño ideal...
el que sólo con las cartas
vé rota su soledad,
y hasta las cartas le niegan,
más le valiera... ¡olvidar!
y no esperar suspirando
lo que nunca llegará.

Y más valiérale a otros
interesarse algo más

por lo que ocurre en el alma
de algún amigo leal,
que ha callado... ¡porque hay cosas
que se deben preguntar!

Voy a variar de asonante
aunque, a decirte verdad,
no de asonante: de tema
debiera yo de variar,
al ver esa indiferencia
rayana casi en frialdad;
pero... ni puedo vengarme
ni puedo ser desleal.

* * *

Por vez primera en mi vida
siento un ligero temblor
cuando recuerdo y medito
lo que mi pluma escribió...
Ya resuena en mis oídos
el ruido ensordecedor
de la tormenta... *extremeña*,
que a mí se acerca veloz,
preñada de mil rumores
de acento amenazador.
Ya me obscurecen los ojos
las sombras del nubarrón,
y casi siento ya el frío
del soplo denunciador
de las ráfagas primeras
que presagian el turbión.
Y allá... desde Extremadura
siento venir un rumor

cuyos sonidos discordes,
combinados en un són,
forman con eco de trueno
tremenda y tonante voz,
que al llegar a mis oídos
parece que dice: ¡¡¡no!!!...

....

¡Por eso, por vez primera,
siento un ligero temblor
cuando recuerdo y medito
lo que mi pluma escribió!...

Yo, que siempre he respondido
con el estoico valor
de todo cuanto mi pluma
por mi mandato trazó;
yo, que una pluma he tenido
que, en triste y jocoso son,
ha puesto a muchos en solfa
y a muchos en serio hirió;
yo, para quien es la pluma
válvula del corazón,
por donde arrojo a mil rostros
bocanadas de vapor;
yo, que jamás la reñía
cuantas veces se clavó
en las entrañas del hombre
que me causara un dolor,
y a quien ella, aunque sin arte,
valientemente injurió,
sin que una vez solamente
yo desmintiera su voz...
yo, que he jugado con ella
como el niño que jugó

con un arma peligrosa
que abandonó el cazador,
y que en la mano inexperta
del niño se disparó...
por vez primera en mi vida
siento un ligero temblor,
cuando recuerdo y medito
lo postrero que escribió.
¡Oh, si el escrito que hace
temblar a mi corazón,
causado hubiese temblores
al alma que lo leyó!...

* * *

Adiós y dejemos esto
voy a hacer punto final,
que más de lo que mereces
te llevo charlado ya,
y quizás en vez de franco
me tomes por charlatán.
Si con este nuevo ataque
no consigo hacerte hablar,
apelaré a otros recursos
con insistencia tenaz;
pero no olvides, querido,
que el cobarde capitán
que no asistió a la batalla,
jamás participará
del botín de la victoria
que otros sin él ganarán;
o de la triste amargura
que toda derrota da,
cuando el cobarde se niega

con el valiente a luchar
o a darle siquiera alientos
para la lucha fatal.
¡Así perdieron cien reyes
lo que debieron ganar!...
Veremos pues si *la plaza*,
que tengo sitiada ya,
capitula al solo ataque
del valiente general,
que, además de un buen soldado,
es también un buen

GALÁN.

Espero al fin tu respuesta.
Dale a Esperanza con ésta
sinceras memorias mías,
y díla que si me presta
su nombre por unos días.

CARTA 26.ª

Piedrahita, Febrero 20 de 1893.

Extremeñita es la luna
y extremeñito es el sol,
y extremeñita la prenda
que adora mi corazón.

(Cantar popular).

Mi estímadisimo Casto: El que para nada tiene método, no es de extrañar que no lo tenga para escribir con periódica regularidad a sus amigos. Esto me ocurre a mí. Acaso no hayas acabado de leer mi última carta, y allá va otra; pero este adelantamiento tiene su disculpa.

Voy a empezar recordándote parte del conocido cuento andaluz.

«.......................
Yo, que en peligro me ví
me metí por un reducto
y por el mismo conducto
entró el toro tras de mí.
Salgo del reducto y ¡zás!
en una casa cercana
me colé por la ventana,
y el toro siempre detrás.
....
.......................»

Esto no me ha ocurrido a mí, como al andaluz, con un toro del Jarama, pero me ha sucedido con la imagen de una mujer, imagen de la cual venía huyendo hace un año... acaso más.

Lo grave del caso es que la mujer no es hermosísima, ni lindísima (quiero decir: en los rasgos de la fisonomía de la cara de su semblante. ¡Olé por los buenos escritores!).

Ya ves que tengo el valor de decir que no es una divinidad griega, *casi que* ni española... pero ¡ay! no digas nunca, querido Casto, que «de esa agua, o de la otra, no beberás», no lo digas en tu vida; te lo aconsejo parodiando, con respecto a mí, aquello que dicen en *El Rey que rabió:*

«Yo, que siempre de los hombres me burlé,
yo, que siempre de los novios me reí,
yo, que nunca sus halagos escuché,
hoy en busca de mi amante vengo... ¡aquí!
No está bien que, sin recato ni pudor,
venga en busca de mi amante... ¡a este cuartel!
pero es tanto lo que adoro a ese pastor,
¡que al infierno si es preciso, iré por él!

(Bomba final)

¡Ay de mí! ¡ay de mí!
¡Si acabaré llorando,
yo que siempre reí!...

(¡Y yo estoy sospechando
que todo esto se ha escrito para mí!)

***

Tengo en un pueblecito de Extremadura unos tíos que me quieren... porque nunca tuvieron hijos a quienes querer. Hace ya quizás dos años, en atención a las ya demasiado frecuentes invitaciones suyas, fuíme a pasar con ellos cuatro o seis días, que resultaron luego veinte.

Al nacer una niña, sobrina también suya, se la llevaron con ellos, la criaron y la educaron con más regalo que una princesita y más mimos que una hija... Con ellos la *vide* yo y... lo demás no sé cómo ha sido... Me ha dado un mundo de observaciones psicológicas que te explicaré algún día; si yo ambicionaba antaño el amor de una mujer, era por una especie de vanidad espiritual, sugerida por otras almas que amaban; por un anhelo, que yo llamaría artístico, que me impulsaba a buscar nuevas fuentes de... ¡qué sé yo! de poesía, porque las mías, aunque inagotables, eran siempre las mismas... mi hogar, mi patria, la naturaleza, mi madre... ¡todo inagotable y purísimo! ¿lo oyes bien? ¡inagotable todo! Pero nos hace pecar muchas veces esta tendencia hacia lo nuevo, hacia lo vario...

Por eso quería yo amar; por eso, y por una especie de curiosidad, que yo llamaría de buenas ganas científica, filosófica... quería hacer en mí mismo observaciones anímicas, es decir, verme por dentro... y luego,... (¡infantil puerilidad!) luego escribir lo que viera y léermelo a solas muchas veces, como me leo cuanto puede hacerme llorar un ratillo... ¡Manías de muchachos solteros, de que tú ya no debes hacer caso!...

Yo siempre he sentido comezón irresistible de escribir *¿sabes?,* pero para mí solo, o, cuando más, ¡qué sé yo para quién!... casi para nadie; porque yo, contra tu benévola y cariñosa opinión, no sirvo para hacer

vibrar la cuerda del sentimiento de nadie; y porque lo conozco, no lo intento. ¡Tengo el gran mérito de conocerlo, que es un mérito desgraciadamente muy raro... bien lo sabes tú.

Al percibir las tibias humedades de las lágrimas que yo vierto desordenada y confusamente en pedazos de papel, sólo mis entrañas pueden sentir estremecimientos de goces, escalofríos de entusiasmos, impulsos íntimos de llorar, sacudidas de sentimentalismo... porque todo ello es enteramente *mío*, y yo me lo río y me lo lloro, sin que nadie pueda reirse de lo que a mí me hace echar lágrimas.

Lo que hay es que yo, cuando contigo, por ejemplo, hablo, llego a creer a veces que estoy *solo* y me excedo un poco; me quejo creyendo que no me escuchan... me elevo quizás demasiado...

Te digo todo esto, de una vez para siempre, para que entiendas que mis pobres cartas para ti, no son alardes vanos de estilo, ni erudiciones pensadas y alambicadas, ni empeños literarios que, contigo solo no tendrían razón de ser, ni serían muy del caso, por estar reñidos con la sencillez que debe campear entre amigos como nosotros. Si yo lo hiciera así por una mal entendida vanidad, haría con todos lo que contigo; pero mis cartas todas, a excepción de las que a ti dedico, son verdaderos modelos de prosaísmo formal, que nada dice sino lo que es preciso decir.

Aunque la confianza está reñida con todo aparato exterior, precisamente por la confianza misma que me inspiras me presento a ti tal cual soy y como me gusta ser. Con otro jamás lo haría.

Para darte la última prueba de que, a pesar de lo que la apariencia diga, no son mis cartas producto de pensados atildamientos, que a gritos reclaman un

aplauso, si conservas las mías, como yo las tuyas, déjame la más *sublime* de todas y verás cómo yo mismo encuentro en ella, no sólo defectos de índole superior, sino los que condenan las rudimentarias reglas de la gramática.

No creas, querido, que yo desprecio tus aplausos; al contrario, los tuyos son los únicos quizás que yo admito y que me agradan; ¿por qué he de ocultarlo? me agradan porque sé que son sinceros, aunque sean inmerecidos.

Y basta de digresiones.

Te decía que sólo por unas cuantas pequeñeces quería yo amar, y hoy... no puedo ya decirte lo mismo; hoy ya es *¡porque sí!* ¡ya no es por pequeñeces...! En fin: tardío, pero seguro. Es decir, seguro no, porque soy un *tantico* raro en algunas cosas, y el día menos pensado castigan mi rareza con alguna ensalada de *calabazas*...

¿Más detalles?

Pueblo de su residencia: Guijo de Granadilla, provincia de Cáceres, partido judicial de Plasencia.

Edad, así como 19 años, *plus be*, como dicen por aquí.

No tiene ya padre. Su madre, con los demás hermanos de *ella*, viven en Granadilla, pueblo inmediato al Guijo.

Su nombre... Desideria; menos bello que ella.

Te doy estos detalles como si te importaran, aunque no te importen mucho, pero sí creo que los leerás con curiosidad siquiera. Ya te iré dando más, poco a poco. Es ya mucha dosis para un día solo.

Para terminar, y ya que me pides franqueza y claridad, te diré que este mi primer amor ya es en mí todo lo intenso que yo quisiera, ¿entiendes bien?... me

conmueve, y yo aun trabajo conmigo mismo para que llegue al grado sumo (*), para que desaparezca en él todo lo que proceda de *simpatía*... ¡puf! la simpatía es muy fría para mí, que quiero las cosas puras, sin elementos extraños que *ayuden*... ¡no, a mí que no me ayude nada ni nadie a querer! El amor fundado en afectos de segundo orden, no es una simplicísima esencia, es una mixtura de quinientas yerbas que, por tener quinientos elementos, se aplica para quinientos casos y no sirve para ninguno. ¡Aquí del *per se* y el *per accidens* de los moralistas!

El amor por el amor.

Yo creo que siempre se empieza por *algo* nada más, y confío en que, poco a poco, se irán fundiendo en una sola esas quinientas yerbas...

Ya iremos viendo, ya iremos viendo...

* * *

¡Qué conversaciones para hombres casados! Pero, en fin, creo que te he dicho que me parece que aun estás soltero, y obro como si así fuese. ¡Como no te he visto aún al lado de Esperanza, en calidad de marido, no llega la fuerza plástica de mi imaginación a poderlo representar todavía...

* * *

A ella y Angelito les das mis cariñosos recuerdos. Al último le dices que no abuse del uso de las levitas verdes; y que no me olvido jamás de aquella célebre

---

(*) Galán amando, era insaciable; todo le parecía poco.—(N. del E.).

noche en que quiso acompañarnos al *sarao* del Castillo de los Marqueses en figura de lagarto. Dale un pellizco en una mejilla como recuerdo de entonces, y mis memorias a tus papás, cuando les escribas.

Y tú no te olvides nunca de tu fiel

GALÁN.

CARTA 27.ª

Sr. D. Casto Blanco.

22 de Marzo de 1893.

Querido amigo mío:

..... no tomes mis cartas como alardes vanos y tontos de estilo, que a nada conducirían, tratándose de ti, sino como retratos de mi alma que *sólo a ti* se presenta tal cual es; con sus aficiones y su naturalísima manera de ser.

Cuando te escribo a ti, me abandono a mí mismo y confieso que me excedo, aunque no sea más que en la forma... *Me subo* demasiado, sí. Pero a todo se parece, menos a la afectación, cuanto te digo. Precisamente peco, como te decía en mi última, de descuidado y de distraído; tanto que ni me cuido de corregir rudimentarias faltas gramaticales, que observo en mis cartas después de escritas.

* * *

A riesgo de repetir lo ya dicho, volveré a manifestarte:

Que *mi vaquera* se llama... Desideria (el nombre vale menos que ella); que vive desde que nació con unos tíos míos (y suyos) en una aldeíta de Extremadura... y que ya me dijo... *que sí, que bueno.*

Ayer tuve carta suya, y en mi contestación te presento a ella con tu fe de bautismo, circunstancias, etc.

Ella.........

¡Dios mío, cómo necesitaba yo hablar contigo a solas! Cuánto bien me resultaría de una entrevista! ¡Qué daría yo por *hablar* contigo unas horas! Sólo unas horas.

Por escrito... ¡puf! hay contestaciones que se necesitan a los dos segundos de formulada la pregunta; después... resultan estudiadas...

¡Qué largo veo ese día en que dices y crees que nos veremos! ¡Cómo se pone todo!

¡Rayos! qué desesperación!

* * *

Lo mejor que puedo hacer, para agradecerte más tu felicitación, es no hablarte de ella, ni del día de mi Santo. Basta decir que lo pasé muy acompañado, pero muy solo.

* * *

Tengo el pensamiento, sólo el pensamiento, de ir a Zamora a dar un alegrón a mi hermano Baldomero, y a pasar con él tres o cuatro días de los de Semana Santa.

Si el proyecto se realiza, te lo comunicaré.

* * *

¿Y para qué quieres *mi estampa?* ¡Si te parecerá la estampa de la herejía! No tengo más que una de hace cuatro o seis años, y no te la envío, porque me parezco todo a un queso de bola sin cáscara.

Pero por complacerte, en cuanto pueda, si voy a Zamora, sacaré copias de mi *caraute*, y te enviaré una; pero a condición de cambio. Tengo una tuya, borrosa, vieja y roñosa, que recordarás te robé contra tu gusto.

¡Y qué mala espina me da esa petición!

¡Ni te acordarás ya de cómo soy!

Adiós; ya que no pueda ser un cigarro de mi Santo, te envio el testimonio de mi cariño, querido.

José María.

Ya no voy a Zamora.

CARTA 28.ª

Junio 5-93.

Mi querido Casto: Creerás que te tengo olvidado, y no es verdad.

Desde Salamanca te envié hace más de 15 días un retrato mío, que no sé si habrás recibido; pero que, al fin, prueba que te recuerdo «hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual...»

A Salamanca me fuí... ¿a qué dirás? pues a hacer oposiciones, que ojalá no hubiera hecho; no porque nada bueno me dieran en ellas (me aprobaron los ejercicios con la nota de Sobresaliente); sino por no ver tanta miseria humana... y nada más; porque acaso digas que esto se llama el derecho de *pataleo;* pero cuando yo me quejo a ti... creo yo que debes creerme.

Sólo había una escuela que me conviniera; las demás vacantes no las solicité.

Y ni una palabra más de tan desagradable asunto.

* * *

Al emprender mi viaje desde Salamanca a este pueblo, llegaron a dicha capital mi hermano Luis (el pequeño), y mi otro hermano Fortunato que, como creo recordarás, está casado con mi hermana Carlota.

La cual hermana había estado más que mediana en

las 48 horas que duró su primer alumbramiento, fruto del cual es una hermosa niña, que se llama María de los Ángeles o Ángeles a secas.

Mis hermanos viéndome algo disgustado, me hicieron irme con ellos a mi pueblo, donde bautizamos la niña, y pasé un par de días bien contento, y sin curarme ya de lo que en las oposiciones había ocurrido.

Después... nada; vuelta a este pueblo, desde el cual te escribo en el único papel que tengo a mano, para decirte estas cosas.

* * *

Y como no es cosa para dejada al olvido, debo decirte algo de mi *vaquera;* siquiera que está buena y esperándome con ansia.

¡Ah! y también debo decirte que *parece* que me quiere; a lo menos me lo escribe.

Cuando lleguen las próximas vacaciones veraniegas, iré a ver si me ha dicho la verdad, y si no... *la llamo pérfida*, que es la palabra que me es más antipática y que menos veces he pronunciado en mi vida de hablador.

Yo también la quiero (no a la palabreja, sino a *la mi muchacha); me parece* que también la quiero, porque

«Yo soy un pobre diablo, bueno en el fondo,
profeso a quien me quiere cariño inmenso,
pienso profundamente, siento muy hondo...
y ni sé lo que siento, ni lo que pienso...
porque tengo, etc...»

Este retazo, que se me escapó de la pluma, me obliga a darte una noticia, literaria cuasi; pero que te

parecerá cursi de seguro: estoy ya hace tiempo escribiendo mis memorias (o una cosa parecida), a las cuales acabo de dar ese pequeñísimo pellizco de tres o cuatro versos, pellizco inconveniente e indiscreto, porque allá en los comienzos del librote digo:

«Yo sé que esto a la gente indiferente
haría reir, pero me importa poco,
pues, como nunca lo leerá la gente,
nadie podrá decirme que estoy loco,
¡si es que es loco el que dice lo que siente!»

Y basta; porque he caído en otra *indiscreción*, por disculpar la primera.

* * *

Conque ya lo sabes. Mientras vosotros vais a buscar este verano las dulzuras de la playa, y a gustar «el sabor de la tierruca», yo, en contradicción eterna con las corrientes del mundo (lo cual no me pesa del todo), yo iré a quemarme bajo los rayos del sol de Extremadura, y tornaré a abrasarme a mi Castilla,

bajo esta meridiana luz argentina
que, al vibrar de las flores en las corolas,
hace del campo un manto de purpurina,
recamado a pedazos con orla fina
de claveles azules y de amapolas...

Lo dejo, porque hoy me siento capaz de hacer sudar a cualquiera.

* * *

¡Otro verano sin vernos! ¡Cualquiera se atreve a decirte que te vengas, que hay quien partirá cuarenta y cinco días entre su madre, su novia y su amigo!

Pero tú, al fin, si vas a tu tierra, lo pasarás mejor; porque, aunque no quieras, tendrás que olvidar a los ausentes, por el género especial de vida que por tu tierra haces tú: «vidita más agitada, más *moderna*, más *poblacionesca* ¿eh? Pero yo, no.

Para mí va a llegar la estación que más adoro; la época en que yo vivo; porque mientras mi cuerpo busca en los campos lo que hoy le falta, desarrollo y vida, mi alma se entrega toda a lo que jamás le sobra; a lo que yo no puedo decirte ahora.

Pero mi vida es distinta de la tuya. Hay entre ambas la diferencia que existe de la del *señorito* a la del labrador.

Eres más afortunado que yo... *casi.*

Tú no puedes acordarte de nada en un pueblo como la Coruña o el Ferrol, donde es necesario hacer la vida que yo me sé (aunque no la envidie).

Vestido de señorito, paseando con tu costilla, tu familia y tus amigos por la playa del Ferrol o por la orilla del Jubia, en tu pueblo, donde quiera que sea, nunca podrás entregarte a lo que vedan allá las formas sociales y aqui la formalidad del hombre casado.

Eso sí, verás más flores que yo, (no flores de sombrero, que a mí me ponen nervioso, sino del campo), respirarás aires más frescos, gozarás más grata temperatura, verás más mujeres guapas—¡¡¡que deben tenerte sin cuidado!!!,— en fin, harás casi la vida del bañista, que va a que le deis un poco de lo que Dios dió a vuestra tierra.

Yo, en cambio, nada de eso he de ver, pero me acordaré más de ti.

Cargado con la escopeta, con el sombrero gacho al cogote, para defender la frente abrasada y sudorosa, bajaré muchos días del cerro al llano, para buscar una fuente y una encina donde beber y acostarme.

Y solo, sin más compañeros que mis dos perros, que sufren conmigo en esos días mortales de Agosto lo que muchos amigos no sufrirían jamás, me acordaré de ti muchas veces, lamentando que no puedas partir conmigo tan dulcísimas fatigas; quizás para ti algo duras, pero por mí soportadas con tenacidad de hierro y constancia entera y firme. Lo demás... eso de tomarle gusto a lo que hoy te parecerá desagradable, yo te lo enseñaría...

El ciego sueña que vé; callaré, pues.

Da a Esperanza y familia toda mis recuerdos, y guárdate el mejor de todos ellos, que para ti lo manda tu amigo

JOSÉ MARÍA.

Junio 5 de 1893.

CARTA 29.ª

Mi querido Casto: No sé por donde comenzar ni por donde concluir; pero antes que nada, tengo que decirte que hasta hoy, 12 de Septiembre, día en que leo la postrera carta que me has escrito, no he sabido que eras padre... ¡ni cómo había de haber callado, sabiéndolo!

Dónde parará la carta a que tú aludes, no lo sé... acaso donde van a parar muchas que se piensan, pero que no se escriben... ¡al vacío!

Ahora mismo rasgo una que, en vista de tu silencio tenía escrita, y que ya no sirve para nada.

* * *

Me parece un poco frío daros una cortés y simplona enhorabuena por el natalicio de vuestro hijo primero. Mejor será decir «en estilo mondo y llano», que Dios lo críe bueno de alma y sano de cuerpo, para vosotros primero y para Él más tarde... ¡que no es poco decir!

A estos deseos va unido el de que Esperanza mejore de su dolencia de madre, y el de que la suya salga con vida del riesgo de muerte que acaso la amenaza. Dios sobre todo; lo que Él disponga, bien dispuesto ha de estar siempre, y me huele a rebelión

cuanto no sea ajustar en absoluto la nuestra a su santa voluntad.

*
* *

Del veraneo... mejor será hablarte en seco. Del 18 de Julio al 10 del siguiente mes, estuve en Extremadura con mis tíos y con mi novia. Después fuí a Frades, y allá consumí, con verdadero deleite, el resto de los días de vacaciones.

Vine a las ferias de este pueblo, y aquí me quedé entregado de nuevo a las mismas tareítas, a las mismas distracciones, y

«hoy como ayer, mañana como hoy
y siempre igual...
un estío pasó y espero otro
que también pasará...»

Ahora dentro de pocos días —del 17 al 20— celébranse en esta villa las fiestas que anualmente se consagran a la Virgen de la Vega, Patrona del pueblo.

Habrá gran afluencia de forasteros, novilladas, *burradas*, etc., etc.

Acaso a fines del actual vengan mis padres a verme y pasar conmigo unos días, que no serán tantos como yo deseo. Así me lo tienen prometido y, Dios mediante, espero que han de cumplirlo.

No me queda por decirte más que cuatro bobadas, que suprimo... Hago supremos esfuerzos por modificar mi carácter, y tengo que confesar con el vergonzoso desaliento de la impotencia ¡que no puedo!

Estoy mandado retirar por anticuado; y yo que lo conozco, continúo siendo un monigote pensante, el

anacronismo en figura de persona; un tipo híbrido, en la actualidad de las cosas, mal oliente por mi modo de pensar y trasnochado por mi manera de ser.

Vergüenza me dá decirlo, pero no progreso en nada; tengo 23 años y pienso... lo que a los 15, lo que pensaría el que no tuviese que vivir aquí abajo, pegadito a la corteza de la tierra y a las cosas de la vida real y práctica, que todos entendéis como hace falta entenderla; con un sentido claro, fecundo y positivo, y una varonil formalidad digna y sensata. Si yo no viera el porvenir tan claro, valdría lo que no puede decirse. Con decir que solamente quiero pensar en cosas agradables, está dicha toda mi necedad.

Lo más gracioso del caso es que gano el pan que cómo hace seis años, sufriendo con resignación verdaderamente profunda el contacto con la prosa de la vida, y aún no estoy desengañado.

¡Cómo que ya tengo canas, y aún sueño mucho despierto!

¡Oh! si me casara pronto; si acabara de arrojar de mi cabeza a puntapiés estas procesiones de fantasmas que no me dejan ver donde piso y conseguirán mil veces que me estrelle!...

¡La de ideas atrevidas que yo tuve hace dos noches, al hallar un nuevo objeto de mis amores temporales!

Porque yo tengo amores de temporada... ¡Vergüenza me dá decirlo!

¡La de grandiosos poemas que hormiguean en mi alma, sin salir fuera jamás, por temor a los contactos de alguna *babosa humana!*

¡La de historias peregrinas que yo me cuento a mí mismo; historias de cosas nunca historiables, sin prólogo de un amigo del autor, porque yo no tengo

amigos, como sabes; sin epílogo, porque *no pueden tenerlo!*

¡La mar, la osa mayor! ¡Las murallas de la China *mismamente!.....*

....

Adiós, adiós; da cien besos a tu hijo... ¡a tu hijo!... un recuerdo a tu Esperanza y guárdate tú el cariño de que dispone tu amigo

GALÁN.

CARTA 30.ª

Sr. D. Casto Blanco.

Piedrahita 2 de Noviembre de 1893.

Mi nunca olvidado amigo: No recuerdo en este momento quién de los dos escribió el postrero (*); lo que sí sé, es que la última carta tuya que tengo es muy vieja; tanto, que tiene mes y medio muy cumplidos.

En ella me decías que eras ya padre de un hermoso niño, robusto y llorón, alborotador de la vecindad.

Te contesté diciéndote —diciéndoos— que «salud para criarlo para el Cielo», que es lo único que podía yo desear a los papás y al retoño... ¡y no es poco!

Después —no quisiera equivocarme— pero creo que no has vuelto a escribirme. Por lo menos, ni conservo la carta —y cuidado que no pierdo ninguna tuya,— ni la recuerdo tampoco, lo cual es peor síntoma que el primero.

Otra prueba de ello es que no tengo conocimiento del estado de la madre de Esperanza, que me dijiste no era del todo satisfactorio, aunque no la considerabas en riesgo de muerte aún.

(*) El postrero no había sido Galán; pero es evidente que tampoco había llegado a sus manos la respuesta, enviada oportunamente.—(N. del E.).

Díme, hombre, díme todas esas cosas; que, si te duelen a ti, no me sabrán a mí bien del todo.

* * *

Yo, si poco bueno tengo que contarte, nada malo tampoco me sucede.

La noticia de más bulto para mí (y para ti) es la de una visita de cuatro días que mis papás me han hecho en esta villa.

Pocos días hace que marcharon para Frades. Yo hubiese deseado que pasaran aquí una buena temporada; pero estaban, con razón, ambos violentos, especialmente mi madre, porque Enriqueta, mi hermana mayor, está en días de dar a luz, y con el antecedente de tener muy malos partos.

Aun no ha sucedido nada; pero estoy intranquilo esperando por momentos la noticia.

* * *

Extremadura entera padece calenturas intermitentes, o lo que es lo mismo, las tiene mi *vaquerita;* y tan tenaces, que se me figura va a pasar fatal invierno.

Desobedecen a la quinina y a cuantos brevajes le han propinado hasta ahora. El correo, con tal motivo, disminuye por parte de el!a.

* * *

Aquí, como en todas partes, sólo de África se habla. Yo estoy vivamente interesado en tal cuestión; además de ser buen español, porque si la guerra se prolonga, o de ella resultasen complicaciones inespe-

tradas, pero fáciles de surgir, me llevarían, ya que no a mí, (que me importaba menos) a mi hermanito el pequeño, que está desde hace dos años sujeto a las armas, en concepto de excedente de cupo. Veremos.

* * *

Comunícame el estado de tu mamá política y de tu hijo, para quien mando cien besos; da recuerdos a Esperanza y a tus padres, y escribe pronto a tu

José María.

CARTA 31.ª

14 Diciembre de 1893.

Pero Casto ¿qué te pasa? Te llevo escritas *tres cartas* inútilmente (*). ¿Quieres contestarme? Hazlo enseguida. ¿Es que no puedes? ¿estás enfermo? Pues que me escriba cualquiera dos líneas en tu nombre.

Pienso barbaridades. Si te habrá ocurrido alguna otra desgracia, si ha muerto alguien de tu familia... ¡Hasta he barajado la idea de que el muerto (¡ya ves!) fueras tú!

Jamás has hecho otro tanto. Si entre los dos ha habido algún perezoso, he sido yo, ¡yo nada más!

El supuesto me hace un daño más que tremendo; pero *si estás vivo*, no hagas la barbaridad de no contestarme al vuelo, porque soy demasiado... nervioso, por no decirte otra cosa, para vivir en la duda de si mi amigo se ha muerto.

¡Cuidado que he esperado días y días con la esperanza de siempre: «acaso mañana!» Y nada, siempre lo mismo.

Yo, desde que dejaste de ser soltero, comprendiendo que tus deberes son mayores y más numerosos, he

---

(*) Otra vez la desesperante pérdida de cartas. Se le había enviado contestación a las dos anteriores, como también se le contestó a esta tercera, y a todas.—(N. del E.).

procurado no escribir mucho, no excederme... pero tú no me tienes acostumbrado a esto, y yo no sé de ti hace ya *tres meses y siete días.*

Y basta.

Si has recibido las dos anteriores, apunta la tercera, y continúa, que también las va apuntando... en el alma... tu amigo de ayer, de hoy y... ¡de mañana!

GALÁN.

CARTA 32.ª

Mi querido Casto: Al regresar de mi viaje de vacaciones de Navidad, recibí tu carta, que me devolvió la tranquilidad perdida.

Ni tú ni yo debemos pararnos a discutir quién debe carta a quién, sino darnos ambos por conformes con tener buena salud y recíprocas noticias.

Además, para mí no necesitas disculpas; estás *siempre y en todo* perfectamente justificado.

Es verdad, querido amigo, que nuestra amistad, efecto de esta larga separación, no interrumpida por ninguno, va teniendo mucho de platónica... no para mí: para quien *a distancia* la viera.

Yo comprendo que es preciso todo el cariño de un corazón que siente, y todas las energías de un alma que sabe querer de veras, para sostener siempre vivo esta especie de *fuego sagrado* —y perdón por el *arranque;*— esta hoguera latente, mantenida, no con el aliento mismo del pecho, sino con remesas de oxígeno artificial, *enviado*, encerrado en un papel que lo lleva a su destino ya desvirtuado y pobre, para que se queme y arda con pobreza y vaguedad de fuego fátuo...

Sí, Castito, se necesita todo eso, yo lo comprendo, y se necesita más: se necesita *ser bueno*, ser bueno, de cierto modo que yo me sé, pero no me explico, ¡ni me explicaría si pudiera, por no tener que decir que yo soy bueno!

No te digo yo estas cosas para darte alientos, para

infundirte ánimos, que acaso te sobrarán más que a mí...

Te lo digo como si esto pudiera servirte *de premio.* porque yo no encuentro otro, y bien sé que lo mereces... por tu voluntad de hierro, ya que no digo por otras cosas.

Aquí, amigo mío, el llamado *naturalmente a desfallecer* eres tú; y si un día sientes cansancio (porque no somos de acero), y te basta como premio de lo pasado, mi perdón, descansa *un rato* tranquilo sin acordarte de mí... ¡hazlo así, que yo volveré a buscarte cuando de nuevo me llames!

Si yo soy quien se fatiga... haz lo que quieras. Ni sé qué debías hacer.

Pero no me niegues aquello del platonismo... Has de convenir conmigo en que hay cosas que entran *mucho por los ojos;* que un buen apretón de manos, es un apretón al nudo de la amistad; que un rato de charla íntima, vale cien plieguecillos de papel escritos... etc., etc.

No creas, por esto, que yo pretendo *sentarme;* ni lo creas tampoco si yo mismo te invito al descanso... y si lo crees, es lo mismo; descansa si quieres, Casto, que tú lo precisas más que yo. ¡Y dímelo, como se lo dirías a un hermano!

¡Quién sabe si descansando!...

Da un recuerdo a Esperanza y un beso a vuestro ángel chico, y ya sabes que tu mejor amigo es

GALÁN.

Feliz entrada de año.

15 de Enero de 1894.

CARTA 33.ª

Piedrahita 8 de Enero de 1896.

Ya que has descansado un *rato*, «levántate y anda», querido Casto. Te dejé descansando, con ánimo de volver a buscarte, luego que pasara tiempo... Ya lo sé, que tu carta fué la última, porque, como tú las mías, la conservo como oro en paño también; pero te dije que esperases, que descansaras, que durmieras, que yo te despertaría. Todavía no quería quizás hacerlo... mi tarjeta no era la voz de llamada, era así como una caricia que quise hacer al que dormía; y la caricia me resultó estrepitosa hasta el punto de haberte desvelado. ¡Oh qué modo de meter la *pata*, creyendo hacer una gracia!

Tú necesitabas esta clase de descanso. Estas correspondencias, aparte la idea grande, generosa y noble que las inspira, pertenecen, al cabo, a un mundo espiritual de cosas, de ningún positivo resultado para las realidades de la vida. No temas que diserte sobre cuestión tan trivial; quiero decirte que tienes ya tres preciosas criaturas (¡Dios te las conserve muchísimos años!), y es preciso que ganes pan para ellas y... nada más; y no es poco.

A mí me puedes y hasta me debes querer, a pesar de ser tú todo un padre de familia; pero puedes quererme desde lejos, en silencio, como a ti te parezca

mejor, para que yo no pueda robarte ni un minuto ni un miserable perro chico que puedas necesitar, sino para pan, para comprar un dulce a tus niños... o para que se entretengan rodándolo por el suelo, si para nada lo necesitan... ¡y ojalá que así sea!

Ya ves; yo te quiero hoy lo mismo que hace años te quería, y acaso *más seriamente* que entonces, por no sé qué misteriosas evoluciones psicológicas, de que ahora no voy a hablar.

El voluntario silencio doliente que yo mismo me impuse para contigo, me ha dolido —¡y tánto que me ha dolido!—; pero no ha valido un comino para conseguir que, dentro de mí, tú no seas Casto; y con decir esto lo digo todo.

Sigo hablando de mí, ya que he empezado. Bien que, después de estos *prolegómenos*, va a resultar que casi nada importante me queda ya por decir, porque a mí —y fíjate en la filosofía de la frase— a mí no me ha pasado nada, desde que no nos hablamos.

Ayer mismo regresé de Extremadura, donde, como recordarás, tengo... novia; y te lo digo así, porque no sé si aún la puedo llamar de otra manera un poco más expresiva. En justicia tengo el deber de hablarte de esto; y por eso, porque no sería buen amigo si no lo hiciera, te digo cuatro palabras que, por no tener enjundia ni siquiera claridad, de nada te servirán para juzgar de mi presente, y menos de mi porvenir.

....

Por hoy no te hablo más de esto; pero en tu obsequio, sólo en tu obsequio, hilvanaré las respuestas como Dios me dé a entender, sudaré para escribirlas y te las enviaré a ver si, *por casualidad*, las entiendes.

A mí búscame para hablar de tonterías que a nada conducen, eso sí; es materia en que *estoy fuerte*, como

decíamos cuando estudiábamos en nuestros libros de texto.

Pregúntame por *cosas* —¡y hasta por seres!— y ya me oirás charlar horas enteras, como una urraca borracha. Ese es mi elemento, y en él, aunque

«ni corro como el gamo,
ni vuelo como el sacre,
ni nado como el barbo»,

puedo dar lecciones muy nuevas, muy hondas y muy sabias a algunos psicólogos, que leo con cierta lástima superior, encaramado en los vericuetos de mis sentimentalismos, o medio ahogado en las honduras de mis íntimos pensares. En esto no hay inmodestia, bien lo conozco yo, porque no hay mérito; no hay más que una especie de inofensiva vanidad engendrada por mis recónditas psicologías experimentales, que no tienen otro valor que la verdad de su existencia; pero que, en cambio, creo que son ellas las que no me dejan casar, como Dios manda, y establecer (¡y esto es lo malo!) lo que yo llamo, cuando medito sin dinero, el encantador equilibrio parsimonioso de los gastos y los ingresos. Pero en fin, siquiera este último problema, después de mucho pensar, he venido a deducir que pueden resolverlo dos o tres pequeñuelos que necesiten zapatos y pidan pan. Y si éstos tampoco me lo resuelven, me río yo de matemáticos cálculos y de sutiles teorías económicas... ¡fárrago, fárrago!...

....

Al hacerte esta especie de confesión general de tanto tiempo, justo es que diga también, en mi descargo, que he progresado algo en mi vida espiritual, que es donde únicamente puedo yo esperar progresos.

Siquiera, siquiera, aparte otras más importantes

manifestaciones, no soy poeta tan *cursi* y tan pedestre como lo fuí en otros tiempos. ¡Esas cartas... esos versos!... Bien están en tu mano; pero esas cartas, y, sobre todo, esos versos, que yo osé escribir para ti en *tiempos peores*, que tal cosa consintieron; esas cartas que, no por sinceras dejan de ser lo que serán muchas de ellas: abusos poéticos, tontos de confianza contigo... y esos versos, que serían mi gran vergüenza si no fuesen mi gran cariño de amigo, naturalmente sentido y tontamente expresado... ¡esas cartas, esos versos!... Bien están en tu poder; pero a veces, cuando el diablo de la vanidad me tienta —¡y me tienta hoy casi tanto como antaño!— se me ponen delante esos papeles y los recuerdos vagos que de ellos conservo aún, me colorean la cara de vergüenza... literaria; no de otra clase de vergüenza. Esto me ocurre pocas veces, porque ese progreso mío de que te hablé, consiste principalmente en que tengo el alma *más seria* que antes, y veo en esos documentos... lo que realmente hay que ver entre nosotros al contemplarlos, ya desde lejos: un muchacho que quería sinceramente a un amigo, y que tenía la desgracia de ser poeta malo, como lo son casi todos los chicos de esa edad. No es que hoy lo sea bueno, no es eso: es que se me ha quedado el alma algo más seria, no sé por qué, a no ser vagamente; y, cuando veo que no puedo ser *algo* bueno, no soy nada, ni bueno ni malo. Por lo demás, como dice Cánovas, hoy, como ayer, tengo mis debilidades, aunque no sean tan grandes y tan frecuentes. Dicen por aquí, y dicen bien, que «perderá el carnero la lana, pero no la mala maña»...

*
* *

Hasta aquí llegaba escribiendo, y me puse ligeramente enfermo. Por eso va esta carta con fecha atrasada. Ya estoy bueno y continúo.

Hará seis meses que mi hermano más pequeño, Luis, el labrador, nos dió un mayúsculo susto. Tiene sus vanidades en los perros y en el hermoso potro que monta. Un día, loqueando con otros amigos que iban con él a la boda de una prima, corrieron mucho tras unas vacas bravas; se sofocó, bebió agua fría y... ¡la segunda pulmonía! Con la agravante de no poder pasar de un pueblo distante tres leguas del mío. Allí estuvo seis días entre la vida y la muerte. Mi hermano Baldomero, abogado del Estado en Zamora, acudió allá presuroso, como yo.

Mi madre... ¡qué días y qué noches, en una casuca pequeña, sin comodidades para el enfermo!... En fin, ¡la mar! Pasamos las de Caín y, gracias a Dios, pudimos llevarlo pronto a Frades en un coche, y en poco tiempo volvió a restablecerse.

También yo estoy sufriendo estos días con una herida en un pie que me traje de Extremadura, como recuerdo de una cacería de jabalíes y venados. Ya voy mejor, pero no puedo aún salir de casa, porque estoy escandalosamente cojo.

Aquí sigo viviendo, no como tú, trabajando tanto como decía el periódico que reseñaba los exámenes de tu escuela. Haces bien. Tienes hijos, yo no; tienes estímulos, yo no; y tienes la virtud del trabajo, y tienes, sobre todo, una cabeza sana, bien equilibrada y puesta en donde debe ponerse; en lo que es justo que se ponga y conveniente además: en el modesto deber diario que da satisfacciones y garbanzos; no en los espanta pájaros por donde anda la mía, haciendo piruetas poéticas o psicológicas que, por no ser ni lo uno

ni lo otro, tal vez son piruetas naturalmente ridículas... ¿Ves lo bien que predico? Pues nada, ni por esas me enmiendo. Canto, pero no entono, como dicen en mi pueblo; porque, «una cosa es predicar y otra cosa vender trigo». Hay además aquello de «perderá el carnero la lana, etc.»

Háblame de tu familia, de los amigos y amigas que conozco... refréscame la memoria un poco —¿entiendes?— porque, la verdad, todos mis conocidos de esa tierra no se llaman Castos... aunque alguno se llame Antonio, que para mí no es poco, pero no es *tanto nombre* como el tuyo, pícaro.

Esta carta, por ser la primera de la segunda *edición*, ha resultada muy larga. Toda se me ha vuelto prólogo, o preludios o preliminares, o prolegómenos, (¡echa *pp!*) y luego nada. Eso me sucede también con la música *grande*, que es precisamente la que yo no entiendo; algo barrunto del entreabierto misterio, pero nada, se me va a lo mejor toda en preludios.

Hace poco tiempo me puse a escribir un libro (un solo ejemplar para mí, no te alarmes), y se me acabó el libro sin acabárseme el prólogo. Todo me volvía decir: voy a hacer y voy a acontecer, voy a cantar esto, voy a cantar lo otro, voy a decir lo de más allá, y no dije más.

Y no digo más tampoco ahora.

Saludas a Esperanza y besas a tus nenes de mi parte, y me hablas pronto de ellos.

Saluda muy especialmente a tu buena mamá, si todavía está con vosotros, que no estará.

Y ya sabes que yo siempre estoy contigo, y que te quiero.

José María.

CARTA 34.ª

Piedrahita 14 de Julio de 1896.

Querido e inolvidable amigo Casto: Ya hace tiempo que te escribí un *cartapacio* que, por lo visto, no has recibido; y, si lo recibiste, no lo has contestado todavía (*). Será que no lo recibiste.

«La mitad de las cartas que se pierden...
¡se deben de perder!»

No quisiera yo que la presente se perdiera, porque tiene por objeto saber de ti y de los tuyos; y con esto está dicho todo.

Yo también me marcho el día 17 a veranear *¿sabes?* A veranear, no a las frescas playas del Cantábrico (¡Oh, divino imposible!), no a esa tu tierra querida —querida porque es la tuya, y perdona el requiebro— sino a la abrasada tierra de Extremadura, a ver a mi novia *¿sabes?* y a cazar perdices por aquellos jarales y montes, recalentados por un sol que yo deseara para los que veranean en el Norte —con excepción del reino de Galicia.

Mi veraneo, ya ves tú, es *más veraneo* que el de los ricos, en cierto sentido de la palabra veranear.

(*) Fué contestado, pero la contestación no habrá llegado a manos de Galán, como ocurrió otras veces.

Pasaré quince o veinte días conjugando el verbo *amar*, y luego me iré a mi pueblo, a Frades de la Sierra, provincia de Salamanca... Te refresco la memoria porque la estación pide refrescos, no porque tu cabeza los necesite, para recordar cuál es mi pueblo... Allí espero encontrar carta tuya.

Distribuye muchos recuerdos y muchos besos míos entre los tuyos —entre tu familia he querido decir;— y recibe tú un abrazo cariñosísimo y fuerte de tu leal amigo

José María,

que sigue queriéndote mucho.

CARTA 35.ª

Sr. D. Casto Blanco.

Mi amigo inolvidable: Me levanto ahora mismo de la cama, donde he estado veinticuatro días con fiebre gástrica; y te escribo como puedo, para decirte, aunque tú no lo has de dudar, que tomo parte en vuestro dolor, y señaladamente en el tuyo, por la triste desgracia que os aflige.

Conservaba yo cariñosos recuerdos del pobre muerto (q. e. p. d.); pero aun sin ellos yo tendría que llorar su desaparición, porque era tu padre, y yo también tengo padre; y más aun porque al llorar, lloro contigo.

Yo rezaré por su alma, como rezo por las almas de los míos que también se fueron; y tú, tú eres cristiano, y nada más tengo que decirte.

Mis padres que están aquí para cuidarme, me encargan os exprese a todos sus sentimientos de pena. Ya no escribo más porque tengo algo de fiebre, mucha debilidad y se me va la cabeza a pájaros.

Besa a tus hijos, saluda a tu Esperanza y a todos, sin olvidar a Antonio y su familia, y ya sabes que nunca te olvidará tu amigo

GALÁN.

8 Mayo 97.

CARTA 36.ª

Piedrahita, 21 Diciembre 1897.

Querido e inolvidable amigo Casto: A mediados del próximo mes de Enero me casaré, Dios mediante. Si sabes *leer entre líneas*, bastará la noticia que te doy para que, sin yo ayudarte, interpretes mis pensamientos y deseos. De éstos, creo que el mayor, que es el de verte el día de mi boda junto a mí, no habrá de realizarse. Es mucho pedir...; ya lo sé y lo comprendo. Por eso no insisto.

Me caso con la primera y única novia que he tenido. Se llama Desideria, y es de Granadilla, en la provincia de Cáceres.

Si me hubieras olvidado, te rogaría que volvieses a acordarte de este amigo, siquiera para rezar una salve a la Virgen, por su felicidad.

Tengo miedo, Casto; no sé por qué, ni tengo por qué, pero me da miedo.

Reza la salve, rézala bien, que acaso me valga mucho.

¿Y tus hijos? ¿Y Esperanza? ¿Y todos?

Dí algo a tu buen amigo

GALÁN.

CARTA 37.ª

Piedrahita, 12 de Febrero de 1898.

Mi querido Casto: Ya estoy casado, y quiera Dios que lo esté muchos años. Instalado definitivamente en mi casa, quiero empezar por decirte que toda es tuya (hablo también con Esperanza), y creo que nada más tengo que añadir al ofrecimiento, porque el dueño de esta casa *es tuyo* hace muchos años, y considera inútil ofrecerse a un amigo como tú. De mi mujer no hay que hablar: me quiere tanto, que quiere a los que yo quiero, y me pregunta quiénes son, con ese fin.

Hasta preciosa te ha parecido alguna carta mía. Lo mío te parece precioso, luego me quieres. Cuando tan lógicamente se llega a la posesión de la verdad, se acaban los discursos y se descansa. Por otros caminos diferentes, ya había llegado yo a esa verdad, pero ese me agrada más que ninguno. Yo también cuando me apasiono, veo las cosas como yo quiero que sean. Habrá en ello error de juicio, pero hay cariño, *que es lo que se quería demostrar.*

Dios te pagará las cosas buenas que me dices en tu carta última, que no sé si será preciosa, pero a mí, que soy ya su dueño, me lo parece. De ella me acompañé en los momentos en que el cura me echaba la bendición y parecíame a mí, sin grandes retorcimientos de imaginación, que tú me estabas mirando desde

el grupo de parientes y amigos que oían misa junto a mí. Y no estabas tú, pero algo tuyo allí estaba, porque el alma se pone donde se quiere, y tú debiste poner un pedacito de la tuya en aquellos renglones harmoniosos, en aquella escritura sinceramente sentida, y escrita, en la forma, con finura y delicadeza monótona, constante, como tu amistad; letras iguales, que yo, sin mirar tu carta en momentos tales, veía ir naciendo de tu pluma, tranquilas, serenas, nobles, diciéndome cosas buenas, y fluyendo, fluyendo con ritmo suave y cansado, de ése que va adquiriendo la voz cuando se habla a personas que de antiguo son queridas... Pícara forma de letra la tuya o especial el estado de mi ánimo, ello es que yo veía mucho más de lo que digo, sin mirar con los ojos de la cara aquellas letras tuyas iguales y menudas, que parecen pequeñas hermanas gemelas enlazadas por las manos.

Y luego las leí por vez primera en sitio tan apropósito para entretenerse en estas deliciosas *pequeñeces!...* Las leí encaramado en los picachos de una sierra bravía, en Extremadura, sentado en el puesto de caza, con la escopeta al brazo, y esperando que los ojeadores me echaran de los jarales de enfrente los jabalíes o los venados que allí andaban. No voy con tal motivo, a hacer párrafos poéticos; *porque* ya estoy casado, y todavía no sé hasta qué punto me es lícito ser poeta.

Sálgome por la tangente diciéndote que el jabalí no vino, pero sí un magnífico venado que pasó a cuarenta pasos de los tres tiradores que estábamos más próximos, uno de los cuales era el cura que me echó las bendiciones. Los tres tiramos casi a un tiempo al bicho, que bajaba al río Alagón por un despeñadero de los que nadie ha pintado, y le metimos en el cuerpo las cinco balas que disparamos. Llegó rodando hasta el

río y ¡figúrate nuestra alegría! El cura y yo no habíamos tirado nunca una res tan hermosa como la que acabábamos de matar. El cura se quedó como atontado. Es un *don Sabas,* el de Pereda, en «Peñas Arriba»; un don Sabas que no quería habernos acampañado, porque los Cánones prohiben a los sacerdotes la caza clamorosa, y nos costó Dios y ayuda convencerle de que eso estaba derogado por costumbre contraria, no prohibida por los Prelados.

Y ya que con esta digresión he vencido mi impulso pecador de hablar un poco de la poesía rica, vibrante y grande de aquellas sierras de Dios, aprovecho mi *enfriamiento* para hablarte de otras cosas.

Pasamos los días primeros, siguientes al de la boda, en el pueblo de Desideria. acompañados de mis padres, que desde allí nos llevaron al mío, en el cual estuvimos hasta el 5 del actual. Se extinguía la licencia de un mes que yo había pedido para casarme, y no podía, o mejor, no debía cometer ciertos abusos, que nunca me han agradado. Ya ves, amiguito, la principal razón que nos ha impedido hacer más viajes que el necesario para que la familia de mi mujer conociera a la mía, y la mía nos tuviera unos días a su lado, pocos, porque la boda se hizo el día 26 del pasado mes de Enero.

Si no, ¡con qué gusto hubiera ido a verte, y a que me vieras feliz en estos primeros días de mi cambio de estado! Gracias, querido, gracias por tu simpático, por tu generoso, por tu leal y bien hecho ofrecimiento. Desideria y Esperanza se hubieran abrazado... tú y yo ¡eche V. apretones! y yo, además hubiera visto y besado a tus hijitos. ¡Porque yo tengo muchas ganas de ver a tus pequeñuelos! Y no, no he pensado en morirme sin veros a todos otra vez.

Si Dios me diera a mí hijos, mejor entonces; mejor. Alguna escapatoria hacía con ellos, para enseñártelos también y para hacerlos amigos de los tuyos. Porque muchas virtudes tal vez no pudiera yo prestarles, pero a ser buenos amigos ¡vaya si podríamos tú y yo enseñarlos con cierta autoridad personalísima!

Mis padres, que agradecieron muchísimo tu carta, te saludan cariñosamente; lo propio hacemos mi mujer y yo con Esperanza y Encarnación; besa a tus hijos y recibe tú un fraternal y cariñoso abrazo de tu buen amigo que no te olvida,

GALÁN.

De propósito he pasado en silencio aquello de tu venida... Era mi sueño tan grato, que, por serlo tanto, no ha podido realizarse.—Adiós.

CARTA 38.ª

Sr. D. Casto Blanco Cabeza.—Tuy.

Piedrahita 10 de Julio de 1898.

Inolvidable y querido amigo: Al ver hoy letra tuya en un sobre que contenía una tarjeta, me dió el corazón que alguna desgracia venía a contarme, y me puse tan nervioso, que no acertaba a romper ni abrir lo que venía medio abierto y medio roto.

Pronto buscaron mis ojos, y pronto encontraron un nombre bajo una cruz. ¡Tu madre, tu pobre madre, tu cariñosa y buena madre es quien ha muerto! Ya ha rezado por ella, que era tan buena, este amigo tuyo que tanto afecto cobró a vuestra pobre muerta, cuando la conoció, diez años hace.

A ti, amigo querido, qué he de decirte sino que lloro y rezo contigo! Desde aquí he gozado tus alegrías, cuando las tuviste, y aquí me tienes hoy de compañero en tu pena. Si esto te consuela un poco, siquiera un poco, vuélvelo a oir otra vez: estoy contigo ahora y siempre, pero ahora más que nunca, porque te recuerdo más cuando sé que tienes penas, que cuando eres muy feliz.

Mayores consuelos tienes, si a ellos acudes. Dios, tus hijos y la madre de tus hijos te ayudarán a sobre-

llevar tu desgracia. Tú, como yo, tenías fe, gracias a Dios; y no has de haberla perdido... ¡yo juraría que no!

Pues bien, ya sabes: tu madre era muy buena, y los buenos van al Cielo. Seamos también buenos y allá volveremos a vernos los que en el mundo sabemos querernos tanto, padres, hijos, hermanos, amigos... ¡Ah, no hay duda que lo que Dios hace, bien hecho está. Resígnate pues.

Querido Casto: fe y esperanza!

Mi Desideria me encarga repetidamente que te dé su sentido pésame, que te resignes... En fin, siente, dice y piensa lo que este tu amigo leal que no te olvida.

Mil cosas a Esperanza, mil besos a tus hijos y mil abrazos para ti de tu amigo, el de siempre,

José María.

CARTA 39.ª

13 Noviembre 1898.

Mi querido amigo: tengo que decirte dos cosas: que he hecho dimisión de mi cargo en Piedrahita y me he trasladado a este pueblo, con el objeto de vivir al lado de unos tíos míos; y que el día 7 del actual, a las siete y treinta minutos de la mañana, nació mi primer hijo, un niño tan hermoso que parece que no es nuestro, y tan robusto, que todas las personas que le ven afirman que su desarrollo hace creer a cualquiera que tiene ya dos meses de vida.

Dios me lo bendiga y nos dé a Desideria y a mí salud para criarlo y velar por él. No me han dejado escribirte estos días las grandes impresiones que he sentido, al abrirse mi corazón de par en par a un amor como el de padre; tan grande, tan intenso y tan nuevo para mí. Apenas ha nacido mi niño, y parece que yo soy otro hombre.

Y más allá de lo que he sentido vislumbro verdaderos abismos de amor, todavía más grande, para mi hijo. ¿Qué te digo de estas cosas, si tú las supiste y las barruntaste antes que yo? Recuérdate y me estarás viendo a mí.

La determinación relativa al abandono de mi oficio, y a mi traslado a este pueblo, ha surgido de las repetidas y antiguas instancias de mis tíos, y de mi

deseo de obtener el mayor provecho práctico para mis hijos, cuando los tuviera, y ya tengo uno. Mis tíos me quieren bien; son ya viejos, él más que ella, pues tiene ya 71 años, y nunca tuvieron hijos y siempre una regular fortuna. Lo demás puedes comprenderlo: ellos desean, por una parte, alguien que dirija los negocios de su casa, pues sienten ya la fatiga de la vejez sobre ellos, y por otra, compañía amable, cariño, calor, ruído en casa, pero ruído de gente suya, y algún apoyo, alguna persona que sepa cuidar en su vejez al que sobreviva.

Yo he venido oyendo sus instancias desde hace mucho tiempo, sin aceptarlas más que en principio, porque aunque yo les quiero sinceramente, para complacerles era menester abandonar mi carrera y mi destino, exponer, tal vez, a una pérdida lo que era el pan de mis hijos... El proyecto era trascendental para mí, porque además de poner en riesgo con su realización el porvenir modesto de mis hijos, no quería yo venirme aquí sin condiciones determinadas, que me dieran cierta independencia en cuanto a medios de vida, mientras vivieran mis tíos... etc. Me hicieron proposiciones para el presente y ofrecimientos para el porvenir. En cuanto a los ofrecimientos, ¿yo qué puedo decir? Ellos y el tiempo me lo dirán. Las proposiciones me convinieron, y además, vencieron ciertos escrúpulos que yo sentía sobre el hecho de venir a vivir sin ganar el pan que comiera, pues ellas me obligaban a llevar yo los trabajos de dirección en los negocios de la casa, a cambio de una participación en los beneficios. En fin, me decidí y aquí me tienes, querido amigo, hecho todo un ganadero, mejor dicho, aprendiendo el oficio, poco a poco, al lado de mi tío.

El trabajo a que tengo que consagrarme es muy llevadero; se reduce a mandar y vigilar a los criados, ir a ver el ganadito, etc. y a llevar en casa las cuentas de todo. La vida que estos trabajos ocasionan es, sin duda alguna, más sana y más llevadera que la de nuestra profesión; y, sobre todo, es de mi agrado, porque a mí me gusta mucho andar por el campo a caballo, y esto es lo que principalmente hay que hacer.

Ahí tienes los sucesos principales de mi vida, desde que mudé de estado; y aquí en este pueblo me tienes a mí, que soy tu amigo de siempre, y que siempre seré tu buen amigo, lo mismo desde esta tierra de Extremadura que desde mi castellana querida tierra.

Mil cosas a Esperanza, con besos para vuestros hijos, y un abrazo para ti de tu invariable amigo de siempre

Galán.

Todavía no está bautizado mi hijo. Lo llamaremos Jesús.

Guijo de Granadilla (provincia de Cáceres).

CARTA 40.ª

JOSÉ MARÍA G. GALÁN
Guijo de Granadilla

18 de Enero de 1900.

Mi inolvidable amigo: Todavía vivo en el mundo, pero nada tiene de extraño, dada la poca frecuencia con que te escribo, que dudes si viviré. Debió de perderse una carta mía, posterior a la que llamas mi última; pero de cualquier modo, hace ya no poco tiempo que dejé de escribirte; y no de meses, sino de siglos pudiera ser llamado mi silencio, si lo referimos a lo que tú te mereces: un diario detallado de mi vida. Pero mira para ti; recuerda el poco tiempo de que puedes disponer, después de cumplidas tus obligaciones todas, y así podrás contestar por mí la acusación que antes me hice.

Ignoraba que Angelito vivía en América. No me lo habías dicho. ¿Qué hace? ¿Qué tal le va por allá? Tampoco sabía que tienes ya seis hijos. ¡Seis hijos! Son muchos para padres como tú... y como yo, que quisiéramos hacerlos a todos príncipes y no podemos lograrlo, porque somos, no tan pobres como amantes de nuestros *nenes;* pero no tan ricos como fuera menester para que los sueños de padre lleguen a ser realidades.

Son muchos hijos, sí; pero Dios te los bendiga todos y te dé salud para ganarles pan y para educarlos bien.

Yo no tengo más que un hijo, mi Jesús, que ahora hizo catorce meses: un angelito hermosísimo que nos tiene *entontecíos de gustu*, como dicen por aquí. Ya sabe donde está Dios, ya corretea sin ningún extraño auxilio, ya tiene cinco dientecillos preciosísimos. «¡Déjate que me calle!» —como por acá se dice— porque si diera en la sabrosa manía de hablarte de mi Jesús, diría muchas simplezas, que sólo a mí me pueden saber a gloria.

Los versos de que me hablas no valen nada, es claro; pero la intención es buena, como la de todos los que he publicado en esa misma revista y en alguna otra que ha querido honrarme mucho, pidiéndome alguna composición. Además de no valer yo para el caso, no tengo tiempo para pensar bien lo poco que alguien me hace escribir, y, naturalmente, casi todo lo que hago se resiente de flojedad, de falta de precisión y nervio y de escasez de ideas originales; y lo que es peor que todo eso, a lo menos en mi opinión, falta de estilo propio y de espíritu personal... en fin, que soy cobarde, porque me asusta un decir que no sea el de la gente que vale tan poco como yo; y soy huraño porque lo más delicado del pensar y del sentir me lo guardo para mí, a veces para evitar profanaciones, a veces porque el idioma que hablo, tal como yo lo manejo, me lo desbarata todo...

Y pensando cuerdamente estas cosas y otras muchas, he decidido no renunciar generosamente, como el otro, a la mano de doña Leonor, cosa a que no aspiré nunca, porque bien sé yo quien soy; pero he decidido, repito, recrearme en cómo *sienten* los que lo

saben decir, que son poquísimos, y dedicarme mientras tanto al cultivo de los olivos, para lo cual tengo, sin duda alguna, mejores condiciones que para el cultivo de la bella literatura. Con ello se ha perdido un mal poeta y se ha ganado un buen labrador; y yo, de más a más, *me he restituido* a la suave prosa monótona de la vida de mi casita, de vuelta de todos mis espiritualismos generosos y honrados, muertos a manos de estériles tentativas, cuyo retrato es el mío con la pluma en la mano y un palmo de boca abierta.

De lo que no puedo responder, hablando sinceramente, es de que todo haya muerto, ni de que algo que haya muerto deje de resucitar cualquiera día. Ya habrás observado —¡mejor que yo todavía!— que soy algo *desigual* en estas cosas, y que tengo propensión casi invencible a pecar de... poco práctico.

Te digo estas *cosas*, para que no entiendas al pie de la letra lo de mi eterno adiós a todo lo que no sea pesar, medir y tasar *las cosas*, como si fueran mercancías todas ellas. No soy como fuí siempre; es la verdad. Me he casado y tengo un hijo, lo cual te dirá más que todas mis confesiones. Pero tampoco puedo todavía decirte que «si me ves no me conoces».

Hablo de mí siempre más que de ti, como ya habrás advertido: pues no es egoísmo, ni falta de afecto, ni mucho menos cosa de vanidad, que a nada conduciría. Es porque yo lo necesito más que tú, que siempre estuviste muy bien equilibrado, más formal, más sereno y más pensador que tu amigo. Si tú lo necesitaras o lo hubieras necesitado, yo me hubiese descuidado a mí mismo, para observar y atender a tus manías, o como se llame eso.

De tu venida a este pueblo casi era mejor no hablar. No vienes... ¡qué has de venir! ¡Ni qué de

extraño hay en que no vengas tú ni venga nadie a visitar estos andurriales en que he venido a meterme!

Viaje largo, penoso, poco tiempo disponible... todo me dice que no, que no vendrás ¡qué has de venir! Tú y yo volveremos a vernos cuando Dios quiera; y este «cuando Dios quiera» todo lo dice; pero dice más que otra cosa, que sí, que volveremos a vernos en el otro mundo, si allí permite Dios que se vean los que aquí fueron amigos. Y hablo sobre el supuesto de que en el otro mundo pueda haber amigos, que tampoco lo sabemos; aunque yo creo que no los habrá, por varias razones. Pues ya ves las probabilidades que nos quedan de tener una entrevista, siquiera de veinticuatro horas, como si dijéramos para saludarse, hablar cuatro cosas atropelladamente y escapar.

Conque, ya sabes: hasta «cuando Dios quiera».

Y *entretanto* —porque habrá tiempo para todo— recibe afectuosos recuerdos de Desideria y míos para Esperanza, un beso para tus hijos y un abrazo para ti de tu buen amigo que no te ha olvidado ni te olvidará

GALÁN.

No me olvido de tu salud. Pero ¿qué voy a hacer, sino pedir a Dios que te la dé algo mejor?

CARTA 41.ª

Sr. D. Casto Blanco Cabeza.—Tuy.

Mi siempre querido amigo: Tan querido, que la lectura de la tarjeta que me anunció tu triunfo, le hizo dar a mi corazón un respingo de alegría. Llamóle la atención a mi mujer el largo rato que debí pasar con la tarjeta delante de los ojos: era que estaba leyendo entre líneas muchas cosas. Entre aquellos dos renglones, el de tu nombre y el de tu triunfo, leí yo la historia entera de tus desvelos de padre y esposo; de tus legítimas aspiraciones de hombre estudioso, serio y trabajador, que en el trabajo buscabas y habrás hallado dos cosas nobilísimas: más pan para tus hijos y más honor para ti.

Sube, sube, que yo, desde abajo y aliquebrado, te veo subir y te saludo meneando el ala rota; despidiéndote... para la cátedra con toda la alegría que me cabe en el pellejo, y con todo el estrépito con que pueden mis manos aplaudir. Yo aquí me quedo, mejor diría si dijera, tú aquí me dejas, en la orillita del río, no derramándome en la cátedra, sino hablando de chotos con mi vaquero; no vertiendo sabiduría para sustancia de otros, sino vertiendo sudor a chorros y acabando de perder lo que nunca con abundancia he tenido... Sí, nos vamos *separando* mucho, cada vez más, el uno del otro. Separación que no reza con la

amistad, porque... yo también soy amigo de mi criado, y *todavía* nos separa una cierta distancia de ese género, no muy grande ¿eh? porque yo camino hacia él con lamentable velocidad desde hace ya un par de años, y a todas partes se llega. Y por esto mismo, porque barrunto a donde iré yo a parar, te aplaudo con más calor para que sigas, para que sigas por donde vas, porque creo que no has llegado a donde puedes, a donde debes y... a donde tú te mereces. Esto último no quería yo decirlo, así, tan en crudo, porque esas cosas me parecen siempre fuertes, para dichas en los propios hocicos de las personas modestas, pero ya está el daño hecho...

Espero que me escribas cuando tomes posesión de tu destino y te instales en tu casa.

«Un amigo mío que es catedrático...» Dispensa la vanidad, pero así pienso empezar a hablar de ti cuando me toque, y quizás cuando no venga muy a pelo. Perdona si a tu sombra me doy un poco de tono: lo que hay en España, de los españoles es.

Mi mujer y mis tíos, sin tener el gusto de conocerte, te felicitan y te saludan, como a Esperanza y a vuestra prole, que Dios bendiga; y tu amigo te envía un abrazo tan grande, por lo menos, como tu triunfo, que Dios convierta en instrumento de bienestar para ti y para los tuyos.

JOSÉ MARÍA.

7-Julio-1900.

CARTA 42.ª

Sr. D. Casto Blanco Cabeza.—Tuy.

15 Agosto 1900.

Mi querido amigo: Para que te sirva de consuelo y aún de ejemplo en cierto modo, pero no de espejo en que mirarte ni de ideal que acariciar, quiero escribirte unas líneas hablándote de mi vida actual... y de la tuya.

Yo suponía que trabajabas mucho, y a eso voy; pero no creí que era tanto como en tu carta me dices.

No hay razón que justifique ese exceso. La más seria que pudieras alegar es la del bienestar actual y el porvenir de tus hijos. ¡Sofisma, sofisma! Porque tú bien sabes que la mitad del porvenir de los hijos (y me quedo corto) es la vida de su padre. El cual a veces la tira por la ventana con lamentable ligereza, creyendo que pone una pica en Flandes. Eso no es hacer milagros: es hacer huérfanos. Acompañe yo a mi hijo muchos años en la vida, y daré en compensación la mitad de la mísera fortuna que un día pueda legarle. Por este lado, pues, no hay razón que justifique el sacrificio de una vida que se gasta a toda prisa, precisamente en obsequio de los que más necesitan la conservación de ella.

Lo que decirme podías es que no hay victoria sin lucha; que no se llega a la cumbre sin sudar gotas de sangre en atajos y veredas... es verdad. No fueras hoy lo que eres, si hubieras hecho con los libros lo que yo. Pero aún aceptando todo eso, sin discutirlo siquiera, me queda el recurso de decir que he llegado a ti precisamente en el momento oportuno: cuando puedes sentarte en el camino, y hacer lo que yo quiero que hagas: descansar... y vivir.

Porque esa vida no es vida. No podemos ni debemos despojarla del sentido utilitario, que es fuerte resorte de ella. Ni todo el monte es orégano, ni todo el monte es abrojos. Ni nadie se alimenta con suspirillos del aura, ni sólo de pan vive el hombre...

¡Los libros! ¡La ciencia!... Tampoco la vida es eso. No he dicho nunca por qué: le tengo un poco de miedo a los *intelectuales*. Me dirían, si me oyeran, que, como no se me ha abierto «el alcázar de la ciencia», quiero apedrear las puertas. ¡Falso, falso!

Hay prisa y tengo que limitarme a afirmar, a negar y a seguir más adelante. Hay que *vivir*. Y no reventándose por los hijos, para dejarlos prematuramente huérfanos, ni llenando la cabeza, como sótano de comerciante, con fardos de *sabiduría científica* seca, que es cosa buena... cuando no lo ocupa todo; cuando no se la coloca en el altar de los amores para que absorva lo que no debe ser suyo. Perdona si le regateo alabanzas y loores a lo que te ha llevado a sentarte en el honroso sitial de una cátedra; y echando tierra al pasado, convengamos en lo que importa, que es esto: tu cabeza tiene ya lastre científico para un rato: déjala descansar, y a vivir por otro lado.

Yo, en parte porque veía algún mayor provecho material para criar a mis hijos, y en parte porque así

me lo pedía... todo el cuerpo, hice un cambio de postura en la vida; deserté de la ciudad y escapé al campo. Y en él no es la mía la vida paradisíaca que en tu carta dibujas sobre un fondo de lisonjas, que dejaré incontestadas para que el tiroteo no continúe y regresemos de nuevo al dulcemente ceñudo silencio *pudoroso* de la amistad sin elogios, sin alicientes exteriores, sin expresivos desahogos que, no por ser sinceros, dejan de ser habladores...

Pero, si mi vida actual no es idilio, tampoca es toda ella horrible prosa científica, sin jugo, sin flexibilidad, sin substancia, sin entrañas. Yo también, como tú, trabajo mucho.

Pero a mí me es lícito hacerlo, porque los trabajos a que me dedico yo, no gastan; quizás reponen.

Y vivo bien, a Dios gracias; pero no me falta hueso que roer. En mi trato con las gentes sufro no poco. Las gentucas de las aldeas, al par que cosas muy buenas, tienen miserias y roñas morales, que repugnan al estómago más fuerte.

Se necesita mucha caridad y mucha paciencia para vivir entre ellas. Ese es el hueso y no es chico. Como que en la lucha con él no hay más defensa que el aislamiento, sino absoluto en el sentido material, sí en cuanto se refiere a la vida del corazón. Yo no tengo más amigos en el sentido extricto de la palabra, que uno de mis criados. Los demás de ellos tampoco sirven para el caso. Con ciertos *ilustrados* del pueblo no hay que contar para nada.

....

El anverso de esta medalla es mi vida de campo, de soledad interior, de tareas y afanes diarios. Y este aspecto de mi vida sí que es bueno: agradable para el espíritu y provechoso para la salud del cuerpo. Yo

trabajo bastante; leo algo, muy poco, pienso algo más que leo; pero ni el trabajo me revienta, ni mis lecturas me dejan ciego (¡ni mucho menos!) ni mis pensares pueden trastornarme el juicio.

Voy dejándome vivir, agua abajo, agua abajo, sin prisa alguna, como el que sabe que están en razón inversa la rapidez de la marcha y el tiempo que es necesario para andar todo el camino.

Algo de esto quisiera yo para ti. Que no te consumas; que no te quemes a fuego de fragua; que te vayas marchitando al calor del sol, que es más suave, más de Dios, más *piadoso* que el otro, para los padres que tienen hijos pequeñuelos, que tampoco viven sólo de pan, sino de amor, de caricias, de cuidados, de perenne vigilancia paternal, de paternales amparos contra los males y los peligros del mundo; de enseñanzas, cuyos maestros son insustituíbles...

Desde que nació mi hijo, ya no hay dudas para mí: es mejor llegar a viejo que llegar a sabio.

Me he hecho medroso. Nunca le tuve miedo a la muerte, y hoy se lo tengo, cuando al verme en un peligro se me acuerda el hijo mío. ¿Quién, que no sea yo, me lo puede defender de los malos y del mal? Su madre diera la vida por él, es verdad; pero, ¿no podría yo darla con mayor fruto para ellos?

Dios es padre de todos; y si no fuera por eso, ¿quién querría tener hijos, ante el temor de tener que dejarlos por ahí solos?

¡Cómo me voy alejando de mi propósito! No estaba hablando contigo sólo, sino conmigo también; y por eso he insistido demasiado en estas cosas, que son más viejas que yo, ya lo sé; pero que no por ser viejas y vulgares, dejan de estar muy en razón.

Yo no lo sé con certeza; pero me atrevo a suponer

que el trabajo de la cátedra no mata en cuatro días al que la explica.

Pero si a más de tus trabajos de cátedra, empiezas nuevamente a cargar con otros de orden privado, que llenen tus horas de descanso, como el estudio y las lecciones particulares... en ese caso, podrás llegar a sabio, y si me apuras, a rico; pero no vas a llegar a viejo.

Supongo en ti los conocimientos necesarios, y no quiero decir más, para no hacer un mal papel en la cátedra que vas a desempeñar. Por lo cual tu tarea se reduce a trabajo de exposición, pero no de adquisición. Pues a explicar tus asignaturas, y a *higienizarte* un poquillo. Y más adelante, Dios dirá lo que se debe de hacer.

Mis muchas ocupaciones no me han permitido este verano ni siquiera ir a ver a mi familia, que está esperándome desde hace ya más de un año. Y yo aquí quieto; veraneando en la *dulce* Extremadura, bajo un sol que parte los pedernales de la calle, y respirando el aliento de esta tierra, que se abrasa, que se raja, que parece que se muere para siempre.

Vosotros, afortunados mortales, que vivís en esas dulces latitudes, no imagináis lo que es esto. Vivimos como los árabes, acaso en más de un sentido; pero señaladamente en éste a que yo aludo, de la temperatura que *disfrutamos.*

Si te has hecho demasiado sutil, dirás acaso que por eso, porque somos medio árabes, predicamos la vagancia, el dulce no hacer nada de la vida, el reposo del espíritu, que goza mucho durmiéndose al arrullo fatigoso de una pereza melancólica y estéril...; y mirándome desde la altura de tu actividad febril, dirás con ironía bondadosísima: «he ahí un meridional»...

¡Quiá!, no es eso! Si por decirte que vivo en el país de las chicharas, has de negar autoridad a mis palabras y olvidar en absoluto el sermón que te he disparado, para que te pongas gordo y para que vivas sano, te llamaré... *intelectual*, que es un mote feo, cuando se dice con cierta intención... Come y engorda, y déjame de influencias de clima y demás cosas semejantes.

Ya me dirás, cuando llegue el caso, cómo te va en Santiago.

Saluda a todos y manda a tu amigo que te quiere

José María.

15 de Agosto de 1900.

CARTA 43.ª

Diciembre de 1900.

Mi querido amigo: Al leer hoy tu tarjeta, recordé que te había escrito, y buscándola, dí con una larga carta ya cerrada que me olvidé poner en el correo. En el de hoy te la envío aunque la fecha es muy vieja.

De ella acá he sufrido dos desgracias de familia: en pocos días fallecieron mi hermana Enriqueta, que era la mayor de las dos que Dios me dió, y la única hermana que a mi madre la quedaba.

Mi pobre tía (q. e. p. d.), había sido mi segunda madre y yo la quería muchísimo: pero era ya muy anciana y la vida tiene un límite, y esta consideración no deja de ser, en cierto modo un consuelo...

¡Pero mi hermana!

Casada con un hombre enamorado de ella, con cinco hijos pequeñuelos, viviendo una vida rebosante de paz y sencillez, en lo mejor de la edad... En aquella casa con todo acabó la muerte: con la dicha de un hombre honradísimo, que era modelo de esposos, con la vida de una cristiana mujer, tan esposa como madre y tan madre como esposa, en el sentido absoluto de la palabra bondad; con la sombra protectora bajo la cual se educaban y vivían cinco hijos, que tenían por delante un porvenir, en donde había para ellos pan y amor... ¡Con todo acabó la muerte!

Lo hizo Dios, y está bien hecho. Reza un padre-

nuestro por mis pobres muertas, y por que Dios sea el amparo de los cinco huerfanitos.

* * *

Como nos escribimos pocas veces, hay que hablar algo de todo en cada carta.

Mi Jesús está muy bueno, muy guapo y muy hablador. Es nuestro encanto. Tiene dos años recién cumplidos, y charla como si tuviera cuatro. Y aunque yo no fuese su padre, diría que tiene una inteligencia que vale cualquiera cosa, a Dios gracias.

Desideria también está buena, aunque hace dos o tres días tiene un fuerte catarro que me alarma un poco; no por lo que el catarro es, sino porque la tos que tiene puede ser perjudicial para su estado, pues espera ser por segunda vez madre, dentro de un mes próximamente.

¡Dios no nos abandone!

Yo con mis tareas de siempre. La mayor parte de los días en el campo, y ahora acompañado por mis penas, como puedes suponer. Las ocupaciones me distraen mucho, y mis aficiones literarias, además de distraerme, me consuelan. Ahora las prosigo con más vigor que antes, no sé porqué.

Miguel de Unamuno, que, como sabrás, es ya Rector de la Universidad de Salamanca, me anima mucho, y ahora me está excitando a que escriba nada menos que dos libros. Se ha hecho amigo mío, y te diré por qué, ya que eres tan bueno para mí, que todo lo que a mí se refiera te interesa.

Hace algún tiempo escribí una composición en la jerga de este país, por invitación de mi familia. Mi hermano Baldomero, que es abogado del Estado en Salamanca, era amigo de Unamuno, y éste le pidió

algo mío que leer, pues sabía, no sé por quien, que podía dárselo. Precisamente acababa de recibir mi hermano los versos en aquel momento, y se los dió. Por lo visto le encantaron, pues le dijo a mi hermano que iba a darlos a la imprenta. Mi hermano le detuvo, diciéndole que habían sido escritos, no para el público, sino para contadísimas personas. Unamuno dijo que los publicaba, aunque yo le llevase a los tribunales, pero al cabo esperó mi contestación. Entretanto él se los leyó a varios amigos, entre ellos a Pereda, que por entonces pasó por Salamanca.

Ahora me escribe, diciéndome que en su reciente viaje a Madrid, adonde fué con objeto de hablar en el Congreso Hispano-Americano, se los recitó de memoria yo no sé a cuántos de sus conocidos, uno de ellos Balart, a quien creo que le gustaron sobremanera. Tanto, que le preguntó a Unamuno si yo había escrito más; y al contestarle que sí, le dijo que me excitara a que hiciera un tomito, pues lo merecía de veras. Unamuno me dice que el mismo Balart haría el prólogo, y en todo caso hablaría del libro.

A otro de los que más le agradaron los versos fué a Salvador Rueda, que decía: «eso, eso es poesía y no alquimia».

Unamuno me dice que lo haga, y además me excita a que escriba en prosa; o cuadros de costumbres, o una novela.

Pero nada: no hay quien me saque de mi paso. Le he contestado largamente a todo, y no te digo qué, por no hacerme demasiado *lato...so.*

Hace unos días le mandé dos romances, para que me dijera qué era aquéllo. Uno de ellos —me dice— le ha gustado mucho: «allá en el fondo, hay algo de académico, en el mejor sentido de esta palabra: por

bajo de aquel estilo del pueblo se vé tal vez una mano que alguien llamaría literaria».

Ahora tengo que enviarle un cuento, que a él y a mi hermano les tengo prometido. Quieren que, sin dejar los versos, escriba prosa también. Todo ello parará en nada, porque yo no tengo algunas de las condiciones que se necesitan para lograr lo que me dice Unamuno que podía lograr: crearme un nombre. Además tengo que escribirlo todo atropelladamente, por falta de tiempo para preparar debidamente las cosas. Pero en fin, el hecho es que yo me distraigo mucho con estas cosas, y voy pasando la vida. También estoy recogiendo por aquí terminachos, voquibles, decires, giros, etc., que me ha encargado tiempo hace, el propio Unamuno como materiales auxiliares para una obra que está escribiendo acerca de los orígenes del idioma castellano. También está ahora metido el hombre en una novela pedagógico-humorística en la que hay, según me ha dicho, elementos grotescos, trágicos y sentimentales. Veremos lo que le resulta.

No dirás que escribo y detallo poco, y que no te hablo más que de cosas mías (aceitunas, chotos, prados, etc.). Te hablo mucho y de cosas vuestras, de los que vivís en esas atmósferas superiores; cátedras, libros, papeles, oradores; Arte, Arte; ciencias, saberes, etc., etc.

Veremos cómo te portas tú ahora con los campesinos, que no leen más libros ni aprenden más cosas que las que les dicen las cartas de algunos de sus amigos.

Que tengáis felices pascuas y entradas y salidas de año os desea vuestro buen amigo, que a ti te abraza,

José María Galán.

CARTA 44.ª

Guijo de Granadilla, 5 de Febrero de 1901.

Mi querido amigo Casto: el día 27 del próximo pasado mes de Enero nació mi segundo hijo. Él y su madre están buenos a Dios gracias.

El recién nacido ha sido ya bautizado con el nombre de Juan Crisóstomo, que es el del Santo del día en que vino al mundo mi hijo.

Ya tengo dos: Jesús mi primogénito, que acaba de cumplir dos años, y el que Dios me envió pocos días ha.

Y para eso te escribo estas líneas, para decírtelo. Y para darte otras noticias, no como la de hoy, sino muy triste, te escribí también hace poco tiempo, porque quiero que todo lo sepas, ya que eres un amigo excelentísimo.

Por hoy no te digo más; que mucho debí decirte en mis dos últimas cartas, y no quiero repetir alguna cosa de las que agradan bien poco a quien las padece y a quien tiene que escucharlas.

Ya vendrán días mejores, si Dios quiere, y entonces yo charlaré como siempre. Pero antes espero leer carta tuya.

Tu amigo de siempre

José María

CARTA 45.ª

JOSÉ MARÍA G. Y GALÁN
Guijo de Granadilla
(Cáceres)

1.º Febrero 1902.

Mi querido amigo Casto: Sin madre, ¿cómo he de ser yo feliz? Pues de eso no hablemos más, buen amigo mío. Sólo, sí, te diré que, como tengo una esposa que es un ángel y dos hijos preciosísimos y sanos...

Vivo atareadísimo con mis cosas del campo; y ya te dije que apenas me queda tiempo que dedicar a mis aficiones literarias. No sé si sabes que mi hermano Baldomero, abogado del Estado en Salamanca, me hizo escribir algo para los Juegos Florales de aquella ciudad, y lo hice con tal acierto, que premiaron mi composición con la Flor natural, un gran diploma y el ramo de oro que regaló el Ayuntamiento de la ciudad.

¿Conoces la poesía premiada? Se llama *El Ama*, y ha sido celebradísima. Todavía continúan los críticos hablando de ella. Hace pocos días me daba un *bombo* en *El Imparcial* Ramiro de Maeztú, y me mandaron unos números de *El Universo*, de Madrid, con una crítica de Angel Salcedo, que hacía un paralelo con mi composición y con *El Idilio* de Nuñez de Arce. Si puedes, lee dicho periódico, que es el del 27 de Enero próximo pasado.

También Villegas *(Zeda)* escribía en *La Epoca* que desde *El Idilio*, no se había vuelto a publicar en

castellano ninguna composición como esa mía, dentro de su género, etc., etc.; porque, para *bombearme* contigo basta y sobra.

Estoy terminando un pequeño tomo de poesías castellanas, y tengo en proyecto otro de poesías extremeñas.

El primero es esperado en mi país como el maná, porque ahora resulta que yo soy *el poeta* de aquellas gentes y aquellas tierras...

En Extremadura... lo mismo: la han tomado ahora conmigo, y me tienen horriblemente mareado ya. ¡Hasta he tenido que dejarme *banquetear!*

No escribo en *La Lectura Dominical* por falta absoluta de tiempo; por lo mismo que no escribo en una porción de papeles públicos, que me tienen asediado con peticiones.

No, querido: U... es pequeño para *llevarme* por donde tú te figuras. Como no sea el diablo, no sé yo quien podrá ser; y al diablo le pongo yo enfrente a Dios, ¡y boca abajo el diablo! U... es amigo mío, como él y yo lo somos de muchos, pero nada más. Y últimamente quizás no tanto, porque los sabios tienen también sus flaquezas y sus pasiones, como yo también las tengo, que no soy sabio; pero soy, *en cambio*, una *mijita* díscolo, o si se quiere muy amigo de obrar con independencia, y *velay.*

No ha *sucedido* nada, pero, vamos, que las cosas no creo que estén como antes.

¿Gustarme a mí Pereda?... Como las propias mieles, querido, como las propias mieles. Pues no faltaba otra cosa sino que a mí no me gustase Pereda! Cuando Pereda deje de agradarme a mí, ten compasión de tu amigo.

Y ahora que hablamos de Pereda, ¿creerás que,

por un cuento que he publicado en un periódico de Salamanca, me han dicho que en él hay cosas que igualan a *las cosas* de Pereda, y otras que...? ¡detente, oh periodista! que sólo un buen periodista puede atreverse a decir algunas cosas.

Y así me paso la vida ahora, trabajando mucho en el campo, escribiendo muchas cartas (porque desde lo de los Juegos Florales esto es el acabóse) y haciendo poco arte.

Y solo, eso sí: muy solo en cierto sentido, porque no respiro más aires espirituales que los que yo mismo me creo y los que me enviáis de lejos.

Salud para Esperanza y vuestros hijos, y en otra *hablaremos de ti*, porque estoy muy de prisa hoy, y no hago más que garabatos indescifrables.

Te quiere mucho tu amigo

GALÁN.

CARTA 46.ª

JOSÉ MARÍA G. Y GALÁN
Guijo de Granadilla
(Cáceres)

7 Abril 1902.

Mi queridísimo Casto: Se me ha estremecido el alma al leer esta carta tuya que tengo delante, escrita por mano extraña y acabada por la tuya, insegura y temblorosa.

No, queridísimo Casto, no querrá Dios que tan pronto mueras, no. Le he pedido tu salud con un fervor, con un deseo, con una ansiedad tan grandes, tan grandes, que me he sentido muy tranquilo al terminar mi oración. Parece que alguien me ha dicho que no; que Dios te deja entre nosotros, que Esperanza y tus niños no han de quedarse sin ti, sin tu amparo, sin tu amor, sin su mundo entero, que eres tú, querido mío.

Además yo no lo creo. Yo sé, sí, que hemos de morir todos; pero ¡Señor! si todavía *no he creído* yo que ha muerto mi madrecita de mi corazón, a quien pronto hará diez meses que ví morir en mis propios brazos! Y aún lucho, porque me lo soñé muchas veces, y hay momentos en que he dudado si esto será un sueño más, algo más largo que aquéllos, que también eran muy largos. Y algunas veces le digo a cierta especie de realidad que me arguye para que lo crea: bueno, sí; no será esto el sueño de una noche, pero,

¿y qué?; será el sueño de unos pocos años; pero cuando yo me muera, se acabó el sueño, y al despertar, veré que no se me ha muerto nadie.

Contigo no llego ni a esto. Porque, sí, estás enfermo; pero yo no he visto más, y luego, que todos los que te queremos le hemos pedido a Dios que te deje con nosotros.

Ya ves si tendré confianza, que, para cuando te pongas bueno, te envío adjunto un libro mío, que no es más que primicias de otro que pronto te mandaré también, si Dios quiere.

Ahora, cuida de tu salud y no me escribas. Pero que me escriba alguien, a vuelta de correo, dos o tres líneas que me digan nada más cómo te encuentras.

Queda esperándolas el amigo que tantísimo te quiere,

Galán.

CARTA 47.ª

Guijo de Granadilla 22 Mayo 1902.

Muy querido amigo mío: Tampoco tú puedes imaginar la alegría que me ha producido ver letras tuyas. Pon mi cariño al lado de tu actual situación, y harás nada más que un aproximado cálculo.

Pido a Dios que siga aliviándote hasta que lo estés del todo, que bien lo necesitan tus hijos y la madre de tus hijos.

Llevo una temporadilla de vida un poco agitada. Porque a cuenta de lo del libro, me hizo ir mi hermano Baldomero a Madrid por un par de días siquiera, y allá me tuvieron seis o siete.

Si es que has leído algunos periódicos, ya sabrás que el Ateneo me invitó a dar una lectura, que, en efecto dí. Y, *por esta vez,* puedes creer a los periódicos, porque, *efectivamente,* gustó la cosa.

Más adelante te daré detalles de todo, porque hoy ni tú ni yo estamos para ello: tú porque debes leer poco; yo, porque tengo que escribir como a jornal.

Porque con eso del libro y del Ateneo, y con lo del otro libro que me editó y prologó el P. Cámara, se me ha venido encima un chubasco diario de cartas y papeles, cuyo despacho me tiene ¡ay! reventadito.

¿No has recibido *Castellanas?* Supongo que sí, porque fué certificado.

Soy el de siempre, Casto.

Mortalmente pecarás, si desconfías de tu antiguo amigo.

Los ojos míos, delante de los cuales están haciendo flotar desde hace algún tiempo una humareda escandalosa y descarada de incienso, no detienen en ella sus miradas.

Miran, porque se lo manda la cortesía; pero no se ponen turbios, a Dios gracias.

Ven lo de siempre: dos mundos: *el suyo*, el de siempre, y *el otro*, el de nunca.

Y no quiero que leas más. Quiero que te pongas bueno, y que me lo digas pronto.

Saluda a Esperanza, besa a tus hijos y te abraza tu invariable amigo

GALÁN.

CARTA 48.ª

Guijo de Granadilla 9 de Junio 1902.

Mi muy querido Casto: Tu tarjeta postal me ha venido a dar el segundo alegrón, más grande todavía que el primero.

Por Dios ten mucho cuidado en este período de tu mejoría; cuidate mucho y bien; no te acerques al trabajo, no hagas el más leve exceso. Eres tan necesario, que cuanto hagas por vivir es hacer poco. Creo que no debes aún escribir ni leer. Yo te mandé *Castellanas*, para cuando estés bueno del todo, y para entonces te mandé también el librito que editó y prologó con mi anuencia el P. Cámara. ¿No los has recibido? Supongo que sí, sobre todo, mis *Castellanas*, que fueron en pliego certificado. Que te lea Esperanza estos garabatos. Te hablaré algo de mis dos librejos.

Ambos han gustado extraordinariamente, (así no le hablo yo casi a nadie). Cuando *Castellanas* estaba en prensa, me pidió el P. Cámara, Obispo de Salamanca, que le permitiera editar a él un tomito con algunas de las composiciones ya conocidas del público, pues quería él hacer un prólogo para ellas, y difundirlas entre sus hermanos de Episcopado y amigos, que tiene en todas partes.

Se lo concedí con mucho gusto, e hizo el libro y el prólogo. Me regaló la mitad de la edición, y como él regaló su parte, yo tampoco quise poner a la venta

la mía, que, después de todo, era un regalo que él me hizo.

Empecé a regalar, y a los pocos días, ya no pude hacer otra cosa que regalar a la fuerza, pues me llovían de todas partes las peticiones, hasta que me dejaron con el ejemplar que me dedicó especialmente el señor Obispo y otros cuatro o seis más. Por entonces fuí yo a Madrid, donde sólo pude estar unas cuantas horas, y ya allí me hablaron de un acto literario en el Ateneo, cuya Sección de Literatura tenía el proyecto de invitarme para dar allí una lectura de poesías. Yo no acepté por entonces, porque tenía mucha prisa de venir a mi casa. Después cuando se acabó de editar *Castellanas*, me hizo ir otra vez a Madrid mi hermano Baldomero, que así lo había prometido a unos cuantos amigos suyos y admiradores de mis coplejas. Y entonces fué cuando dí la lectura en el Ateneo. Querían en él que les diese 8 días de respiro para preparar el acto con música, etc.; pero me negué en redondo, por tener aquí muchas ocupaciones, y a los dos días de estar allí, sin darles tiempo más que para hacer a escape las invitaciones, se celebró la velada... Leí unas composiciones de las del libro (que aún no estaba puesto a la venta) y luego me pidieron, *fuera de programa*, unos cuantos ateneístas, que leyera *El Cristu benditu* y *Varón*, ambas escritas en dialecto extremeño. Gustaron todas muchísimo. El éxito fué verdad. Se aplaudió aquella noche como, según me decían todos, se aplaude allí pocas veces las lecturas de versos. Excuso decirte que me felicitaron y me zambombearon todos los literatos, periodistas, aficionados, etc., de la casa y de fuera de ella. Total, que me pasé seis o siete días en *Modernópolis*, y vine más cansado que si hubiera estado segando trigo.

La crítica ha tratado bien al librejo en periódicos y Revistas. Todos los papeles han hablado de él, menos los tres grandes rotativos, *El Imparcial*, *El Liberal* y el *Heraldo de Madrid*.

Llenos de... prejuicios, no quisieron dar ni siquiera la noticia anunciadora de la velada, enviada a toda la prensa por la Sección de Literatura. Te advierto que algunos de los redactores de esos rotativos estuvieron conmigo *inaguantables* en la velada. No me gusta decir lo que ellos decían de los versos, porque es demasiado fuerte todo ello. Y creo, y así lo creían otros, que hablaban sinceramente, pero... tú no sabes dónde, en estos tiempos nuevos, se esconde la tiranía más estupenda y la esclavitud más horrible? Pues en las Redaciones de los rotativos que se pasan la vida cantando todas las libertades, entre ellas, la de la emisión del pensamiento...

Yo *pude hacer* que alguien hablara, pero no me dió la gana de intentarlo, ¿sabes? No tuve a bien sentarme en los umbrales de las puertas grandes, esperando la limosna, como hacen muchos con el mayor impudor.

Lo cual quiere decir también, —yo bien lo sé—, que no tengo condiciones para crearme un pedacillo de nombre. Mas como mi fin no es ese, no lamento, sino que celebro, esa falta de condiciones para la fabricación de éxitos más o menos artificiales. No le puedo decir a nadie estas cosas, a no ser a uno como tú, porque casi nadie me las interpretaría rectamente. Las llamarían rabia, o soberbia o despecho, porque casi todo el mundo se figura que no hay quien tenga... *agallas* para desdeñar un *bombo* de un rotativo. ¡Mira que anda bueno el mundo! Y mis amigos de por aquí aun tienen la candidez de indignarse ¿por qué dirás? ¡por el silencio de los rotativos! No saben que, aún

dejando a un lado otras razones de más peso, bastó la primera presentación que hizo el P. Cámara de mis escritos, para mirarlos con... desdén. Alguien ha querido hablar de eso en periódicos de provincias, pero yo se lo he prohibido. Quiero a toda costa paz, quiero silencio, quiero que nadie me *corrompa las oraciones*, interpretando perversamente protestas de amigos, que me producirían, con toda su buena intención, más daños que beneficios.

Lo mismo te digo a ti: que rompas este pliego y no hables con nadie de él. ¡Concho! lo único que lamento es una cosa: si estará creyendo algún periodista que con su silencio me ha ¡jeringado!

Con estas tonterías no me ha quedado tiempo para hablarte de algún proyecto. No tengo tiempo para hacer cosa de provecho, porque las cosas hechas de prisa, valen poco generalmente. Me gusta escribir algo, y algo escribiré en cuanto tenga vagar. Ya te diré lo que sea.

Que te cuides, y que te cuides.

Saluda a Esperanza, besa a tus hijos y te abraza tu buen amigo

GALÁN.

CARTA 49.ª

Guijo de Granadilla 10 Octubre 1902.

Queridísimo Casto: Me gusta más rezar por tu salud que hacerte leer cartas. Por eso te escribo poco.

Tu última me ha producido amargura. Me escribes muy abatido. ¿Por qué has de estarlo de alma? Levanta a Dios el corazón y esperanza en Él.

Ponte sereno, porque imagino que no lo estabas cuando me escribiste. Digo sereno en el sentido *valiente* de la palabra, porque ni entonces, ni nunca has perdido tú esa otra hermosa serenidad del alma cristiana, que llega al martirio primero que a la desesperación y al excepticismo.

Las penas con que Dios puede probarnos en este mundo ¡quién duda que son terribles a veces! Por eso se llaman pruebas. ¡Y qué puedo yo decirte de ellas, querido, que tú no sepas, si Dios te dió cuánto necesitas para entender mucho y bien, y para obrar en orden a tu entender!

La poca salud, el mucho amor a los hijos, las visiones negras del porvenir, agrandadas muchas veces por infinito celo amoroso de padre y por tristes abatimientos de enfermo... Ya lo sé, querido; ya sé que todas esas cosas, y otras a ellas parecidas, te causarán

amarguras; las amarguras de que le hablas a tu amigo desde que te falta la salud del cuerpo, tan necesaria para todo, para todo, y, más que para nada, para los hijos queridos.

Y tu amigo, que es otro hombre como tú, no puede, —¡tú bien lo sabes!— no puede darte un consuelo humano definitivo, absoluto, suficiente; ni cree que los hombres puedan dártelo tampoco. ¡Quién puede dar lo que no tiene? Y si ni siquiera sirvo para darte un gran consuelo, menos podré dar remedio a tus amarguras de hoy. Para esto y para aquello no hay nada aquí. Está arriba todo; y tu amigo del alma, cuando para él mismo y para todos los suyos necesita grandes cosas, mira siempre a un solo sitio, al sitio donde está Dios.

Todo lo demás es estéril cuando no es necio. Por eso rezo por ti y te escribo pocas veces. Porque si con oraciones no te doy cosa buena, mira tú qué podré darte con palabras y más palabras.

Confío en Dios. He confiado en Él siempre, y aún más cuando las cosas amargas quieren ahogarme; porque yo también, Casto inolvidable, tengo penas y algunas penas muy grandes.

Voy viviendo... voy viviendo, sostenido, esperanzado... Haz tú lo mismo, que Dios te protejerá.

Para acabar, y porque todo lo mío te interesa, aunque sea una pequeñez, te diré que mandé a los Juegos florales de Zaragoza cuatro poesías, y me han premiado una de ellas con la Flor natural, y las otras tres con otros tantos premios.

Acabo de contestar un telegrama del Alcalde de Zaragoza, que en nombre de la Ciudad me felicitaba, autorizándole para que, por delegación mía, nombre

reina de la fiesta y recoja mis premios, pues yo no voy a buscarlos.

Vengan nuevas noticias de tu salud, y sean como las desea tu caro amigo

GALÁN.

Saluda a Esperanza y da un beso a tus hijos
Adiós.

CARTA 50.ª

Y ÚLTIMA

Guijo de Granadilla, 9 Enero, 1903.

Mi querido Casto: te tengo a media correspondencia, amiguito inolvidable.

Perdóname. Estoy cansado, estoy aburrido, no sirvo para el caso. No puedes imaginarte las cartas que diariamente tengo que contestar.

Si no lo hago, me llamarán grosero, o me llamarán soberbio, o me llamarán tonto, que es lo que más me molestaría. Si me propongo ser cortés, no tengo tiempo para escribir a mi familia de Castilla y a mis amigos más queridos.

No esperes que te hable de Cáceres. Vine rendido. Imagínate todo, y me librarás del tormento de contártelo. Yo lo agradezco todo mucho; bien sabes que soy muy capaz de ello.

Pero contigo me desahogo; diciéndote que me cansa, que me molesta todo ello; y gracias que ya no parece que me hiere, como al principio. Me acostumbré a ver y oir con indiferencia, y ya no me producen ni bueno ni mal efecto ciertas cosas.

Tú me has causado un rato de alegría, de la buena, con la noticia de tu mejoramiento de salud. Dale a Dios mil gracias, querido, que te está favoreciendo visiblemente, y no dejes de pedirle que no te abandone un momento, porque tus hijos y tu esposa necesitan de tu vida, como de la suya propia.

Y por tu parte, haz lo que puedas y debes por la salud. Cúidate, no hagas excesos, no te fíes de tu estado actual, y así no cometerás imprudencias, que puedan costarte alguna nueva recaída.

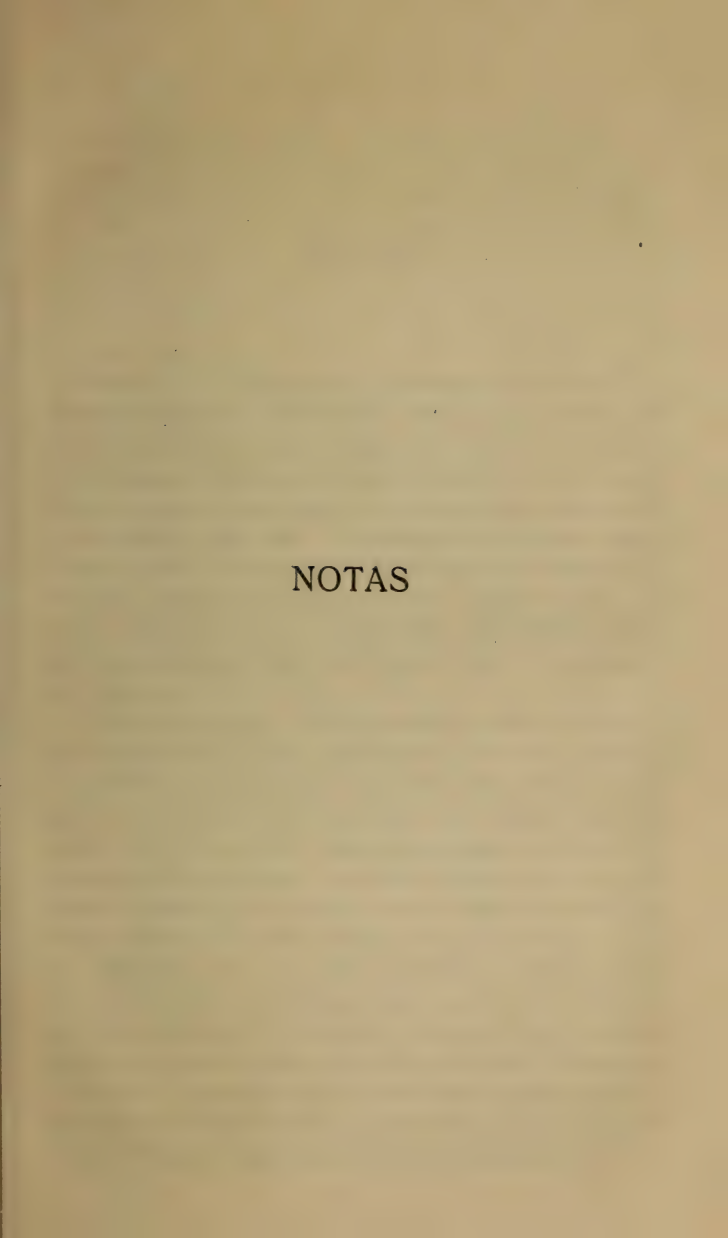
Ya que puedes leer, te mandaré pronto un folleto mío que saldrá a luz estos días.

No creas que puedo dedicarte más tiempo hoy. Confío en que vendrá pronto la temporada del descanso, y entonces podré escribirte, porque esto no es escribir: es telegrafía seca.

Que sigas bien, querido; saluda a Esperanza, besa a tus hijos y manda a tu amigo cariñoso

GALÁN.

Que Dios os dé un feliz año de 1903.



NOTAS

NOTAS

Carta 1.ª Esta breve y cariñosa carta me fué dirigida a Segovia, donde pasé dos días para visitar a mi tía Concha y a mis primos. Yo había prometido esta visita al regresar a Galicia terminados mis estudios, y rogué a Galán que me acompañase a pasar tan breve plazo con mis bondadosos parientes; pero Galán prefirió quedarse en Madrid. En la estación de Segovia debíamos reunirnos para seguir juntos el viaje hasta mi casa, y la carta tiene por objeto precisar exactamente el día y el tren en que lo habíamos de realizar.

Fuente Vaquera. Galán escribió esta sentida balada en mi casa de San Saturnino. De todas las producciones que se incluyen en este libro, *Fuente Vaquera* es la única que ha salido del secreto donde hasta ahora he tenido guardados como inestimable tesoro los papeles que me dedicó Galán. Fué en solemne y memorable ocasión. En la Velada necrológica que en honor del poeta organizó el Ateneo León XIII de Santiago, que me había confiado un cargo en su Junta Directiva, dí lectura a esta poesía, la cual fué aplaudidísima por el selecto y numeroso público que llenaba el salón de actos del edificio de San Clemente.

Adiós. Improvisó tan espontánea y tierna despedida al correr de la pluma y en el mismo papel en que me la entregó, el cual está sin tacha ni enmienda.

CARTA 2.ª El original fué escrito con lápiz pocas horas después de emprender su regreso a Frades, y estando el tren en marcha, como indica el poeta y ciertamente se nota en lo tembloroso de los trazos.

CARTA 3.ª Escrita en Medina del Campo a nuestro común amigo Antonio, en cuya casa de la Coruña quedábamos ambos esperando ansiosos noticias del viaje de Galán.

CARTA 4.ª Era tal el acendrado afecto con que nos correspondía, que aprovechaba durante el viaje toda ocasión para escribirnos. Con ésta son tres las misivas que nos dirigió desde el camino, antes de llegar a su casa.

CARTA 5.ª Acompañando esta hermosa y extensa carta me remitió terminado el poema

MAÑANAS Y TARDES. Constituye, según opinión autorizadísima, el más sentido y copioso canto al campo castellano, del cual era Galán tan entusiasta admirador. Las dos partes primeras las compuso en San Saturnino, sentado a orillas del río Jubia, en el sitio llamado *Pozo de los Donceles,* delicioso y legendario rincón hoy hermoseado por la munificencia y buen gusto de los Sres. Duques de la Conquista, Marqueses de San Saturnino. La frondosa avenida que conduce allí, donde el ilustre poeta improvisó esta obra, merece bien llevar el nombre de Gabriel y Galán.

CARTA 6.ª Antonio había ido a París para ver la Exposición Universal, agregado al *Orfeón Número Cuatro,* notable coro organizado y dirigido por el maestro Veiga, el padre de Julio. Este orfeón dió varios conciertos en el Palacio del Trocadero y obtuvo el Premio de Honor y la Gran Medalla de Oro. Al regreso se quejaba Antonio del silencio de Galán. Éste no había podido escribir, porque... «El estado de mi alma, ya

lo sabéis los dos, ése fué el que me lo impidió». Su alma hervía bajo la acción de impresiones desconocidas, porque en ellas se revelaba el genio. Lo que sentía entonces Galán se declara bien en las cartas subsiguientes, sobre todo en la octava y en la undécima.

CARTA 8.ª Galán restituído a sus queridas llanuras castellanas, al regazo de su adorada madre, despierta de lleno en el mundo luminoso de la inspiración y del arte. Siente que se opera una honda transformación en su alma. Es el numen poético que en ella irrumpe y la arrebata a regiones de ideal purísimo. Por eso dice: «...alégrate; soy feliz como nunca... sólo puedo decir que si antes pensaba, hoy sueño; que si antes quise hacerme un filósofo, ahora quiero ser un poeta... soñaré como sueño, como un poeta, y así le daré a mi alma lo que buscaba, y a mi corazón lo que necesita...»

CARTA 11.ª Aquí describe, como sólo él podía hacerlo, el lirismo que vibra en todo su sér al más leve roce con las maravillas naturales de aquella su amada aldea, exenta de toda superposición de artificiales elementos, como él la quería, según indica en la carta 6.ª hablando de París, y tan felizmente expresa en su poema *Regreso:*

«Aquí no vive la materia inerte
esa vida que presta el artificio,
estéril disimulo de la muerte.
Viven aquí las cosas
porque en su entraña cada cual encierra
la del vivir intimación divina,
que a ti te ha dado jugos, fértil tierra,
y a ti te ha dado savia, vieja encina...»

Observábamos sus amigos, por las cartas de esta época, un cambio notable en Galán, y le preguntába-

mos si por fin se había enamorado. «Yo me enamoro —contesta— lo mismo del alma de un amigo que de la solitaria sierra de mi pueblo... Elijo los lugares más áridos, donde no hay nada, ni movimiento de un átomo, ni vida, y si pudiera ser, ni suelo que sustentara mis plantas...» Allí medita el poeta extasiado en sublime contemplación; allí sería donde, como dijo en inimitable obra,

»... El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.
¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!...

Carta 12.ª La carta que dice haberme escrito no llegó a mis manos, aunque creo bien que la haya enviado. Tampoco dejé yo de ir a Frades por la razón de no haberla recibido, sino por los impedimentos mencionados en otro lugar, puesto que el ir era cosa ya de antes convenida, y además Antonio me remitió su carta, que era invitación para ambos.

A la Muerte de mi Hurón. Mucho agradezco al Sr. Toledano, dignísimo Farmacéutico de Frades, el beneplácito para publicar esta elegía burlesca, escrita sólo para la intimidad y reveladora del chispeante humorismo de nuestro llorado vate.

Carta 13.ª Galán desahoga con nosotros su dolor acerbísimo, contenido en presencia de la familia. Era su costumbre hacerse fuerte en estos casos; cargar con su pena y con las de los suyos, para aliviarlos, y ponerse ciega y confiadamente en las manos de Dios.

Carta 14.ª Excedía a toda ponderación la dificultad de nuestras comunicaciones, por el mal servicio

de correos que padecíamos tanto en el pueblo de Galán como en el mío. De una vez por todas sirva esta nota para explicar la frecuente pérdida de cartas.

CARTA 15.ª Bondadoso e indulgentísimo para todos, era severo solamente consigo mismo, como se ve en esta carta.

SUSPIROS. En el original de esta composición se leen estas palabras escritas con lápiz: «Se continuará». Pero nunca me habló el poeta de continuarla, ni creo que lo haya hecho.

CARTA 16.ª Se confirma aquí lo indicado acerca de la 13.ª Sobreponerse al dolor propio, para aliviar el de los demás, era el sistema de aquel magnánimo corazón.

CARTAS 19.ª... 21.ª En otro lugar quedan consignados los obstáculos que hicieron imposible el cumplir mi promesa de acompañarle unas semanas en Frades. Galán, contrariadísimo —como yo— por esta fatalidad, me decía: «Quisiera no verte enfermo para injuriarte cuanto pudiera...» Por último desahogó su disgusto dedicándome el precioso poema

¡PATRIA MÍA!... En el cual, ensalzando no menos la deliciosa y exhuberante belleza de las playas gallegas que la hermosura serena y majestuosa de las castellanas planicies, sólo clama contra mí, por no haber ido a visitar su pueblo, y a éste le dice:

«...no llores si aquel hombre de quien te hablaba
no ha venido a abrazarte y a conocerte;
no admitas aquel hijo que yo te daba,
si en un lejano día viniese a verte»...

CARTA 22.ª En el día de mi casamiento no me ha sido dable disfrutar de la presencia del mejor de mis amigos, —lo que hubiera sido para mí el colmo de la dicha;— pero pude llevar sobre mi corazón esta dulcí-

sima carta suya, y supe, como en ella pide, «mirarle con los ojos del alma» acompañándome en la iglesia y en la mesa de bodas.

CARTAS 23.ª... 26.ª En ellas insinúa primero embozadamente y por último declara sin rodeos su primer amor. Fué también su único amor, pues como dijo en inmortales versos,

> «...quise yo ser como mi padre era,
> y busqué una mujer como mi madre
> entre las hijas de mi hidalga tierra
> . . . .
> ¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
> otra mujer como la santa aquella!»

CARTA 27.ª Con ésta viene la promesa de enviarme su retrato, promesa que no tardó en cumplir, remitiéndome con inestimable dedicatoria la fotografía cuya copia encabeza este libro; y que, entre las publicadas, es la que más exactamente caracteriza la atractiva personalidad del poeta en lo mejor de su corta y gloriosa vida, a los 23 años, cuando sus ilusiones e inspiración estaban en pleno florecimiento.

CARTAS 28.ª... 32.ª Intimidades, noticias, quejas y proyectos forman el contenido de estas cinco cartas, repletas, como todas las suyas, de afecto, de pensamientos elevados y de maravillosas visiones poéticas, vestidas siempre con las galas de la más bella elocución. En la 32.ª Galán, para dedicarse enteramente a su irresistible vocación, inventa el pretexto de concertar un *descanso*, y abre un paréntesis extraño en nuestra correspondencia.

CARTA 33.ª Ésta da fin al extraño paréntesis. Roto el silencio, que duró dos años justos, vuelve a reanudarse nuestra correspondencia con el entusiasmo y cariño de siempre.

CARTAS 36.ª y 37.ª Me noticia su próxima boda en la 36.ª, y me la relata en la 37.ª, agradeciendo con inmerecidos elogios mi pobre misiva de enhorabuena.

CARTA 38.ª El poeta «llora y reza conmigo» por el fallecimiento de mi querida madre.

CARTA 39.ª Dos trascendentales acontecimientos me comunica: el cambio de su profesión por la de labrador, y el natalicio de su primogénito. ¡Con qué entusiasmo me habla aquí de su Jesús, que le hacía decir en *El Cristu bendito:*

«Un jabichuelino
con la cara como una azucena...
con aquella boquina sin dientis,
rëondina y fresca
que paeci el cuenquín de una rosa
que se jabri sola pa si se la besa!...»

CARTA 40.ª Sigue con el mismo entusiasmo, «*entontecio de gustu*» con su hijito y con su labranza. Y aunque habla de abandonar la poesía y «restituirse a la suave prosa de su casita», ni él mismo lo cree:

«Galán también cantaba
que ella y el campo hiciéronle poeta».

CARTA 41.ª Inestimable para mí por el cariño hondo y discreto humorismo con que me felicita al obtener en oposiciones una cátedra de las Escuelas Normales.

CARTA 42.ª ¡Bondadoso, incomparable amigo! Me cuenta su vida del campo en contraposición con la mía sedentaria, y me aconseja que trabaje menos para vivir más. ¡Quién podía pensar que le habríamos de llorar tan pronto!

CARTA 43.ª Es la primera vez que me habla de sus éxitos literarios. Y aun en el terreno de la más íntima confianza, lo hace con esa modestia sincera,

hija del verdadero mérito. No basta que D. Miguel de Unamuno, D. Federico Balart, D. Salvador Rueda y otros literatos eminentes aplaudan al poeta. El no cree tener condiciones «para crearse un nombre»...

CARTA 45.ª Acompañé al amigo en su dolor por la pérdida de la madre idolatrada, y algún tiempo después contestó a mi pésame con esta carta, en la que, para evitar el hondo abismo de la pena, toma el camino de darme participación de sus nuevas victorias literarias.

CARTA 46.ª Así, con tanto y tan efusivo afecto me escribía Galán al saber mi gravísima enfermedad. Y habla como un vidente vaticinando mi curación. Con esta carta me envía su primer libro, «que no es más que primicias de otro» que me promete para pronto.

CARTAS 47.ª... 50.ª Versan sobre los dos temas indicados: mi salud y sus triunfos literarios, cada día más grandes y definitivos. Acerca de éstos me refiere interesantísimos detalles, no por vanidad, pues «no detenía sus ojos en la descarada nube de incienso», sino porque sabía que su antiguo condiscípulo, su amigo íntimo, a quien llamaba su hermano y su confesor, se gloriaba en aquellos triunfos cual si fueran propios; y que contármelos era la mejor manera de consolar y alegrar mi espíritu abatido por la enfermedad. Y respecto a ésta, hasta que recobré —milagrosamente— la salud, no cesó de animarme con las mieles más dulces de su cariño aquel corazón amantísimo, que vivió siempre amando y de amor murió... pues conociendo a Galán y las circunstancias de su muerte, no parece sino que mi santo amigo falleció porque se le rompió dentro del pecho aquel corazón que en su ansia de aliviar a otros daba siempre vo-

luntaria hospitalidad a los dolores propios y a los ajenos. Aquel corazón, por amor, no temía al dolor.

Así clama heroico en su *Treno* por la pérdida de la madre:

«Rayo de la tormenta,
podrás romperme, pero no espantarme;...
sierra que te derrumbas
y ante las puertas de mi casa caes;...
huracán que su techo me arrebatas;
muerte que rondas mi olvidada calle...
¡Qué pequeños sois todos, qué pequeños
y mi dolor qué grande!

Para ello se amparaba únicamente en una fe robustísima, y por eso pudo escribir en *El Amo;*

«Es preciso tener labios de mártir
para acercar a ellos
la hiel del cáliz que en mi mano trémula
con ojos turbios esperando veo.
Ya está solo el hogar. Mis patriarcas
uno en pos de otro del hogar salieron.
Me los vino a buscar Cristo amoroso
con los brazos abiertos...»

Y así, como un verdadero mártir, dijo en su última *Canción:*

«Visión de mis amarguras:
¡yo no te cierro los ojos!
Camino de los abrojos:
¡yo no me cubro las plantas!
Cruz que mis hombros quebrantas:
¡yo te acepto sin enojos!»

La vida de José María Gabriel y Galán fué, además, fecundísima en buenas obras. Su breve paso por el mundo dejó magna estela de los beneficios que sin cesar creaba y sembraba por doquier con mano pródiga. ¡Dios habrá premiado a este mo-

delo de hombres, que tan perfectamente ha cumplido los votos consignados en la última estrofa que escribió su áurea pluma:

«Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!»

ÍNDICE Y SUMARIO

Págs.

